ALFAGUARA

Luis Fernando Iglesias

El tiempo es una gran mentira



Narrativa Hispánica

Luis Fernando Iglesias

El tiempo es una gran mentira

ALFAGUARA

A Thomas Lowy, en memoria

… no puede aceptar aquello como su única vida, no puede continuarla sin el secreto que la sustenta.

"Oh, de qué sirve", *Amistad de juventud*
Alice Munro

I

1

La mañana de aquel viernes de octubre de 1999 en que conocí a Matías Rojas había amanecido lluviosa en Puerto Conchillas. Recuerdo la fecha porque ese es el mes en que se suele conmemorar el nacimiento del pueblo. En 1999 Conchillas cumplía 112 años. Una enormidad para este lado del mundo. El festejo oficial sería igual al de todos los octubres. Asado con cuero en los jardines del Hotel Evans, al que algunos ya llamaban Hotel Conchillas. Cerrado hacía años, aún era el símbolo del pueblo y mantenía la majestuosidad de su construcción. Las columnas, el techo de chapa, los gruesos ladrillos de sus paredes, sus amplias puertas de madera. Verlo al llegar a Conchillas brindaba una cierta calma, la sensación de que todo estaba en su sitio. Al evento concurriría gran parte de los habitantes del pueblo a reafirmar las razones por las que ese era su lugar en el mundo. En aquel tiempo Pueblo Gil, poblado cercano por el que se pasaba antes de llegar a Conchillas, era considerado parte de esta. El pueblo se completaba con los habitantes de Puerto Conchillas, ubicado a seis kilómetros del centro. Los tres eran el mismo paraje, con costumbres y rutinas comunes a un pueblo del interior.

En ese viernes de octubre de 1999, el día en que conocí a Matías Rojas, desperté a las siete menos cuarto de la mañana, como era habitual. Le di de comer a mi perro. Desayuné sencillamente, tomé una ducha rápida y salí hacia la oficina. Llevé un impermeable y el paraguas más viejo, al que hay que enderezarle a mano los rayos bajo la tela para que detenga la lluvia. Casi no lo iba a necesitar. Arenera Andreoli queda a dos cuadras de mi casa. Nunca fui de tirar las cosas que todavía se pueden usar. Ese paraguas seguiría conmigo un buen tiempo.

Hay algunas rutinas del pensamiento que respeto en esos primeros momentos del día. Durante el desayuno, y antes de que el café me despeje, trato de reconstruir lo que recuerdo de los pedazos del sueño que todavía quedan perdidos en algún lugar de mi memoria. Todas las noches sueño, pero a veces la huella que queda ni siquiera llega a formar algo definido. Siento una gran frustración si no puedo recuperar alguna parte de la historia, alguna sensación de lo que viví mientras dormía. Es usual que mientras estoy en el baño algo del sueño aparezca. Funciona como una brisa indefinida que se corporiza en una imagen pasajera. De tal forma se bosqueja el comienzo de esa historia que supe crear con los ojos cerrados. Usualmente lleva a otro punto, como una especie de laberinto, y logra formar parte de lo que fue. Cuando no lo consigo, el día empieza con cierta frustración. Si el sueño fue tan fuerte que puedo reproducir su argumento, a veces pasa a ser una especie de tatuaje que se dibuja en la mañana hasta que llega la rutina y esta lo diluye hasta borrarlo.

Mientras duró mi relación con Lilián tenía una costumbre casi diaria. Nos levantábamos y en

el desayuno intentaba desentrañar lo que había soñado. Hablarlo le daba otra visualización, ayudaba a terminar de darle forma. Hoy comprendo que esta operación era emocionante únicamente para mí. La cara de Lilián, al comienzo, y las discusiones en los últimos tiempos —en que cualquier motivo, palabra o acto servían para iniciar una pelea— me hicieron entender que esa práctica la aburría soberanamente y que era alguna de las muchas características que ya no soportaba de mí. A veces, para recordar viejos tiempos, lo hablo en voz alta con la única presencia de Morro. La cara indiferente del perro me hace pensar que solamente está a mi lado a la espera de algún pedazo de tostada, y me vuelve a recordar a Lilián. Ella aceptaba escucharme a la espera de que me callara y por no empezar una discusión.

La corta caminata a la empresa, como en esa mañana de lluvia, despejaba mi mente y la disponía a ingresar en la rutina del día, ajena al sueño de la noche anterior.

La señora Evans, mi secretaria, me saludó con su tradicional amabilidad inglesa, mientras llenaba el termo de agua para el mate. Llevaba su pollera gris como siempre impecable —lo que me hacía suponer que tenía varias iguales—, que terminaba debajo de las rodillas, la camisa blanca abotonada hasta el cuello y un saquito de lana celeste. Siempre se la veía con un aire de estar inmersa en algún pensamiento de otros tiempos, pero nunca distraída. Me llevo muy bien con la señora Evans.

Llegué a mi despacho y vi un cedulón del Juzgado sobre mi escritorio. La audiencia era para el viernes siguiente. Miré el papel con cierto disgusto mientras la señora Evans dejaba el termo sobre la mesa.

—Lo trajeron ayer de tarde, cuando usted no estaba.

Leí lo que decía la comunicación sin siquiera sentarme en mi silla. Una citación a conciliación.

—Hace un rato vino un joven —dijo la señora Evans mientras yo cebaba el primer mate.

El barco atracaría en el puerto a eso de las nueve y no recordaba que hubiera ningún problema con el flete. Faltaba una hora para que el cadete llegara a la oficina y ese rato que teníamos a solas con la señora Evans era algo que disfrutaba. Sabía que tenía más de 60 años, aunque nunca había revelado su edad. La discreción era uno de sus rasgos más notorios. Discreción británica. Tampoco hablaba de su marido, del que había enviudado un tiempo atrás. Desde ese día, el de su viudez, había cultivado una soledad casi perfecta y que parecía eterna. Alta, delgada, de pelo blanco recogido en un rodete, solía usar unos lentes de montura de carey marrón que se habían transformado en parte de su cara. Se decía que era pariente de don David Evans, un cocinero que trabajaba en un barco llamado Sophia que naufragó cerca de la costa de Conchillas.

David Evans fue el único sobreviviente. Para ganarse la vida abrió un pequeño comedor cerca del puerto. Pronto trabó relación con el empresario más importante del lugar, de apellido Walker, que explotaba una cantera para exportar piedra y arena a Buenos Aires. Walker era un tipo muy seco, antipático; todo lo contrario de Evans. El excocinero se hizo cargo de un edificio que la empresa tenía y que se transformó en un gran almacén: Casa Evans y Cía. La forma del techo

está pensada para evitar la acumulación de nieve, lo cual resulta incomprensible si uno no tiene en cuenta que fue comprado en Inglaterra y armado en Conchillas. El crecimiento del comercio fue tal que en el pueblo se llegó a tener una moneda de curso legal, autorizada por el gobierno, que era la que se manejaba solo allí. Años después se construyó, a pocas cuadras del almacén, el hotel.

La señora Evans nunca verificó el parentesco. Cuando entré a la arenera me pareció que era parte del inventario de Arenera Andreoli. Una mujer que infundía confianza. Cada mañana, a las siete en punto, abría la oficina. A esa hora, cuando yo llegaba, compartíamos mate y silencio.

Mis pensamientos me devolvieron a la visita de aquel joven que ella me había mencionado.

—Son las siete y media. ¿A qué hora vino? ¿Tiene algo que ver con la audiencia?

—Es la primera vez que lo veo. Estaba en la puerta cuando llegué. Me preguntó a qué hora llegaba el jefe.

—¿El jefe? Quería hablar con Enrique, entonces.

—No. Dijo: “Quiero hablar con el jefe, un tal Benítez...”.

Me sonreí y tomé el primer mate.

—No la tiene demasiado clara.

Cuando el joven volvió y golpeó la puerta miré el reloj: 7:45. Mi memoria se llena de datos inútiles con una velocidad que a veces asusta, pero no falla. Me pregunté qué urgencia podría tener alguien para venir tan temprano, dos veces, a las oficinas de la arenera en una mañana lluviosa de primavera. Un ruido me sacó del razonamiento. La ráfaga de lluvia pegó fuerte en la ventana. Detrás de la lluvia podía ver el carrito donde Beba, en poco rato, comenzaría a preparar milanesas y choripanes. El joven podría refugiarse ahí observando la forma en que aquí a las mañanas les cuesta consumir las horas hasta el mediodía.

—¿Qué le digo?

Saqué del cajón superior del escritorio los cigarrillos y me di permiso para fumar el primero del día. Sacudí la mano para apagar el fósforo que dejé sobre el cenicero de metal que decía “Gancia” en letras en relieve que en algún momento estuvieron pintadas. El cedulón había quedado junto al cenicero. Tomé precauciones de que no cayera ceniza sobre la tinta negra que anunciaba “Juzgado de Paz. Séptima Sección de Colonia. Conchillas”.

—Dígale que pase. Aclárele que tengo cinco minutos —mentí.

2

Matías Rojas tenía 22 años esa mañana lluviosa de la primavera de 1999 cuando lo conocí en Puerto Conchillas. Cruzó la puerta de mi despacho con gesto altivo, desafiante. Esa actitud me empujó a intentar que la reunión fuera lo más breve posible. Sin embargo, algo cambió al iniciar la charla, aunque no sé bien qué fue. Su aspecto era previsible para alguien de esa edad que venía de un viaje. Campera marrón militar que le llegaba a la rodilla, un buzo de lana también marrón con dibujos peruanos, un vaquero que había conocido mejores tiempos y botas. Estaba presentable y noté que tenía el pelo limpio. Nunca he podido evitar reparar en esos detalles. No soporto el cabello graso o que se nota pegado a la frente. Presiento su olor antes de sentirlo y me hace recordar a una frase de Bioy Casares en uno de sus cuentos sobre una boina que tenía olor a cabeza. El muchacho lo acompañaba con una tupida barba que quizás le daba un aspecto de alguien mayor. Vi que llevaba una mochila grande de lona. Cargaba en la mano derecha el estuche, duro y gastado, de una guitarra que parecía no saber muy bien qué hacía en ese lugar.

—Esa mochila debe estar pesada. Dejala ahí.

Si me hubiera caído mejor, si no hubiera utilizado esa mirada algo sobradora, quizás le hubiera ofrecido café. Pero no dije nada. La oficina tenía un salón central que era un rectángulo de buen tamaño. Había dos escritorios, uno que utilizaba la señora Evans y otro en el que rara vez estaba Jacinto, el otro empleado. En el final del salón, con una mampara de madera y vidrio esmerilado, se ubicaba mi despacho de cuatro por cuatro. Un baño y una cocina completaban las oficinas de Arenera Andreoli. Siempre pensé que se podría dividir el salón central, desmesuradamente grande para los dos escritorios, y hacer una separación para crear una sala, un lugar donde Enrique pudiera reunirse conmigo con mayor intimidad. Si había que hablar algo era yo quien debía desplazarme hasta su casa en las afueras de Conchillas. Cuando le propuse hacer eso me dijo: “Las cosas solamente sirven si se necesitan. La vamos a usar un par de veces y después va a estar ahí como acusándonos por no utilizarla. Además, acá en casa te puedo convidar con *whisky*. Allá no”.

—Busco trabajo. Llegué a las seis de la mañana. Hablé en la estación de ómnibus y me recomendaron venir a la arenera para el lado del puerto. Que hablara con Benítez. Es usted, ¿no?

A las nueve iba a llegar el primer camión, aunque siempre se retrasaba algunos minutos. Miré al joven; yo tenía el mando de la situación. Ir a una entrevista de trabajo genera nervios y algo de humillación. Sentí la tentación de aprovecharme del momento. Acaso por lo altanera que me había parecido su entrada a mi oficina. Era yo el que decidía qué hacer en ese encuentro con un delirante que no había tenido mejor idea que venir a mendigar trabajo a una arenera en el culo

del mundo.

—¿Cómo me dijiste que te llamás?

—No se lo dije. Matías Rojas.

—Acá lo que se necesita es gente que cargue. No te voy a poder ayudar.

—¿No dice que necesita gente que cargue?

—Hablá con el Gallego que administra el *camping* que podés ver desde acá, detrás del carrito de Beba. Tiene restaurante, por ahí necesita alguien para la cocina o para atender. Es temporada baja, algunas piezas al fondo deben estar libres. Por si no tenés donde quedarte.

—Téngame en cuenta.

Entendió que la charla había terminado. Cargó la mochila, levantó el estuche, viejo y duro, y caminó hacia la puerta.

—¿Tocás la guitarra? —pregunté.

Desde la puerta me sonrió, al tiempo que la mirada recuperaba una cierta seguridad.

Al fin dijo:

—Soy guitarrista; no es lo mismo.

3

Esa mañana lluviosa de la primavera de 1999, cuando conocí a Matías Rojas, recibí el cedulón del Juzgado de Paz de Conchillas que notificaba una audiencia de conciliación para el viernes. Cerca de las diez, me llamó mi exesposa desde Montevideo para avisar que vendría el sábado por Colonia con su pareja. Luego de la llamada, fui hasta el puerto para constatar si se estaba cargando en hora, si la inclemencia del tiempo no había hecho crecer la pereza de los empleados para la carga. Jacinto fumaba bajo un techo de lata mientras los dos peones hacían su tarea. Como casi siempre, leía un libro. Me cuesta recordar a Jacinto sin sus lecturas. Los breves intervalos en que quedaba libre, en los minutos muertos mientras los peones hacían la carga, se dedicaba a leer. Las colecciones de Grandes Novelistas o Biblioteca Grandes Éxitos de Bruguera o cualquier libro que anduviera en la vuelta terminaban en sus manos. Esa mañana leía *Los propios dioses*, de Isaac Asimov, en una edición de tapa dura del Círculo de Lectores.

Los peones estaban por terminar. Cuando me vio llegar, Jacinto puso un marcador dentro del libro.

—Hace un rato pasó alguien de Montevideo pidiendo trabajo —me dijo.

—Con una guitarra, ¿no?

—No vendría mal, es joven. Atilio —dijo señalando a uno de los peones— en cualquier momento se nos va para Colonia.

—Acá siempre hay gente sin trabajo. Es guitarrista. A lo sumo dura un par de días.

—Si vos lo decís, jefe —contestó mientras tiraba el pucho lejos.

Compartí con Jacinto el ruido de la lluvia sobre la chapa por unos minutos. Cuando Enrique Andreoli me ofreció el trabajo, en una propuesta que me cambió la vida, me aclaró que Jacinto era el tipo ideal para controlar las cargas y contratar empleados, pero que no se me ocurriera usarlo para el papeleo o temas administrativos. No hacía falta que me lo dijera. Recordaba que gracias al golpe que había recibido la arenera yo estaba ahí. Problemas con la Dirección General Impositiva, malos cálculos, pagos con atrasos o sin realizar que costaron multas, recargos y dolores de cabeza. Sin falsa modestia, ayudé a que la catástrofe no se consumara y esa fue mi llave para entrar a la empresa. “Está siempre con algún libro en las manos. Lee tanto que me parece que las fantasías se le meten en el laburo”, era una frase recurrente de Enrique para referirse a Jacinto.

En el momento de ingresar a la empresa, de los tres empleados que había quedó uno como externo para la cadetería. Jacinto pasó a encargarse estrictamente de los embarques y de controlar al personal que se contrataba para esa tarea. Obreros eventuales que hasta que no consiguieran un

trabajo mejor estaban dispuestos a cargar arena y piedras hacia la otra orilla del Río de la Plata. La señora Evans completaba la lista de empleados. De hecho, a las pocas semanas, pasé a ser una especie de gerente o "jefe" como le gustaba llamarme a Jacinto. Para él no fue una postergación. Fue un alivio.

Armó otro cigarrillo mientras yo sentía que el ruido de las gotas en la chapa se hacía más espaciado.

—¿Está bueno el libro?

—¿Asimov? ¿Te gusta la ciencia ficción?

—Prefiero relatos más reales.

—Tiene una frase que conecta tres historias: "Contra la estupidez, los propios dioses luchan en vano". ¿Te parece poco real?

—Capaz que te lo pido cuando lo termines.

Pegó una larga pitada, con algo de resignación. Pocas veces hablábamos de libros. Casi siempre nos enfocábamos en el trabajo, la literatura era un mundo que a Jacinto le costaba compartir. Acaso con un dejo de superioridad. Toda la que no puede demostrar en un trabajo burocrático que lo aburre. Aunque me ha prestado varios libros. Una vez me dio uno, pequeño, que resumía la historia de Conchillas. Cuando me lo ofreció, dijo: "Para que sepas dónde estás".

—A la tarde vamos a necesitar un par de peones más. Cargar las piedras se complica en los días de lluvia.

—Está parando —contesté, solamente para pelearlo un poco.

—¿Tan apretado está el presupuesto? No hace la diferencia.

—Después Enrique me putea.

—Es un par de botellas de *whisky* menos para él.

—¿Te encargás vos?

—¿El joven que vino?

—Mirá si las piedras le joroban los dedos y no puede tocar la guitarra. Llamá a Ramiro y a José o pasá por el boliche del pueblo en una hora. No te retrases porque los vas a encontrar mamados.

—¿Por qué no Conrado? Es el mejor.

—Ayer llegó un cedulón, nos reclama plata. ¿Ves que siempre elegís mal?

Escupió una hebra de tabaco mientras continuaba con la vista fija en la playa. El cargamento de arena casi se había terminado y yo sabía que a Jacinto no le gustaba la conversación. Le molestaba que yo nunca aceptara las decisiones como él las proponía o que, si las aceptaba, como ese día, se las discutiera un poco. Sé que pensaba que yo era innecesario en la arenera. Pero el papeleo burocrático, la relación con las oficinas del Estado, con las que él siempre se manejó mal, hacían que no pudiera probar su teoría. Además, era consciente de que seguía en la empresa de pura suerte. El sueldo no le había bajado y con mi ingreso tenía menos

responsabilidad.

—Entonces me arreglo con estos dos.

—El retraso del barco siempre deriva en costos. Llevá dos más. Que pasen después por la oficina y ya les pago.

—¿Y para qué discutís entonces?

—Está aburrida la mañana con esta lluvia.

Di la vuelta para volver a la oficina. Presentí que Jacinto sonreía antes de volver a su libro y dejarse llevar por Asimov.

4

Mi padre me dio mi primera guitarra cuando cumplí trece años. Fue regalo de cumpleaños. Era una guitarra criolla, marca Jaime Cortez, mejor que las Sentchordi que vendía Palacio de la Música. Mi padre, al que siempre le costó gastar un peso de más en algo que podía pagar más barato, me hizo el bien de elegir una con mejor sonido y mayor comodidad para tocar. Quizás se quería sacar la responsabilidad de que mi futuro incierto con la música no atribuyera el fracaso a lo malo del instrumento. Aunque es cierto que en casa nunca faltó nada gracias a la habilidad de mis Viejos para exprimir el dinero que conseguían mes a mes. El Viejo tuvo un padre ludópata que dilapidó cualquier tipo de ahorro que su esposa lograra con su magro sueldo de maestra de escuela. Hubo un enfrentamiento con mi padre que hizo que mi abuelo, al que nunca conocí, se fuera de la casa y de su vida. Mi papá protegió a su madre y tuvo que salir a trabajar muy joven. Se había criado en el Paso Molino y un amigo lo contactó con la fábrica textil La Aurora. En esos primeros tiempos —un día me contó mi madre— hizo de todo. Consiguió terminar el liceo mientras mantenía a su mamá y a su hermana. Entró en la parte de Administración de la empresa, donde cada tanto obtenía un ascenso. Ahí permaneció hasta su jubilación. Alguien una vez me dijo que mi Viejo, cuando trabajaba, lo hacía a conciencia, pero cuando se iba de la empresa no quería que nadie le hablara del laburo. Recuperaba su otra vida y el trabajo quedaba prisionero tras las puertas de La Aurora.

En ese tiempo, cuando me regaló la guitarra, yo no consideraba ese esfuerzo. Era injusto como todo hijo que se precie. Es la obligación de nuestros padres mantenernos, alejarnos del dolor y regalarnos felicidad. Tengo el recuerdo de la emoción con la que abrí el envoltorio. Hay algo en la forma de una guitarra, en el tacto y en su olor, que genera inmediata atracción, por más que no se sepa qué hacer con ella. “Ahora vas a tener que estudiar”, me dijo mamá. La frustración de no tener ninguna idea de cómo colocar los dedos sobre las cuerdas, de cómo hacer sonar un acorde, me convenció de que mi Vieja tenía razón. Al comienzo, mi padre, que sabía algunos acordes y mal cantaba algunos tangos, me hacía rasgar las cuerdas mientras su mano izquierda colocaba el Mi Mayor o el La Menor. Luego, con paciencia de artesano, colocaba mis dedos agarrotados en el brazo de la guitarra, buscando que sonara algo. Los acordes menores siempre fueron más complicados y mis dedos apenas tenían fuerza para intentar alguna cejilla. Ese aprendizaje se cortó un día que la paciencia de mi padre perdió ante mi torpeza y la clase terminó con su sentencia final.

—No tenés habilidad para aprender solo. Por ahora te puedo pagar las clases.

La profesora fue una conocida de mi madre. Daba Educación Musical en el mismo liceo en el

que mi Vieja enseñaba Matemáticas. Se llamaba Alcira y tenía una casa pequeña donde vivía con su hijo, Leandro. Estaba separada de su esposo y enseguida noté que mantenía una estrecha relación con su hijo. Acaso por esas rebeldías propias de la edad, Leandro nunca quiso ser guitarrista. Siempre es más difícil enfrentar las torpezas del aprendizaje cuando la profesora es la madre. Leandro pudo comprar un bajo eléctrico, marca Klington, de color blanco y negro, e intentaba domarlo, aunque era claro que nunca sería un gran músico. Su madre me contó que le dio algunas clases pero que siempre terminaban en discusiones que invadían otras áreas de la convivencia. Me sonreí al pensar que lo mismo había ocurrido con mi padre. Leandro tenía 16 años, uno más que yo, y había armado un amplificador con una vieja radio y un parlante desvencijado que un amigo le había adaptado. Apenas se escuchaba algo. Más que las clases me entusiasmaban esos encuentros posteriores que manteníamos con el hijo de la profesora. Mientras yo tocaba en la guitarra alguna canción, de la que su madre me había enseñado los acordes, Leandro luchaba con su bajo por seguirme. No sabía cantar, así que yo, con mi limitada voz, cubría esa función. Aún recuerdo la emoción que sentimos cuando, por fin, terminamos de interpretar un tema sencillo en forma aceptable. Su madre nos miró desde la puerta y no hizo ningún comentario, salvo la sonrisa que llevaba y que era toda una declaración.

Leandro me dijo que conocía a un pibe que tenía un charlestón, un redoblante y un platillo, algo para seguir el ritmo al que le faltaba el fundamental bombo y algún tom. Se llamaba Abel y lo invitó a una de nuestras sesiones. Comenzamos a reunirnos todos los días, después del liceo, a tocar. Al ver mi entusiasmo, mis padres accedieron a comprarme una guitarra eléctrica marca Black Diamond de tres micrófonos. En menos de un año habíamos formado algo parecido a una banda. Abel consiguió un bombo y un tom, alquilábamos un amplificador y así ensayábamos en el garaje de la casa de nuestro baterista. Tuve que asumir el rol de cantante, lo que me distraía de mi todavía rústica e imprecisa forma de construir acordes. Un día la madre entró al garaje con una bandeja con refrescos y sándwiches. Siempre intentaba ocultar su satisfacción y orgullo al ver a su hijo detrás de la batería. Pero ese día, antes de retirarse, dijo: “Son parecidos, forman un grupo homogéneo. Es una ventaja”. Sin darse cuenta, le había puesto nombre a nuestra banda.

Homogéneo vivió como banda su efímera, anónima e inolvidable historia de cuatro años. Ese fue el tiempo en que yo permanecí en el grupo. En el segundo año de vida de Homogéneo, cambié de guitarra gracias a mis ahorros de trabajos ocasionales. Me compré una Elli Sound italiana y Abel cambió sus pedazos de batería por una impecable Pinguim. Se nos unió un cantante, José Luis, que era tan malo como yo, pero tenía otra presencia y permitía que me concentrara en la guitarra y lo acompañara en los coros. En ese segundo año, con la formación e instrumentos definidos, tocamos en bailes, kermeses, cumpleaños de quince y reuniones familiares. Hubo una constante: nunca dejamos de ser mediocres. Eran graciosas mis peleas con José Luis, acusándonos de desafinar, o con Leandro cuando se iba de tiempo. Nadie miraba sus propias limitaciones y mucho menos las reconocía. Cada vez que estaba dispuesto a mandarlos a

la mierda salía algún toque, usualmente conseguidos por José Luis que era mucho mejor *manager* que cantante, y eso aplazaba la ruptura.

Los ensayos seguían en el garaje de la casa de Abel, que vivía con sus padres y dos hermanas. El viejo no estaba nunca y la madre sentía la tranquilidad de que su hijo adolescente estuviera en la casa. Algunos días nos agasajaba con sándwiches o con milanesas y coca cola al terminar de tocar las canciones, que seguían sin mejorar. La menor de las hermanas se llamaba Beatriz y me gustaba mucho. Creo que por eso disfrutaba más las largas jornadas en esa casa y las discusiones con José Luis, que era el mayor y se había dejado el bigote para parecerlo más. Era el que usualmente nos decía lo que teníamos que hacer, la forma en que teníamos que encarar el futuro del grupo y en qué debíamos mejorar. “Tengo un amigo que nos podría dar una mano”, dijo al final de uno de esos ensayos en que todos notamos que nos estaba faltando algo para sentir que éramos una banda lo suficientemente decente como para ser tomada en serio por el público.

Un día, luego de un ensayo, Beatriz me sorprendió al acercarse a conversar. La charla fue trivial y las preguntas que me hizo parecían estar preparadas de antemano. Como un guion que se estudia antes de salir a escena. Si había venido a pie —algo que siempre hacía—, si no me pesaba la guitarra, a cuántas cuadras de casa vivía, cuánto hacía que conocía a su hermano Abel y “tengo que ir para ese lado, te acompaño”. En una época me gustaba estudiar el momento en que una situación cambia y las razones por las que se transforma en algo diferente. Lo pensaría muchas veces en los días en que estuve casado. Con Beatriz nunca pude saberlo. En qué instante la mirada de desprecio disimulado se transformó en interés. Estaba destinada a ser un personaje de mis fantasías que me acompañaría por un buen tiempo. Años después, en una época en que mi sensibilidad andaba mustia y aburrida durante los días de mi matrimonio, Beatriz reapareció en mi vida con el presagio, tan latente como peligroso, de que la fantasía se podía volver realidad.

5

Beba tenía abierto el carrito. No debían ser ni las once de la mañana y había una persona a la que vi de espaldas. Llevaba un gabán gris, jaspeado, largo hasta las rodillas, y un sombrero. La saludé de lejos y vi que el *camping* estaba vacío. “La primavera y la lluvia, mala yunta para acampar”, pensé. Detrás del vidrio se podía ver al Gallego moviendo las mesas del local. Era rara la convivencia de Beba con el Gallego. En su carrito usualmente ella hacía chorizos y milanesas. En el local del campamento, el Gallego se especializaba en parrilla, pizzas y otras minutas. Además de ser bar. Podrían haber hecho un acuerdo y trabajar juntos. Pero esas son las cosas que se ven fáciles de afuera y no se entiende la lógica ni las razones de la convivencia. Usualmente yo almorzaba ahí, en alguno de los dos lugares. Era el corte ideal de la jornada. La oficina cerraba de una a tres de la tarde. Pero esa mañana de primavera, para ser más precisos, del mes de octubre de 1999, mañana en que conocí a Matías Rojas, cuando yo pasé por el carrito y vi al tipo de gabán comiendo, era demasiado temprano para quebrar el día. Noté que Beba me hacía una seña y me acerqué.

—¿Cómo estás, Robertito? Pasó un barbudito buscando trabajo. Me dijo que había hablado con vos.

—Parece buen pibe. No va a tener mucha suerte por acá.

Beba siempre habla en diminutivo. Cuando llegué a Conchillas tardó un par de semanas en decirme Robertito. Era difícil adivinar su edad. Chiquita, con el pelo mal teñido, ojos muy claros y un hablar a los tirones. Las palabras se le tropezaban en la boca al momento de salir. Siempre las frases terminaban con una risa. Nunca la vi de mal humor y parecía dominar vida y obra de todas las personas que anduvieran cerca del puerto. Me costaba imaginarla en otro lado que no fuera en ese lugar. Jorge, su esposo, era pescador y con algún peso que ahorró pusieron el carrito. Según me contaron, por muchos años vendía en otra zona del pueblo y también proveía al Gallego para que hiciera postas de pescado frito. Ese era uno de los platos más requeridos por los que acampaban allí. Hasta que un día el compañero con el que salía a pescar sufrió un infarto. La pérdida de su amigo le hizo cambiar la vida. Un día me dijo que fue como que le hubieran arrancado los remos. Nunca más salió. Algunos días ayudaba a Beba en el carrito, era quien se encargaba de hacer los mandados, de llevar algunas comidas que encargaban personas que vivían cerca. Eran excusas para tener una tarea que le impidiera volver al bote. El resto del tiempo pasaba encerrado en su casa. Según me contó Beba, pensaba mucho y hablaba poco.

Miré al tipo de gabán. Tenía un sombrero calado hasta las orejas y lentes negros, pese al día de lluvia. Por debajo del sombrero gris jaspeado asomaba el pelo castaño oscuro, color un tanto

sospechoso para su edad. Su barba, desprolija, estaba poblada de canas. “Lindo tinturazo”, pensé. Sonrió mientras masticaba el chorizo al pan que le había preparado Beba. El color rojo de los ajíes catalanes, que había agregado en demasía, desentonaba con la mañana gris. Tanto como sus lentes negros.

Un trueno retumbó en el aire.

—Va a llover todo el día —le comenté al forastero.

Beba intentó ahogar la carcajada poniéndose la mano en la boca, mientras yo observaba al del gabán gris que mantenía una sonrisa sin mucha gracia.

—Robertito, ¡no te va a entender nada! No habla español.

—¿En serio?

—El primer día que vino me lo dijo por señas. Habilidoso pa’ hacerse entender.

Mientras hablaba con Beba giré la cabeza y quedé enfrentado a los lentes negros del tipo de sombrero y gabán. Le sonreí asintiendo con la cabeza para que entendiera que ella me estaba poniendo al tanto sobre él. El tipo parecía más interesado en terminar su chorizo con catalanes.

—Hace tres días que viene todas las mañanas a esta hora. El primer día que pasó me vio preparando los chorizos para ponerlos en la parrillita y me hizo una seña. Ahí me di cuenta de que no entendía un pito de español. Me pidió uno y le dije que iba a tener que esperar.

—¿Y qué hacen mientras espera?

—¡Ah, Robertito! Nos sonreímos, él me señala cosas, yo le digo cómo se dicen en español, qué sé yo. Parece buena gente y le gusta desayunar chorizos al pan.

Me llamó la atención no haberlo visto, pero era cierto que los últimos días habían sido algo complicados en la oficina porque se acercaba la fecha de declaraciones de impuestos.

—¡Ayer se comió dos!

Señalé una de las milanesas que aún no estaban preparadas.

—Tendrías que ofrecerle una de esas.

—Dejalo, Robertito, está contento con los choripanes. ¿Vos hablás inglés?

—Aprendí en el liceo, pero me olvidé. Puedo leer algo, pero me cuesta hablar.

—¡Qué lástima! Me podrías servir de traductor. No te preocupes, es muy simpático.

Vi que, desde el parador del *camping*, salía el joven de barba con una escoba.

—Ese, Robertito, ese es el que pedía trabajo. Se ve que arregló con el Gallego.

6

Entré en la oficina, aún no era mediodía. La señora Evans hablaba por teléfono. Me metí en mi despacho. Desde la ventana pude ver cómo el tipo de gabán gris y barba canosa se iba de lo de Beba. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos del gabán y ese sombrero metido hasta las orejas. Comenzó a lloviznar, pero parecía no importarle. Beba me dijo que estaba en la casa de Madelón Hainez, que había llegado con su hija. Madelón era toda una celebridad en el pueblo. Varios años atrás había sido esposa de un actor argentino y tuvo una hija a la que le había llamado Dalila. En Puerto Conchillas, su casa, pintada de amarillo con un lindo jardín poblado de árboles, resaltaba. Me contaron que ahí pasaba meses con ese actor argentino hasta que un día nació Dalila. Al poco tiempo el actor dejó de venir a Conchillas. No supe más detalles de esa historia.

Desde mi despacho, que había quedado con la puerta abierta, miré el resto de la oficina de la Arenera Andreoli. Parecía demasiado vacía. Jacinto estaría dando vueltas por el pueblo en busca de peones, y la señora Evans no era suficiente presencia como para llenar el lugar. Encendí la radio para disimular el silencio y me puse a mirar unos papeles que habían dejado sobre mi escritorio. Tampoco la visión del carrito de Beba y a lo lejos el *camping* del Gallego me daban más diversión de la que había en la oficina. La señora Evans se paró en la puerta y esperó unos segundos a que yo cayera de mi distracción. Es considerada hasta en eso.

—Tuvo dos llamadas.

—¿Tantas?

—Su esposa Lilián volvió a llamar de Montevideo.

—Mi exesposa. ¿Quién más?

—Andreoli. Dice si se puede dar una vuelta por la casa de él. Que le da pereza venir hasta acá.

—Ocho kilómetros, una distancia enorme.

—¿Qué le digo?

—Que tengo menos pereza. Deje que lo llamo.

Enrique Andreoli parece estar siempre al lado del teléfono. No termina de sonar el primer aviso que ya atendió.

—¿Venís entonces? Te invito a almorzar.

—Te llevo un cedulón, tenemos audiencia el viernes. Es por el reclamo de Conrado.

—Hablo con Martino. Venite.

Antes de salir llamé a Lilián. Temí que esa llamada me pusiera de mal humor.

—Ayer me trajeron cosas del hogar donde vivía tu madre.

—¿Qué cosas? Yo me llevé todo.

—Una caja que era de tu padre. Se olvidaron de dártela. Te conté que mañana vamos con Julio por el fin de semana a Colonia, si querés te la alcanzo.

—Gracias. Voy hasta Colonia.

—Julio tiene un partido de tenis en la mañana. Antes de aburrirme en Colonia me aburro en Conchillas y te la llevo.

—No me gusta deber favores.

—Lo sé, por eso lo hago.

Me sorprendió el buen tono de la conversación, aunque si tengo que ser sincero la relación con Lilián mejoró mucho luego que nos divorciamos. Había un cuidado en no caer en los viejos vicios de hacer cosas que el otro no soportaba. Sentirnos menos culpables del fracaso, al intentar ser algo parecido a mejores personas entre nosotros. Es apenas una teoría sin demasiado sustento. Nos llevábamos mejor, es lo único que importaba.

Revisé algunos papeles sobre el escritorio. Nada importante. Tomé el cedulón del Juzgado, las llaves de la camioneta Ford y le dije a la señora Evans que si llegaba algo me ubicara en lo de Andreoli o en mi celular.

—Ayer no quise llamarlo. Vi que la audiencia es la semana que viene —volvió a disculparse y supe que en su fuero interno no encontraba la calma por el mínimo error de no haber avisado.

—No se preocupe. Está todo bajo control.

Nunca fumo mientras manejo. Vivía en Montevideo, recién me había casado y recuerdo que teníamos un Ford Escort un poco deteriorado pero que cumplía con su función de llevarnos donde queríamos. Una noche en que volvía a casa, iba por la rambla. Era el fin de una jornada complicada y encendí un cigarrillo para celebrar ese retorno a una posible tranquilidad que me esperaba, si no surgía alguna de las recurrentes discusiones con Lilián. Puse música agradable en la radio, abrí el vidrio y dejé que el aire me pegara en la cara. En ese momento quise tirar la ceniza por la ventana. Un viento traicionero devolvió la pequeña brasa encendida al auto. Cayó entre mis piernas. Sentí el ardor y quise apagarla haciendo abanico con mi mano. Por un segundo, en la desesperación, perdí el control del auto. La dirección giró hacia la derecha y fui contra la acera. Pegué contra el cordón, subí a la vereda y apenas pude evitar darme contra la parada del ómnibus. Retomé la dirección y volví a la calle. Por suerte era de noche y no había nadie.

El trayecto de Puerto Conchillas al pueblo es muy tranquilo y el camino está en buen estado. Quizás podría combatir la fobia y volver a fumar. Pero no puedo. Si encendiera un cigarro aparecería de nuevo la imagen del terror, de la rambla: esa noche, cuando entró la brasa por la ventana, o mejor dicho, volvió esa ceniza aún encendida con destino a quemarme la entrepierna, ese momento en que pude haber matado a alguien. La noche se pudo transformar en una desgracia irreparable. Todo en un segundo. Nunca volveré a fumar mientras manejo. Sería

traicionar a esa suerte que evitó que mi vida cambiara para siempre. La tragedia no consumada se daba maña para acompañarme en algún lugar del remordimiento.

En ese mediodía de octubre de 1999, la mañana en que conocí a Matías Rojas, Conchillas parecía desierto. Tomé por la avenida principal y me detuve en la panadería cercana al Juzgado, que aún permanecía cerrado. Me atendió la hija de la panadera. Compré una torta con dulce de leche y unos coquitos. La panadería de Conchillas es una de las mejores particularidades que tiene el pueblo. Al salir, desde una de esas construcciones inglesas que parecen perdidas en un continente equivocado, escuché música. La ventana estaba abierta, así pude ver y escuchar a dos jóvenes que tocaban la guitarra y cantaban. No lo hacían mal. Era una canción de Sui Generis y me dio por recordar que era una de las que cantábamos con Homogéneo antes de entrar Coto para cambiar la banda, las canciones y también mis días. Coto se llamaba Conrado (igual que el borracho que nos estaba demandando) pero siempre fue Coto. Abel lo trajo a la banda con el argumento de que tocaba muy bien, que apenas tenía un par de años más que nosotros y que tenía contactos para conseguir lugares donde presentarnos.

Ese primer encuentro fue tranquilo. Abel fue el que le hizo más preguntas sobre la música que le gustaba. “Me muero con Led Zeppelin”, dijo. “Page es un violero del carajo”. Cuando le preguntó si cantaba, contestó “me defiendo”. Sacó una guitarra Faim, argentina, imitación Gibson Les Paul color *sunburst*, y preguntó si podía enchufarla en el amplificador. Luego empezó a hacer algunas acrobacias. Tocaba mucho mejor que yo, eso no cabía duda, e intenté robarle algún pique, algún *riff*. Era rápido y el tono de la guitarra ayudaba a su sonido. Le pregunté dónde la había comprado. Pensé que la Faim debió costarle bastante menos que la mía y me sentí un pelotudo. Se la elogié. “Lo mejor que tiene es que es copia de la de Jimmy Page, aunque sea mala”. La conversación continuó. “¿Y a vos qué música te gusta?”, dijo. “Dale, enchufá la viola en el otro canal y toquemos algo”.

En la radio de ese mediodía de Conchillas, ya cuando faltaba poco para llegar al campo de Enrique, sonó “Everything I own”, de Bread, una de las canciones que tocábamos con Homogéneo y que yo quise mostrarle que sabía tocar a Coto esa lejana tarde en que lo conocí. “Ah, les gustan las baladas”, dijo. La canción volvía a sonar en la radio de la camioneta y fue como un tejido de momentos entre los pibes tocando la canción de Sui Generis en esa casa, Coto hablando de Zeppelin con su Faim y nosotros tocando a Bread. “Les gustan las baladas” fue como decir “les gustan esas cancioncitas de putos”. “Mirá, esto es lo que llamo una balada *folk* en serio”. Comenzó a tocar “Tangerine”, una de mis preferidas de Led Zeppelin. Lo acompañé con los acordes con mi Elli Sound. Coto sabía la letra de memoria y con su poca voz la cantó. Yo murmuraba, en mi mal inglés, la fonética de la letra. Él me dejó seguir cantando, como pudiera, el tema y tocar mis acordes rudimentarios de esa canción de Page. Coto se concentró en su Faim modelo Les Paul, apretó el pedal que había traído y me regaló uno de los mejores solos que escuché en mi vida. Más distorsionado y furioso que el original. Debajo de esa furia había una

ternura que no podía ocultar. Tuve que esconder mi sentimiento de asombro y maravilla.

Subí al auto, pasé Pueblo Gil y doblé hacia la izquierda, rumbo al campo de Andreoli. Me pregunté si ya habría empezado a beber *whisky*. Miré el reloj. Las doce en punto. Al llegar, los perros salieron a ladrar en cuanto entré la camioneta por la portera. Bajé y encendí un cigarrillo para fumarlo mientras caminaba hasta la casa.

7

Enrique me esperaba en la puerta del casco de la estancia. Llevaba un jean Levis, camisa escocesa, pañuelo al cuello y sus tradicionales botas de media caña. Siempre aparentaba estar demasiado bien vestido para el pueblo. Se peinaba hacia atrás y se notaba que la calvicie lo esperaba en el futuro. Sin embargo, era un logro haber mantenido su cabello tanto tiempo, al igual que su buen estado físico, ya que por aquellos años se acercaba a su sexta década de vida. En las mañanas, a eso de las seis, salía a correr por el campo antes de hacer cualquier otra tarea. Luego se vestía con su ropa, que lo identificaba tanto como un estanciero como con un empresario. Su conversación era amena y tranquila, pese a que su voz potente podía impresionar al interlocutor cuando recién lo conocía. Había algo en él que me generó confianza desde la primera vez que lo vi en la oficina de mi exsuegro.

Ese mediodía, cuando me esperaba en la puerta del casco de su estancia unas horas después de que yo hubiera conocido a Matías Rojas, me hizo una seña para que entrara a la casa. La charla con Enrique fue, como siempre, amable. Una discreta picada acompañando los dos *whiskies* que bebimos cada uno. Hubo un último chorro para “aprovechar el hielo”, que era una de sus frases de cabecera. La empleada dijo que ya había servido la mesa y yo rechacé el vino tinto que me ofreció. Bifes a la portuguesa, que acompañé con agua mineral, y de postre Martín Fierro.

—Vas a tener que ir a hablar con la jueza. Martino tiene que estar en Montevideo ese día. Pedí que posponga la audiencia.

—No va a ser fácil. A la doctora Arias no le gusta eso.

—Decile que vamos a arreglar, que le voy a pagar a ese cabeza de termo de Conrado. ¡Ganas de romper las pelotas! Después va el pelotudo de Jacinto y lo contrata de nuevo. En realidad, son todos iguales. Se les termina la guita pal vino y empiezan a joder.

El comentario me hizo sonreír al venir de alguien que se había tomado dos *whiskies*, acaso tres, y al que esperaba una botella de vino argentino sobre la mesa. Y ni siquiera era la una de la tarde. Aunque es cierto que Enrique tenía la rara habilidad de disimular cuando cruzaba su límite de alcohol. A mí me costaba más. Mientras almorzábamos me hizo algunas preguntas sobre la oficina en general: si Jacinto cumplía con el laburo, si el cadete venía cuando se lo precisaba. A la señora Evans ni la mencionó. Como dije, parecía formar parte del inventario.

La empleada nos sirvió dos jarros de café. Enrique me hizo señas para salir al alero, así yo podía fumar tranquilo. Él había dejado hacía más de diez años. “Cuesta acostumbrarse a chupar sin fumar, pero una vez que lo conseguís le sentís otro gusto a las cosas”.

Parados bajo el alero, mirando la lluvia que había comenzado a caer nuevamente, disfruté de

mi cigarrillo hasta que Enrique habló.

—El negocio está complicado. Ayer me llamaron de una de las empresas de Buenos Aires. Va a concordato.

—¿Rinaldi & Cía.?

—Esa. Me parece que el cambio de siglo viene bravo.

—Los años son números nada más.

—Nada es eterno. Ni la piedra ni la arena.

Me reí fuerte. Enrique me miró. Pegué una pitada y expliqué.

—El sábado pasado, Dávila llegó a su casa con varios amigos de Montevideo.

—¿Cómo sabés que eran de Montevideo?

—Estaban en el frente de la casa y no charlaban en voz baja.

—Sos chusma, ¿eh?

—Fueron a jugar al fútbol a la playa y escuchaba los gritos. ¿Podés creer que un marinero les dijo que no podían jugar ahí? ¡No había nadie! Hacía un frío de locos.

—Hay gente que es muy tarada.

—Cuando pasó el camión de la tarde de la arenera, varios de los visitantes estaban en la puerta de la casa de Dávila. Uno de ellos, un peladito, corrió hasta la calle e insultaba a los del camión, como si ellos tuvieran algo que ver. "¡Ladrones!, ¡porteños putos!, ¡nos van a dejar sin playa!". Se ve que estaba mamado luego del almuerzo. El pobre Dávila hacía lo que podía por contenerlo.

—No entiendo qué tiene que ver.

—Se ve que ese pelado piensa lo mismo que vos.

—Los negocios nunca duran demasiado. Esto ya tiene más de cien años. Los pedidos de Argentina bajan cada vez más. Mirá que tengo gestores allá. No es fácil.

—Hubiera estado bien que me lo dijeras hace un par de años, cuando me convenciste para venir.

—Conchillas fue lo mejor que te pudo pasar.

Pegué la última pitada. Tiré el pucho lejos con una técnica que había aprendido de mi Viejo. Un tinguiñazo pegado en el lugar justo y el pucho desaparecía. "Me hubieras dicho que iba a durar tan poco", pensé, pero entendí que si hacía ese comentario hubiera quedado desubicado. Dos años y poco antes, apenas después de la separación, fue que llegué en junio a ese lugar, sin ninguna promesa. Poco a poco mis días comenzaron a transformarse en la rutina de Conchillas. En un trabajo que comencé a entender y que me daba una cierta calma. Haber iniciado una nueva vida lejos de mi fracaso matrimonial.

—Igual esto no se va a ir a la mierda de un día para otro.

—¿Puedo hacer algo?

—Estar tranquilo. A veces me pregunto cómo podés vivir tanto tiempo sin mujer.

—¿Te estuvo llenando la cabeza tu esposa? Dicho sea de paso: ¿dónde está tu familia?

—Los gurises, en Montevideo. Ella salió… Mejor, un poco de paz.

—¿Ves? Lo tuyo no es preocupación, es envidia.

Sentí la camioneta de Susana que entraba por el sendero de gravilla. Enrique sonrió. Se acercó a mi oído y susurró: "La llamaste". Apuró sus palabras. La llegada de su esposa cortaría cualquier intimidad.

—Hoy es viernes, ¿vamos a El Dado Azul?

Sonreí sin contestar. Susana ya llegaba hasta la puerta de la casa. Llevaba un *tallieur* azulado y tenía el típico aire de seriedad con el que la conocí desde el primer momento. Había una actitud de formalidad en Susana que confundía respecto a su edad. Yo sabía que era menor que su marido pero no lo parecía. Siempre estaba arreglada a la perfección. El cabello corto y castaño le daba un aspecto de recién salida de la peluquería. Usaba pantalones cuando estaba en la estancia, pero le bastaba pasar las puertas de la tranquera para que se colocara algún conjunto de pollera y chaqueta de escribana, aunque fuera profesora del liceo de Carmelo.

Tenían dos hijos grandes que estudiaban en Montevideo.

—¿Cómo estás, Roberto? ¿Qué tal el almuerzo?

—Excelente como siempre, Susana.

—¿Cómo va todo en el Puerto? Me dijeron que hay caras nuevas.

—¿Nuevas?

—Me hablaron de un músico. Yo no sé nada de música.

—¿El pibe que llegó hoy? ¿Matías Rojas? Un guitarrista que quería buscar trabajo en la arenera, pero al final creo que consiguió con el Gallego.

—¿Trabajo? No debemos de estar hablando del mismo. Hablo de que hay un músico conocido ahí, famoso ¿guitarrista?

—Fue lo que me dijo: "No toco la guitarra; soy guitarrista". Joven, barba, buena pinta.

Se produjo un breve silencio en el que entendí que con Susana teníamos dos conversaciones distintas que se unían por la confusión. Vi que Enrique pestañeaba sentado en un sillón.

—Bastante malo como informante —dijo Susana mientras una sonrisa despejaba cualquier temor de que algo la hubiera molestado.

—Mucho trabajo en la arenera.

—Peor sos mintiendo —concluyó mientras se despedía y entraba al cuarto.

Enrique salió del letargo, me acompañó hasta mi camioneta y se despidió.

—¡Esperá! No te olvides del cedulón. Pasá por el Juzgado, hablá con el Negro Paraíso o con la jueza, si está. Pedile que postergue la audiencia. Decí que voy a hablar con Conrado a ver si lo arreglamos antes.

—Mejor no lo hagas. Averiguo qué abogado lo tiene. Sabés que a la doctora Arias le molesta que se pase por arriba de los colegas. Ya tuvimos líos.

—¡Puta que lo parió al Loco Repetto! Un reverendo pelotudo e inútil, pero todo era más fácil

con él.

Mientras arrancaba dijo la última frase.

—Vos no te llevás mal con la doctora. Martino me dijo que miércoles o jueves de la semana que viene no tiene problema.

—Yo no me llevo mal con nadie. Soy un buen tipo.

8

Dejé la estancia de Enrique. Pasé por Pueblo Gil y luego entré a Conchillas. Ver esas casas de piedra amarillenta y techos rojos de chapa siempre me produce una sensación de bienestar. Quizás porque recuerdo cómo estaba un par de años atrás, cuando me propusieron venir a la arenera. La primera llegada al campo de Enrique, la conversación, la coincidencia en lo casual del encuentro que habíamos tenido unos meses antes, las necesidades de la empresa, el trabajo seguro, el cambio de ambiente. Cuando uno está deprimido, busca cualquier escenario que le haga sentir al menos una pequeña brisa de optimismo, algo que sacuda esa desolación que envuelve las sensaciones, el miedo. Alguien dijo que esa melancolía mala que genera un estado depresivo es como una sustancia viscosa que te cubre el corazón. Parece que uno se regodeara en la tristeza. Llegar a Conchillas fue el sacudón que necesitaba para salir de ese estado.

Cuando en ese primer recorrido fuimos con Enrique desde su campo a la arenera, me sorprendió ver las construcciones de piedra, esas casas inglesas que los emigrantes habían construido como remedio modesto al desarraigo. Un pedazo del otro lado del mundo que llegaba a las costas de Colonia. Apenas una calle principal y algunas transversales que consistían en no más de tres o cuatro cuadras de viviendas. Pero con un aire propio, con personalidad.

Hablamos un par de horas en la arenera, y entendí que mi futuro se iba a desarrollar en ese lugar. Cuando volvíamos con Enrique, luego del trayecto desde Puerto Conchillas al pueblo, vi las casas en el otro sentido. Me costó entender la familiaridad que ese grupo de construcciones me generaba. Era imposible experimentar un sentimiento de pertenencia con un pueblo que recién conocía. No soy místico ni creo en el destino, por lo tanto tampoco pensé que ese lugar estuviera reservado para algún momento de mi vida. Sin embargo, terminé por olvidar esa duda, como se abandona todo aquello a lo que no se le encuentra explicación.

Ese viernes de octubre de 1999, dejé la estancia de Enrique apenas pasadas las dos de la tarde. La lluvia había aflojado pero el cielo seguía plomizo. Era obvio que iba a continuar todo el día con ese clima y pensé que la carga del barco de las cuatro de la tarde se complicaría, tal como anunció Jacinto, y que sería bueno que hubiera contratado a dos peones más.

Entré al pueblo. Parecía una vieja película del oeste en que toda la gente hubiera huido ante la llegada de una banda de pistoleros. Faltaban el viento y algún cardo rodando por las calles. Era Conchillas, vacía en un viernes lluvioso. Cuando pasé la primera cuadra, las luces encendidas dentro de las viviendas rompieron esa visión. En esas casas de piedra, de gruesas paredes unidas unas a otras por el techo de chapa de zinc rojo, las ventanas no eran muy grandes y la construcción se alargaba hacia las habitaciones. Eran oscuras. En un día de lluvia había que

recurrir a las lámparas para paliar la oscuridad.

Cuando llegué y busqué donde vivir, opté por ir a la zona del puerto, cerca de la arenera, a unos seis kilómetros del pueblo. Mentí que era por la comodidad de estar cerca del trabajo y porque la pequeña casa que alquilé era justo lo que necesitaba. Sabía que vivir en esas construcciones tan particulares de Conchillas, y de alguna forma hermosas, podía hacer volver la depresión de la que escapé de Montevideo. La luz puede ser un remedio eficaz contra la tristeza.

El apartamento en que viví mi niñez y adolescencia con mis padres tenía tres dormitorios. Lo compraron con un préstamo del Banco Hipotecario y siempre mantuvieron las cuotas al día, gracias a la meticulosidad en los gastos. Mi madre, profesora liceal de Matemáticas, solía dar también clases a alumnos en nuestro hogar, para juntar algún peso más. El departamento tenía orientación norte y era muy luminoso. El sol daba todo el día y parecía dar vida a las cosas. Cuando me casé con Lilián hice cuestión de que el departamento que alquiláramos tuviera la misma orientación. Ni siquiera ese ambiente lleno de luz donde nuestro matrimonio transcurrió evitó el fracaso.

Estacioné frente a la plaza desierta. El almacén estaba cerrado, era la hora de la siesta, pero el Juzgado permanecía abierto. La construcción forma una ele, con un alero del lado izquierdo y con la puerta de entrada detrás de un gran paraíso que ocupa gran parte del jardín. El único funcionario del Juzgado que ha acompañado a los jueces encargados se llama Antúnez. El Negro Antúnez solamente ha tenido dos jefes. Por casi quince años el juez fue el Loco Repetto. En aquellos años ni siquiera era necesario ser abogado para ocupar ese cargo. El Loco Repetto era un tipo práctico que hacía que el Juzgado funcionara, según me contaron, sin fisuras. Había vivido casi toda su vida en el pueblo, salvo cuando intentó cursar Abogacía en Montevideo, abandonando cuando ya era procurador y le quedaban un par de años de carrera. Fue en ese momento que le ofrecieron ser juez en el nuevo Juzgado que se abría en Conchillas.

Repetto lo organizó muy bien. Celebraba casamientos, solucionaba problemas de robos menores y algún lío entre los vecinos. Al poco tiempo entendió que su sueldo no era acorde con una tarea que consideraba tan importante y empezó a conseguir algunos ingresos extras. Aceleraba los casos con ciertas tarifas, a las que nunca permitió que se las llamara coimas. La rutina funcionaba, hasta que se le fue un poco la mano cuando empezó a cobrar por los casamientos. Argumentaba que eran viáticos y que su cobro era indiscutible. El pueblo lo aceptó. Quien recaudaba las tarifas era el Negro Antúnez. Pero un día llegó una inspección de Montevideo. El Negro confundió al inspector con una persona que venía a casarse y le habló de los viáticos. Repetto tuvo que dar explicaciones que no convencieron del todo al montevideano. Su empleado había conspirado contra su mecanismo de recaudación. De la bronca que se agarró lo obligó al Negro a sacar una mesita del Juzgado y su máquina de escribir. De ahí en adelante, Antúnez debió trabajar en el jardín, debajo del paraíso. Ni en invierno lo dejaba entrar. Cuando llovía, apenas le permitía que se situara bajo el alero, como concesión graciosa que daba cuenta

de su magnanimidad. A la gente le llamó la atención ver al Negro bajo el árbol. Luego se transformó en parte del paisaje del pueblo, hasta que un día a alguien se le ocurrió llamarlo el Negro Paraíso, sobrenombre que nunca pudo sacarse.

El informe que hizo el inspector que había venido de Montevideo fue lapidario. Destituyeron a Repetto e incluso lo procesaron sin prisión. El Negro Paraíso se salvó argumentando que él no podía desobedecer al juez y que nunca se había llevado un peso. Era bravo que lo suspendieran. No había otro para poner en su lugar. Al tiempo, desde Montevideo llegó la solución. Una abogada de Colonia, la doctora Mónica Arias, fue designada como jueza de Conchillas. Había un deseo de la Suprema Corte de Justicia de profesionalizar todos los cargos de juez por más pequeña que fuera la localidad. Al poco tiempo todos notaron el cambio. Los expedientes se tramitaban rápido, en forma eficiente, y a la gente le pareció una gran ventaja no tener que pagar para casarse ni tener que abonar tarifas extras para que su problema se arreglara rápido. Recuerdo la primera vez que me topé con la doctora Arias. Recién había llegado al pueblo cuando nos encontramos en el cumpleaños del año anterior de Conchillas. Llegó con su marido y ese mediodía fue una especie de presentación en sociedad.

Mónica Arias tenía 34 años. Estaba casada con el ingeniero agrónomo Jorge Chávez, de larga trayectoria política, con el que tenía dos hijos varones. Ella entró en la carrera judicial y, según comentarios, gracias a la influencia de Chávez, en cuanto terminó el curso la designaron para Conchillas. Era un buen primer paso para que creciera en la carrera de la judicatura. El Juzgado quedaba cerca de Colonia, no tendría que mudarse y viajaría todos los días. En algunos casos acumulaba trabajo en un día y se tomaba algún viernes o lunes. Pero era sumamente responsable y pronto se ganó al pueblo, que ya estaba bastante cansado de las desprolijidades simpáticas del Loco Repetto. Todo el mundo la respetaba, y le había impuesto un aire de orden femenino a su trabajo. Arias fue lo mejor que le pudo pasar a Conchillas. En ese festejo del año anterior, Enrique me presentó a Chávez y a su mujer “que vendría a poner orden”. Ahora mi jefe se quejaba de ese orden.

El Negro Paraíso fumaba junto a la puerta de entrada cuando me vio venir.

—¿Cómo anda, Benítez? ¿Qué lo trae por acá? —dijo.

Encendí un cigarrillo y miré hacia dentro del Juzgado. La puerta del despacho de la doctora Arias estaba cerrada. La había hecho pintar de un marrón fuerte no bien asumió funciones. Antúnez, que sabía que estaba en capilla, fue solícito y por un tiempo, además de llevar los expedientes, la ayudó a darle un toque de prolijidad al Juzgado. Incluso la magistrada consiguió una computadora 486 DX, que era un lujo para Conchillas pero que el Negro Paraíso no sabía usar. Estaba en el despacho de la jueza y él seguía con su Remington, que ahora volvía a estar bajo techo.

—¿Está la doctora? Sé que a veces no viene los viernes.

—Vino, sí. Hay un casamiento a las cuatro de la tarde. Una pareja de Pueblo Gil. Le va a salir

aguadita la fiesta.

—¿Podré hablar con ella? Es por esta audiencia del viernes que viene.

—Ah, sí. La de Conrado. Ayer conseguí que el pibe que trabaja conmigo les llevara el cedulón. Tendría que haberlo llevado antes. Espere que pregunto a ver si lo puede atender.

Miré hacia la calle principal. Una camioneta pasó en dirección a Pueblo Gil. La conducía Dalila Hainez y a su lado iba el de gabán gris y sombrero hasta los ojos. Me pregunté hacia dónde irían. Supuse que a Colonia o a la Estancia Anchorena o a alguna atracción turística que Dalila le querría mostrar a su novio gringo. Estaba distraído inventando esa historia cuando el Negro habló a mi espalda.

—Dice la doctora Arias que pase, que tiene cinco minutos.

Abrí la puerta marrón y vi a la jueza al otro lado de la habitación. En ese despacho se tomaban las audiencias y era el centro del Juzgado. Además de su escritorio y la computadora a un lado, había dos mesas con sillas para que las partes se sentaran cerca de la puerta. La habitación era amplia, pero enseguida me llegó el perfume que usaba la doctora Arias. Un perfume cítrico, intenso, que daban ganas de seguir sintiendo por un rato, incluso luego que ella ya no estuviera. Parecía que se había impregnado en los muebles, y recordé que cada vez que venía a una audiencia sentía que el perfume se iba conmigo. Ella tenía una pollera *beige* con un saquito haciendo juego. El pelo recogido y unos lentes le daban un aire algo mayor a los 34 años que tenía. Uno presentía que en el futuro debería llevar más corto ese pelo de color castaño. Los ojos verdes, la nariz apenas grande, los pómulos salientes: era una mujer linda y lo sabía.

—Buenas tardes, Benítez. Estoy en medio de un tema por robo de ganado, pero dígame en qué le puedo servir.

Con la cabeza me hizo una mínima seña para que cerrara la puerta. El Negro Paraíso estaba en su escritorio, cercano a la entrada del Juzgado. Le hice caso. Cerré.

—Es por la audiencia del viernes. Al doctor Martino, nuestro abogado, le es imposible concurrir. Quisiera saber si puede darnos una prórroga.

Ella movió la cabeza y apenas sonrió.

—Andreoli tendría que contratar a otro abogado para cuando Martino no puede venir.

—Nos avisaron un poco sobre la fecha.

La doctora Mónica Arias se dejó caer hacia atrás en su sillón negro, con respaldo reclinable. Por lejos el más cómodo del Juzgado. Se metió la lapicera en la boca junto a la comisura de los labios mientras seguía moviendo la cabeza y musitando un “ay, ay, ay”. Por reflejo miré a mis espaldas, a la puerta. Seguía cerrada. La ventana estaba detrás de la jueza, con las cortinas corridas. Daba a un patio pequeño donde terminaba el Juzgado y al que se podía salir por el costado. No había nadie, por supuesto. Llovía.

Caminé hacia el escritorio. La doctora Arias se levantó como por un resorte. Dio unos pasos hacia atrás quedando en uno de los rincones de la habitación. La sonrisa se transformó en risa

franca. Un paso más y ya estaba sobre ella. El beso fue con todas las ganas que había sentido desde que la vi por primera vez en el cumpleaños de Conchillas. Desde ese momento, nunca disminuyeron. Cada beso traía el mismo gusto que uno no quería abandonar porque presentía irrepetible. Mi mano derecha acarició su culo, ella me abrazó.

—¡Pará! No seas loco —musitó.

—Sos mala gente. Ayer en el hotel no me dijiste nada de la audiencia.

—No estaba trabajando. Solamente trabajo cuando trabajo.

—Y cuando cogés, cogés.

—Ordinario —dijo, mientras me volvía a besar. Sentí su mano en mi entrepierna.

Ella sabía que yo, además de cerrar la puerta, había girado la llave.

9

El Negro Paraíso tomaba mate bajo el árbol del mismo nombre en aquella tarde temprana de octubre de 1999. La lluvia había amainado y parecía que al funcionario le costaba abandonar lo que fue, en tiempos del Loco Repetto, su hábitat natural. El árbol tenía un follaje tupido, ocupaba gran parte de ese jardín y parecía un guardián, grande y seguro, para el Juzgado. Sus ramas eran un techo natural que había sido armado para que, en épocas de Repetto, Antúnez tuviera un lugar que hiciera más confortable su vergüenza de alcahuete tonto, de cómplice inepto, de no servir ni para coimear, a la vista de todos los habitantes del pueblo. Hoy parecía que al Negro le gustaba situarse ahí por voluntad propia, para demostrar que ya nadie lo mandaba pero que aún quería estar bajo el árbol. Pese a la lluvia. Que no era tan imbécil como Repetto, y acaso el pueblo todo, pensaba. Él estaba ahí, en el Juzgado, en el lugar donde se le antojara ubicarse. Nadie sabía, a ciencia cierta, dónde estaba el Loco Repetto. Capaz que cargando su propio paraíso, que lo mostraba como un inmoral incapaz de hacer una tarea simple en forma correcta. Antúnez había ganado aquella imaginaria batalla que tuvo con su jefe, oculto tras su incapacidad. La mediocridad muchas veces sirve para durar, para lograr la permanencia al no destacarse en nada. Para evitar que la cabeza ruede oculta detrás de la medianía. El problema en destacarse es que uno está más expuesto a la línea de fuego.

Me acerqué y le entregué lo que acababa de firmar la doctora Arias.

—La audiencia pasó para el miércoles de la otra semana. Dice la doctora que le avises a Conrado. Acá está la notificación.

—Se va a calentar. El otro día me dijo que con Repetto estas cosas no pasaban.

—Si quiere, que pase por la arenera.

—Hoy llueve, si de tardecita está en el boliche se lo doy. Si no lo veo se lo llevo el lunes.

—Por ahí arreglamos el tema sin jorobar a la doctora y al doctor Martino.

—A la doctora no le gusta que pasen por arriba de los abogados.

—¿Conrado tiene abogado?

—Hay un pibe de Carmelo, recién recibido, Javier no sé cuánto. Viene a Pueblo Gil y Conchillas cuando lo llaman. Tiene una tía ahí. Por eso había pedido que…

—Que venga con el abogadito si quiere, pero que no jodan por tres pesos. Si rompe mucho le digo a Martino que la tire para adelante y va a cobrar el año que viene. Y no lo contrato más. Que sea borracho a tiempo completo.

—Le digo, le digo.

La camioneta de las Hainez volvió a pasar, esta vez en dirección a Puerto Conchillas. Mi

fantasía sobre que la pareja había ido a pasar el día a Colonia, en una escapada romántica, no era cierta. Quizás el tiempo había conspirado o quizás solamente daban una vuelta corta para mitigar el aburrimiento de un viernes lluvioso en el pueblo. La lluvia siempre potencia la soledad, aun estando con la mejor compañía. Me preguntaba qué extraña razón habría impulsado a este tipo, yanqui o inglés, a aparecer por estas tierras. La forma en que había conocido a Dalila, cómo verían esos ojos extranjeros estas casas inglesas implantadas en tierra extraña y lejana. Pensar en eso me llevó a mi propia experiencia, a la intriga que me causó este pueblo cuando lo vi por primera vez, luego de la propuesta de trabajo de Enrique y cuando lo único que me interesaba era encontrar un nuevo escenario donde proseguir mi vida. Era 1997 cuando llegué. Un año antes había muerto mi padre, y mi madre, que estuvo unos años internada en una clínica por su alzhéimer, falleció seis meses después. En los últimos meses, cuando la visitaba en la clínica, daba lo mismo que fuera o no, porque no me conocía. Le habían robado todos sus recuerdos y entre otros mi cara. Aunque uno nunca sabe. Quiere creer que lo que dice el médico es real, pero también puede ser que la vida del que padece demencia senil tenga otra lógica tan válida como la que sentimos los que estamos de este lado del alambrado, los que vivimos en nuestra normalidad. En ese tiempo insoportable en que con el Viejo veíamos el deterioro de la relación con la realidad de mi madre, a veces me gustaba pensar que ella era feliz en ese otro mundo al que su cabeza se había mudado. Con mi padre, poco a poco, comenzamos a perder las pocas charlas que teníamos. Nuestra relación siempre tuvo su apoyo fundamental en el silencio.

Pasaron poco más de dos años, y sin embargo, esa primera sensación cuando íbamos con Enrique desde su estancia a Puerto Conchillas pasando por el pueblo se mezclaba con lo que siento ahora luego de vivir todos estos meses, estos muchos días que forman los dos años que he vivido en Conchillas.

—Van demasiado rápido —dijo Antúnez— al pedo nomás. No deben tener mucho que hacer. Dicen que ese tipo, el que anda con Dalila, es conocido.

—¿Conocido por quién?

—Famoso, digo. El exmarido de Madelón, Tomás Hainez, también era famoso. Actor. Siempre caminaba fumando su pipa.

—Avisale a Conrado. Chau.

—Empezó a llover de nuevo. Tiempo de mierda.

Subí a la camioneta. Arranqué e intenté alcanzar a las Hainez. Rápidamente dejé atrás las casas del pueblo. Doblé hacia la derecha y seguí por la ruta que llevaba al puerto. Subí la velocidad, la carretera estaba desierta. No alcanzaba a verlos, iban muy ligero. Aceleré. “La puta que van rápido”, pensé. En una curva olvidé un pozo que hacía meses que estaba ahí. La camioneta viboreó. Estuvo a punto de salirse del camino y vi demasiado cerca los alambres que estaban a unos metros de la ruta. Sentí el mismo terror de aquella vez en que la brasa del cigarrillo me cayó sobre el pantalón y pude haber matado a alguien en la rambla. Finalmente

dominé el vehículo. Nadie había visto mi vergüenza de conductor poco avezado. Disminuí la velocidad. “La puta que van rápido”, volví a pensar.

El resto del viaje lo hice en forma exageradamente lenta, con el peso de la responsabilidad por la imprudencia cargado sobre mis hombros. Dejé la camioneta en casa. Morro surgió como de la nada, como siempre lo hacía. De entre los árboles del baldío que rodeaba esa pequeña casa donde yo pasaba poco rato entre semana, y algo más los sábados y domingos. Morro quería comida, como era habitual. Puse algo de arroz con restos de carne en su plato. Di una vuelta por el dormitorio, la sala, la cocina y el baño, como para cumplir. No iba a encontrar nada nuevo ahí, todo estaba como lo dejé en la mañana. Lavé la taza y el plato del desayuno, puse la radio y miré la hora. Apenas eran las tres de la tarde. La lluvia daba un breve respiro y resolví caminar unas cuadras en lugar de dormir una breve siesta. Jacinto ya estaría yendo hasta una de las canteras de piedras para verificar si la carga estaba casi terminada y volver a Puerto Conchillas a la espera del segundo barco. La señora Evans debía estar ordenando papeles que ya estaban ordenados y el cadete posiblemente estaría en su casa, dado que no tenía trabajo. Las urgencias duermen los días de lluvia.

Caminé un par de cuadras y un sonido pareció meterse entre el croar de las ranas y el silbido del viento. Dirigí mis pasos hacia el sitio de donde pensé que provenía ese sonido. La casa amarilla de las Hainez, con los árboles al frente y un cerco de alambre, en esa mañana se veía algo diferente a como siempre me pareció que lucía. La puerta estaba abierta y bajo un mínimo reparo que daba el alero al frente, el extranjero de sombrero calado hasta las cejas estaba ubicado en una silla. No tenía los lentes de sol ni el gabán gris. Vestía un jean y una remera de manga larga, ambos de color negro. Sobre su falda tenía una guitarra eléctrica. La reconocí, era una Danelectro, una guitarra yanqui de dos micrófonos que en su momento se hizo popular por lo barata y luego por su sonido particular. El modelo 59 pobló los garajes yanquis de los sesenta. Estaba conectada a un mínimo amplificador que no podía ver, pero sí adivinar. Era un Marshall Pignose. En mis épocas de proyecto de guitarrista llegué a comprar muchas revistas sobre músicos que daban consejos. Observaba en esas publicaciones, una y otra vez, los avisos de guitarras o amplificadores que ejercían una fascinación muy difícil de explicar. Alguna vez leí que George Harrison dibujaba guitarras en sus cuadernos escolares. Lo entendí. Da un placer poco explicable ver fotos o dibujos de ese instrumento. Imagino que también dibujarlas. En esas revistas me enteré de la existencia de esos miniamplificadores a batería o pilas, con un parlante pequeño y el control de volumen que se asimilaba a la nariz de un cerdo. De ahí el nombre Pignose.

Con todo el sigilo que pude, aprovechando que el hombre me daba la espalda, me acerqué y quedé junto a un árbol muy cerca de la entrada a la casa. El sonido me hechizó en pocos segundos. Un arpegiado bellísimo que se quebraba en un violento solo de guitarra, con algo de distorsión que no supe si venía de un pedal. Me pregunté cómo ese sonido, consistente y

perfecto, podía salir de un amplificador tan chico. Luego volvía a la melodía lenta, encantadora. Demostraba una agilidad en los dedos y un gusto musical que impresionaban. No sé cuánto tiempo pasé ahí, al lado del árbol, procurando que nadie me viera y con el deseo secreto de que la música disfrazara mi presencia, haciéndola pasar desapercibida. El extranjero seguía probando acordes, haciendo breves solos, pasando de la furia a la calma tan solo con cambiar el estilo y las notas. Con su imagen así, de espaldas, como algo que viene del pasado apareció el recuerdo de Coto, sentado y tocando su Faim modelo Les Paul. Usualmente, cuando la enchufaba tocaba la introducción de “Escalera al cielo” de Led Zeppelin. Eso demostraba que no era original. Todos los que prueban guitarras en los lugares donde las venden suelen poner la media cejilla en el quinto espacio e iniciar el arpegiado de esa canción. Demuestra conocimiento musical en quien lo hace, aunque no sea difícil de tocar. En una película mala, de la que no puedo recordar el nombre, mostraban una casa de venta de guitarras con un cartel “Prohibido tocar la introducción de «Escalera al cielo»”.

Luego de calentar las manos, Coto recorría algunas escalas, usualmente pentatónicas, tocaba algún solo de un viejo *blues* y esperaba que nosotros, en medio de nuestra admiración disimulada, nos integráramos. Todo cambió con su llegada. Me sentí cada vez peor guitarrista y mis dedos se agarrotaban cuando intentaba seguirlo. José Luis y Leandro parecían embobados con su capacidad para hacer solos. Abel lo miraba con cierta desconfianza, acaso porque al poco tiempo empezó a salir con su hermana Beatriz, rompiendo mi fantasía y mi corazón. A mí me gustaba disimular mientras miraba cómo sus dedos enganchaban solo tras solo demostrando que lo que a mí me costaba muchísimo para él era tan fácil como caminar. Copiar su estilo, poder reproducir lo que hacía, poco a poco se volvió una quimera.

Comencé a pensar que la gran diferencia que teníamos entre nosotros era el instrumento. Esa Faim producía un sonido grueso, contundente, tan alejado del latoso grito que emitía mi guitarra Elli Sound. Pensé que había cometido un gran error al gastar el dinero ahorrado en esa guitarra italiana, imitación mala de una Fender Stratocaster, y por menos podría haber ido a Buenos Aires a comprar una Faim. Un día en que estábamos en pleno ensayo, abandoné el garaje y fui hasta el baño de la casa de Abel. Cuando retornaba, y antes de entrar a nuestro lugar de ensayo, escuché un fabuloso solo distorsionado que tocaba Coto, mal acompañado por Leandro en el bajo y Abel en la batería. El sonido era soberbio y una vez más me lamenté por la boludez que había hecho al elegir mi segundo instrumento. Soportar la Black Diamond fue una cosa lógica de primera guitarra a la que uno llega como en un sueño. Hasta su recuerdo, con esas cuerdas que parecían alambres de campo y que hacían sangrar mis dedos, me despertaba simpatía y nostalgia. Pero haber gastado una buena guita en esa Elli Sound tan desconocida como mediocre era imperdonable. Cuando entré al garaje, presencié el final del solo y la mirada pícara de Coto. “La quería probar. Suena bárbaro, no como la mierda que tengo. Si la querés vender no te olvides de avisarme”. Colgada del hombro de Coto, mi guitarra Elli Sound parecía mirar, con sonrisa

irónica y vengativa, mi vergüenza.

El trueno quebró el hechizo y un fuerte chaparrón lo siguió. El extranjero miró con molestia al cielo. Vi cómo el huésped de las Hainez tomaba su guitarra con una mano y el diminuto amplificador Pignose con la otra y entraba en la casa. Como pude me refugié debajo de un árbol frondoso. A los segundos entendí que era inútil. Corrí las dos cuadras de distancia que me separaban de la arenera. Llegué empapado, con demasiada música y recuerdos encima.

10

—Señor Benítez, se va a enfermar —fue lo primero que dijo la señora Evans cuando, luego de correr un par de cuadras, entré empapado a las oficinas de la arenera.

Pensé en ir a casa a cambiarme, pero el diluvio continuaba. En un ropero que estaba al lado de la entrada, guardaba un pulóver extra y también encontré una vieja camisa que no recordaba cómo había llegado ahí. Me metí en el baño, me sequé como pude y me cambié. Sentí que la puerta de la oficina se abría y vi a Matías Rojas, sin su guitarra, mirándome.

—Lo estuvo buscando —dijo la señora Evans.

—¿Qué hacés por acá? ¿Tenés ganas de mojarte? ¿Querés café?

Aceptó.

La señora Evans nos trajo dos tazas grandes. El joven se sacó la campera marrón, que estaba mojada, y entró a mi despacho.

—Le quería agradecer la recomendación —dijo, y yo no supe bien de qué hablaba.

—¿Recomendación? ¿A quién? ¿Al Gallego?

—Pensé que había sido usted.

—Me podría ganar un agradecimiento gratis, pero no, no fui yo.

—Este pueblo es increíble. Llegué hoy y ya conseguí un segundo laburo para la noche. Voy a tocar en el Copyc. ¿Se llama así, no? Me dijeron que hay una fiesta tradicional.

—Pensaba ir a cenar al Copyc, pero no supuse que tuviera música de fondo. ¡Claro! Estamos en octubre y el concesionario siempre festeja previo al aniversario del pueblo. Es como el primer aviso de que se viene el cumpleaños.

—Fue el Gallego el que me conectó con el que tiene la concesión del Copyc, el señor…

—Julián.

—Ese. El señor Julián me dijo que esta noche tenía programada una fiesta. Le dije que yo era músico y me incluyó en el programa.

—¿Te paga? ¡No me digas que aumenta los precios de la comida!

—Unos pocos pesos, no le va a complicar la economía.

—¿Quiénes más van a tocar?

—Un dúo folclórico.

—Muy divertida no pinta la noche.

—Usted vaya, después me cuenta.

Volvió a la lluvia sin importarle nada. Pensé que también a su edad hubiera hecho lo mismo. Encendí la estufa de gas de mi escritorio y me paré al lado. Los pantalones estaban húmedos. No

tenía otro par en la oficina. La señora Evans entró al despacho y volvió a llenar mi taza con café.

—¿Por qué no se va a su casa y se da una ducha caliente? Mire si se enferma y no viene por una semana.

En ese momento entró Jacinto y me hizo una seña con el pulgar. Todo iba bien en el embarque. Miré el reloj. Eran las cuatro de la tarde. Fui al baño y llevé mi celular. Sin dudar lancé una Clave Uno. Dejé sonar dos veces y corté. A los diez segundos volví a llamar. Mónica atendió.

—¿Ya terminó el casamiento?

—Sí.

—¿Tenés una hora?

—Imposible, tengo que sacar tres expedientes y tengo que llegar a las seis a casa.

—¿Tenés una hora?

—Tendría que dejar todo para el lunes y es complicado porque…

—Una horita o algo así.

Hubo un silencio que sabía su respuesta.

—Tengo cuarenta y cinco minutos.

—Sobra.

—Señora Evans, le voy a hacer caso. Voy a casa a darme una ducha y a dormir un rato. Si me va a llamar hágalo al celular. El teléfono de casa tiene el timbre muy bajo.

—Vaya tranquilo. Jacinto tiene todo bajo control. A las seis me voy.

En ese tiempo los celulares no tenían captores de llamada. Cuando me quería comunicar con Mónica dejaba timbrar dos veces y cortaba. Luego la volvía a llamar, lo que le daba la certeza de que era yo. Ella hacía lo mismo.

El hotel quedaba a unos quince kilómetros del pueblo. La lluvia no aflojaba, pero eso importaba poco. En la próxima hora estaría fuera del mundo, inmerso en la mentira que es un cuarto de hotel. Todo lo demás era accesorio, casi imperceptible. Lo único cierto era esa atmósfera irreal, de calor artificial, que termina por convencer de que nada hay más cierto.

Sabía que ese transcurrir de kilómetros que me separaban del lugar, esa ansia que llenaba el espacio dentro de la camioneta, la certeza de que en pocos minutos me chocaría de frente con su sonrisa eran algo que iba a extrañar, de una forma que dolería, cuando se terminara. La vida recobraba sentido por un par de horas, y ese momento previo, en que la felicidad aparecía cercana e irrevocable, valía todo. Como el preciso instante en que empezaría a desnudarla.

Que el hotel se llamara Oasis, un nombre tan barato y previsible como Placeres Ocultos o El Paraíso, no importaba. La primera vez, la emoción del momento casi se ve empañada por la risa que a ella le atacó cuando vio la cama, que quería ser redonda, el espejo en el techo y el color de la colcha.

—¿Todos son tan berretas?

En medio de la carcajada le dije que le podría hacer una clasificación de habitaciones de diversos moteles o casas de citas y reconocí que “este pelea el descenso”. Sin embargo, sabía que se iba a transformar en la escenografía indispensable de mis días. La llegada de aquella primera vez fue complicada. Mónica era una persona conocida, por eso me encargué antes de hablar con el dueño del hotel. Antonio era un amigo de confianza. Las empleadas eran el problema. “Llamame antes, soy una tumba”.

—Antonio, voy en camino.

—¿Otra vez?

—Para tumba hablás demasiado.

—Tranquilo, habitación doce, la de siempre. Las empleadas ni pasan cerca.

—Me quedo menos de una hora.

—Rápido para los mandados.

—Segunda frase al pedo.

La primera vez fue la que marcó el resto de los encuentros. Cuando uno no sabe todavía qué caminos va a tomar una relación, es esta la que se encarga de mostrarlos. Uno obedece y permite que le terminen calzando como un zapato nuevo que causa molestias e irritaciones solamente la primera vez que uno los usa. Nunca pude saber qué responsabilidad tuve para que esa historia naciera. El cambio de juez hizo que tuviera que ir a algunas audiencias acompañado por el doctor Martino. En cuanto terminaba, el abogado se despedía y salía raudo hacia Colonia. No fueron tantas, dos o tres veces, porque los juicios son raros en Conchillas. Alcanzó para que una broma abriera la puerta.

—Usted es montevideano, ¿no? Me pregunto cómo vino a dar a este lugar.

—Soy irlandés de origen y quería rencontrarme con mis ancestros —contesté.

Ella observó mi firma al final del acta.

—¿Benítez? ¿Irlandés?

—En realidad es O’Bennit. Lo castellanicé para no sonar pedante.

—Si se llamara Ojeda o algo similar, sería más creíble. Podría haber elegido un apellido inglés, Bennith, por ejemplo —dijo entre risas.

—También vinieron escoceses e irlandeses. A sus descendientes, si les dice ingleses, no les va a gustar.

La segunda vez que nos vimos ella me saludó con un “¿Cómo anda, O’Bennit?”. El humor primero, las insinuaciones veladas después, alguna levísima transgresión marcaron un camino que transitaba sin estar seguro de lo que pasaba. El temor de que todo fuera un malentendido creado por el deseo que comenzó a gestarse y crecer día tras día. Que mi imaginación fuera más

optimista que la realidad. Un día quedamos a solas en el Juzgado y le dije que tenía que hablar con ella. Las palabras fueron tan torpes como enredadas y adiviné una cierta piedad en sus ojos. Me sentí un imbécil y se me escapó una frase que sonó a *cliché*: "Pienso tantas cosas cuando estoy solo y ahora se me pierden o las olvido. Debe ser la forma en que mirás". Ella sonrió, cruzó los brazos y giró hacia la pared. "Hablemos de espalda, entonces". Fue la contraseña que necesitaba. Me acerqué, la tomé de los hombros, con suma delicadeza la hice volver a girar. "Mejor no". Alcanzó ese primer beso para entender que esa historia empezaba y que sería difícil de cerrar. Como todas las historias. Las primeras palabras que musitó al apartar su boca fueron "esto está mal, muy mal", a lo que siguió "y besás tan bien". Sentí que un nuevo Roberto Benítez nacía ese día, en ese mínimo, recurrente y cursi momento.

Nadie en el pueblo sospechaba. Toda una hazaña. Dejaba su camioneta en una parte alejada de la ruta. Yo la pasaba a buscar y entrábamos a la habitación 12 de Oasis, que tenía garaje independiente. Cuando terminaba avisaba a la recepción y me iba. Una vez por mes pasaba, hablaba con Antonio y arreglaba las cuentas. Si la habitación 12 estaba ocupada, algo que rara vez ocurría, no íbamos. En esos casos, la zona rural donde dejaba su vehículo cumplía la función de hotel. Aunque nunca nos gustó hacerlo en la camioneta. Esa tarde de viernes, la del día en que conocí a Matías Rojas, exprimimos cada minuto. Entre besos nos desnudamos y nos metimos en la ducha. Cuando terminamos, entre sábanas mojadas, apenas dio el tiempo para un cigarrillo y diez minutos de charla. Sabíamos que el fin de semana se hacía largo sin vernos.

—¿Viste que hay un gringo que anda con Dalila Hainez por donde yo vivo?

—¿En Puerto Inglés?

—Ya nadie lo llama así. Es Puerto Conchillas. Ya te dije que los ingleses no fueron los únicos que vinieron.

—¡Perdón, O'Bennit!

—¿Lo viste o no?

—Antúnez me comentó. Los vio pasar en la camioneta un par de veces. La próxima vez quiero que me avise, así convenzo a la Policía de que le ponga una multa. No sé nada más. ¿Por qué?

—No tiene importancia.

—Se me hace tarde, me tengo que ir.

Salta de la cama. Con la misma rapidez que se desnuda, se vuelve a vestir. Recuerdo que en las primeras veces la ceremonia del final era tan disfrutable como el inicio. La veía peinarse en ropa interior, retocar su maquillaje, y no podía evitar la sensación de ser un tipo elegido. Una persona a la que la suerte le pegó sin buscarla. Lo que yo vivía con Mónica era irrepetible e inasible. Todo cambio sería para peor y es sabido que cuando algo se estanca se pudre. Pero eso no lo pensaba cuando entrábamos a esa realidad alternativa que era el cuarto número 12 de Oasis.

Nunca dio razones o los motivos que la llevaron a esa cama. Hablaba de su esposo con

naturalidad. “Jorge está enloquecido con la campaña política y su trabajo, pero nunca descuida a los gurises. Con otro marido sería todo más difícil. Quiere que vayamos a Buenos Aires a descansar, aunque sea un fin de semana. Imposible”. Hablaba como si se tratara de otra persona, no de su marido. Nunca una queja o una crítica. “Los viajes nos hacen bien, aunque sean cortos. Estuvimos a punto de separarnos hace unos años y un recorrido por Europa nos salvó. Cuando puedas tenés que ir a Inglaterra, Gales, Escocia, Irlanda. Lugares especiales, que te apaciguan el alma. Además, te van a permitir acercarte al origen de todo esto, ¿no?”.

Hablaba como si yo fuera otra persona, y no el que la había hecho gritar mi nombre hacía unos minutos, cuando se había transformado en una mujer diferente a la correcta y distante jueza que conocía el pueblo. Diferente a esa que dictaba normas de conducta a todos con sus sentencias. Tenía una forma especial de decir “¡¡Ay, Roberto!!” cuando estaba a punto de estallar en una de esas pequeñas muertes que eran sus orgasmos. Era como si esa que estaba en la cama desnuda fuera una pieza que no encajara en el resto de su vida ordenada. Hablaba de su marido, de su otra vida, y yo era un espectador sin ningún papel en la obra. Yo presentía que cualquier discusión haría naufragar ese sentimiento de haber recibido un premio desmesurado para mis modestos méritos.

Aun en esa tersa tregua y quietud de no cuestionarse ese vínculo, por detrás la insatisfacción comenzaba a elaborar su propio camino que llevaba al conflicto, a una discusión sorda y mustia por saber que no tenía posible victoria. Aunque en ese día en que ella se vestía rápido, nada más importaba.

11

En ese viernes lluvioso de octubre de 1999 en que conocí a Matías Rojas, luego de que dejamos el hotel y llevé a Mónica hasta su camioneta, volví a Puerto Conchillas. Puse nafta en la estación de la ruta y pasé por el pueblo. Eran algo más de las seis de la tarde, y parecía que todos hubieran finalizado sus actividades. Que Conchillas estuviera cerrado. No había nadie en las calles mientras la llovizna persistía. Llegué a la arenera y el local también estaba vacío. La señora Evans había cumplido su trabajo de la tarde y se había marchado. Abrí con mis llaves y vi una nota que me había dejado Jacinto. Todo había ido bien en el embarque y el sábado saldría el último de la semana, a eso de las diez de la mañana. El régimen de trabajo de sábado inglés se respetó siempre en Conchillas. La señora Evans me había dejado otra esquela. Preguntaba si el sábado podía llegar a las nueve de la mañana porque tenía una prima enferma y quería pasar a verla antes de llegar. Podría llamarla a su casa y decirle que no viniera. Pero tenía un cierto temor a que se dieran cuenta de que también sería lo mismo si yo no venía.

Aproveché que el aguacero había parado y pasé por lo de Beba. También estaba por cerrar. Desde el carrito me hizo una seña. Me acerqué.

—Robertito, recién pasó el gringo. Me pidió una cerveza. Se fue para el lado del río. No llevaba paraguas. Está medio loco, ¿no? Con esta lluvia…

—Puede ser. Sin embargo, en algo tiene razón: es una buena hora para tomar una cerveza. Recién termina la jornada. Dame una, Beba.

La cerveza estaba bien fría y eso me levantó el ánimo. Pasé por la puerta del parador. Matías Rojas estaba barriendo y me causó gracia cómo, en unas horas, iría hasta el Copyc, dejaría la escoba y tendría una guitarra en sus manos. Algo que le otorgaría la estirpe de músico. Me pregunté si tendría nervios. Quería que su expectativa no fuera mucha. Es cierto que la noche del viernes, y algunos sábados, el Copyc atraía a algunas personas. Pero no más que para ocupar cuatro o cinco mesas.

Recordé que Enrique quería ir a El Dado Azul y me pregunté de dónde nacían mis ganas de visitar ese antro. En los primeros meses que viví en Conchillas, cuando llegué a tomar el trabajo en la arenera, me explicaron que esa whiskería era parte de la rutina y lo acepté. El viernes de noche, luego de cenar en Copyc, Jacinto, Enrique y también varios de los obreros que contratábamos —entre ellos el que ahora nos demandaba, Conrado— nos encontrábamos entre vasos de *whisky* de dudosa procedencia y cariños aún más sospechosos de mujeres que buscaban algún peso oculto en nuestra fingida ingenuidad. A pocos pasos había una vieja casa, con cuatro habitaciones, que servía para terminar la noche. Pese a que tuve relaciones pasajeras y discretas

con mujeres de Conchillas, los viernes seguía cayendo al Dado. Algunas costumbres son difíciles de abandonar.

Sentado sobre un tronco caído, frente al río, estaba el gringo de gabán largo gris y sombrero hasta los ojos. Bebía su cerveza mientras miraba al agua como si ahí hubiera alguna cosa oculta para los demás y que solamente él alcanzaba a ver. Me acerqué sin hacer ruido, pero pisé una rama. El hombre giró, me miró y saludó con su botella. Le respondí el saludo con la mía. Recordé cuando mi padre quería que estudiara inglés y me maldije en silencio. Enfrentado al extranjero de gabán, le sonreí y simulé tocar una guitarra en el aire. Luego lo señalé. Sonrió y dijo: "*Guitar? Do you play the guitar?*". Tenía voz de niño, algo gangosa, que fijaba una disonancia con su figura alta y su físico que parecía no demasiado delgado. Moví la cabeza en un gesto que quiso ser de afirmación, pero en realidad quería expresar que él tocaba muy bien, que lo había escuchado un rato antes en casa de las Hainez. Luego de varios gestos, de mezclar alguna palabra en inglés con otras en español, con hablar lento y levantar el volumen —como si eso desentrañara el idioma—, el tipo se rio fuerte.

Movió la cabeza, tomó un largo trago de cerveza y se incorporó. Comenzaba a llover de nuevo. "*We'd better go. Nice to meet you*", dijo con ese tono de voz que parecía robado a una criatura. Le señalé hacia el Copyc y dije: "Tunait". El extranjero volvió a sonreír. "*Tonight? Are you playing tonight?*". "Música, tunait, ahí, *in the* Copyc", dije a lo indio. "*Ok. Thank you. Bye*". No podía dejar de mirarlo mientras se alejaba. Me preguntaba qué habría entendido. La lluvia arreció y corrí a guarecerme bajo el techo del carrito de Beba.

—Están locos, Robertito. ¡Con esta lluvia!

Cuando paró un poco el agua, caminé a paso rápido hasta mi casa. Al llegar tomé mi celular. Tenía ganas de hacer un Clave Uno y llamar a Mónica, pero eso estaba totalmente prohibido en su vida de Colonia, cerca de su marido. Quería decirle que me había quedado su perfume mezclado con su olor por todos lados y que era algo muy parecido a la felicidad.

12

Eran cerca de las siete de la tarde de ese viernes de octubre de 1999, el día en que conocí a Matías Rojas. Llegué a mi casa con la noche recién empezada. Estaba a oscuras en ese final del día o comienzo de la noche con rastros de tardecita. Morro mostró la alegría que siempre le daba mi llegada. A los humanos nos gusta pensar que es por cariño, porque nuestro perro nos quiere, cuando quizás sea tan solo la certeza de que ese humano le dará su comida. En cualquier caso, ambas posibilidades no son contradictorias. Usualmente, al que nos provee de placer se lo quiere —o se lo debería querer— o incluso se lo ama (una palabra que siempre me pareció que chorreaba cursilería), por eso que nos da y de alguna forma nos completa.

Me senté en el porche del frente de la casa. El mejor lugar de esa pequeña vivienda donde dormía cada noche. Todo lo demás era normal, cómodo y gris. El porche era el lugar en que uno encontraba la comodidad y hasta algo de belleza. Podría haber caído ante la tentación de una siesta tardía, pero preferí preparar el mate y darme una media hora antes de encarar la ducha e ir a cenar a Copyc, donde esperaría Matías Rojas. Me pregunté qué guitarra tendría. Lo lógico sería que tuviera una española o criolla. Me dio por pensar si no cargaría una guitarra *folk* norteamericana con cuerdas de acero. Me entusiasmaba esa posibilidad porque el instrumento condiciona al repertorio.

Como si el clima aceptara la orden de alguien, la lluvia cesó por completo. Incluso en la oscuridad en que estaba junto al mate y mi perro, presentí que el cielo quería abrir. “Por fin”, pensé. Esa sensación se diluyó en otros pensamientos. Volví a sentir curiosidad por saber si Matías Rojas experimentaba algún tipo de nervios ante la actuación que debía enfrentar unas horas después. Los preliminares de algo importante. Al pensar en él, al imaginar su ansiedad, recordé una noche de invierno, en el Teatro Astral, de varios años atrás. La noche en que Homogéneo llegó a su punto más alto como banda. El momento en que dejamos de ser un rumor entre amigos y pudimos llegar a los demás.

Coto fue el que consiguió el toque. Era un recital, o algo parecido, con cinco bandas nuevas. Cada una tocaría cuatro temas y había que pagar una inscripción. Con eso alquilaban los equipos. Habíamos tocado en muchos bailes y fiestas, pero un recital era otro desafío. Un pequeño escenario, unos focos de luces de colores, nuestros amigos —y los amigos de las otras bandas— en la platea. Hubo algo más que hizo a ese evento especial. Fue la única vez que mis padres decidieron ir a ver cómo sonaba la banda donde tocaba su hijo. Creo que fue mi madre la que lo incitó al Viejo, pero este no se resistió. Quizás sentía algo de orgullo por aquella iniciativa que tuvo al regalarme la guitarra Jaime Cortez.

La discusión entre los miembros de la banda por los cuatro temas que íbamos a tocar no fue fácil. No se trataba de que tuviéramos un repertorio tan amplio. Más bien era la inseguridad que yo sentía, junto con José Luis, Abel y Leandro, por evitar un papelón, que los nervios no fueran protagonistas de la noche. Intentamos buscar las más fáciles, pero Coto marcó la cancha. Nunca entendió nuestros nervios y eso fue una suerte. Sentíamos envidia por su tranquilidad. Él nos miraba incrédulo y repetía la pregunta "¿por qué están nerviosos?". Esa postura nos convenció de que teníamos que hacerle caso. La lista, si bien opinamos todos, fue sugerida por él.

"Another park, another Sunday", de The Doobie Brothers fue de los primeros temas elegidos. La introducción la hacía yo, con un arpegiado que me había costado tiempo sacar, mientras Coto se ocupaba de la guitarra principal. Era de los temas que mejor cantaba José Luis y en que hacíamos buenos coros. Luego "Cocaine", en la versión de Eric Clapton, donde Coto se lucía con un solo. "Hagamos esa canción de Roberto… ¿Cómo se llama?". Se refería a "Vientos". La había compuesto en mis tiempos de amor por Beatriz, antes que ella se ennoviara con Coto. No estaba mal o al menos no estaba mal para lo que yo podía crear. "*Los vientos lentos de la tarde perezosamente te extrañan, la taza de café se enfría sola, sabe que sin la tuya no es nada*". Los demás no estaban muy entusiasmados, hasta que Coto cortó por lo sano: "Tenemos que hacer algo nuestro. Yo le voy a hacer un arreglo de guitarra y la tiene que cantar Roberto. José Luis hace el coro". Me sorprendieron su decisión y amabilidad. Pensé qué hubiera dicho si supiera que era a su novia a la que le decía en la canción "*sin vos y con el ánimo lisiado, solo y sin ganas de olvidarte*". Nunca lo supo. Finalmente dijo que teníamos que cerrar con "Stairway to heaven" de Led Zeppelin. Una canción larga con un final fuerte. Aceptamos.

Esa noche los nervios me secaban la boca. Estuve flojo en el tema de Dobbie y metí alguna pifia en "Cocaine". "¿Qué te pasa, pelotudo?", me dijo Leandro por lo bajo. Coto me hizo una guiñada para darme ánimo y Abel discutió un par de veces con José Luis por algún desafine. Llegó "Vientos", cerré los ojos, puse a Beatriz en esa oscuridad que me daban mis párpados cerrados y la canté como si estuviera solo en mi cuarto, como si siguiera enamorado de ella y hubiéramos sido algo, como si fuera un mejor músico gracias a ese sentimiento. Sentí la voz de José Luis en el coro: "*El teléfono es testigo de las voces que llegan equivocadas, mientras que la tarde, temblando de frío, busca su mansa muerte por las calles*". Mi voz finalizó la canción: "*Los vientos fuertes de la noche porfiadamente te reclaman*". El aplauso sonó a magia. Leandro me mostró la palma de su mano derecha para que la golpeara con la mía. Todo era felicidad, euforia. Tuve la certeza de que cada vez que cantara "Vientos" me volvería a enamorar de Beatriz.

—Bien, Roberto. Te tenía fe. ¿Cambiamos guitarras? Esta no me alcanza para el solo final. Vos con la mía te arreglás —dijo Coto.

No podía decir que no. "Stairway to heaven" salió muy bien y comprendí que él merecía esa guitarra mucho más que yo. Un aplauso, acaso el más grande de la noche, coronó el final de la

canción. Coto había brillado a un grado que nunca lo había escuchado. Supe que yo jamás podría ser un guitarrista y que estar a su lado ahondaría mi frustración. Cuando al final del *show* nos dimos un abrazo sobre el escenario y saludamos, sentí que era el momento de mayor gloria de nuestra banda y que también era el principio del fin de Homogéneo.

Mi padre me abrazó cuando nos encontramos a la salida del toque. Mi mamá no podía disimular su orgullo y reía todo el tiempo. Ambos me felicitaron. Al volver a casa en el viejo Volkswagen, sentí un pedazo de felicidad que me resultaría imposible retener, y eso, a la vez, me amargaba un poco. La Vieja me preguntó por mi canción. Cuándo la había compuesto, si realmente era solo mía, en qué me había inspirado. Fue en un semáforo que mi padre intervino en la conversación. “El botija que toca la guitarra con vos es muy bueno, ¿no?”. “Sí”, me limité a contestar. La felicidad seguía en el asiento trasero del escarabajo. Aunque diferente.

Imaginé a Matías Rojas pensando en qué canciones iba a tocar esa noche. Dudé si el responsable de Copyc le habría conseguido alguna amplificación, al menos un micrófono. Adiviné qué temas cantaría, si habría más de cuatro mesas ocupadas, si la gente dejaría de hablar para escucharlo. Jugaba apuestas conmigo mismo para entretener la tarde. También me pregunté si se animaría a realizar composiciones propias o si solamente interpretaba canciones de otros. Recordaba la terminante respuesta que me dio cuando esa mañana le pregunté si tocaba la guitarra: “Soy guitarrista; no es lo mismo”.

Después del toque en el Teatro Astral, cuando Coto me devolvió la Elli Sound, con una sonrisa de oreja a oreja me preguntó: “¿Qué hacés en el verano? Tengo ganas de ir a Brasil y vivir un poco de la música”. No entendí y reiteró: “Te quiero devolver el favor, un amigo dejó en casa una guitarra acústica de doce cuerdas de acero. Es una Giannini y suena bien. Yo tengo una marca perro de seis cuerdas que tampoco está mal. Te presto la Giannini y recorremos las playas hasta donde nos dé el cuero. O la guita. Nos tenemos que juntar a sacar canciones, eso sí”.

Ese enero salimos con las dos guitarras y un pasaje Montevideo-Chuy como único salvoconducto. Tocamos en terminales de ómnibus, *lanchonettes*, restaurantes baratos, plazas, ómnibus y lo que fuera. Recuerdo mis nervios en cada ocasión. Como que ese temor hubiera quedado pegado a mi memoria. Teníamos diez o doce temas. Yo cantaba y tocaba la Giannini, Coto metía algún coro con su voz ronca y desplegaba toda su fantasía con la guitarra. De a poco entendí la frustración del músico en lugares donde sus canciones son lo prescindible. Un accesorio que podría estar o no estar mientras los comensales beben, comen y hablan de la misma forma, haya o no haya espectáculo. El primer sitio donde tocamos fue en Hermenegildo, un desolado lugar donde veranean los habitantes de Santa Vitória do Palmar. Tocamos en la plaza y en un restaurante que se llamaba Mar do Macondo. El dueño del boliche era un tipo alto, de bigotes, afable. Hablaba muy bien español. Ganamos la cena gratis, lo que no fue poco. Cuando estaban por cerrar, vino a nuestra mesa con una cerveza, que fueron varias. Hablamos

hasta la madrugada. Nos recomendó lugares, nos habló de balnearios cercanos, de sitios en la ciudad de Pelotas donde podíamos tocar. Cuando nos fuimos, no resistí preguntar la razón del nombre del boliche. Me miró sorprendido y me habló de Aureliano Buendía, de su necesidad de comprar ese lugar para que "conociera el mar". Su respuesta no me sonó clara, menos sus razones para estar ahí.

Fuimos subiendo por Brasil. Visitamos playas desconocidas, pueblitos de los que ni retuve el nombre junto a algunos lugares que nos había recomendado el dueño de Mar de Macondo. Día tras día sentí que disfrutaba más de la compañía de Coto. Cada cosa que hacía me parecía graciosa y esperaba que dijera cualquier tontería para soltar la carcajada. La amistad se hizo más estrecha y comprendí que sufría, una vez más, el síndrome que solemos tener los hijos únicos: buscar en cada amigo a ese hermano que nuestros padres nos negaron.

En cuarto año de escuela conocí a un niño, bicho raro en la clase, extremadamente prolijo con su portafolios, que siempre parecía recién armado. No tenía hermanos y no hablaba con nadie. Poco a poco me acerqué a él. La timidez comenzó a ceder y nuestras conversaciones se transformaron en diarias. Un día me invitó a jugar a su casa. Mi mamá me llevó y cuando nos acercamos al hogar vi su cara en la ventana. "Hace una hora que espera", le murmuró su madre a la mía. Muchos días, luego de la escuela, nos juntábamos con la excusa de los deberes. Al tiempo ya no necesitamos excusas. Fuimos inseparables y creo que ambos vivíamos la fantasía de haber torcido nuestro destino. Es claro que desconocíamos la compleja relación que se da entre hermanos. Esa comunión de sangre que muchas veces genera enfrentamientos en la convivencia o cuando esta se termina. Como un matrimonio concertado por los padres sin la voluntad de los contrayentes. Un par de años después, un tonto incidente acerca de la falta de un lápiz de color de su mochila nos hizo enfrascar en una agria discusión, que pasó a golpes de puño infantiles y terminó con esa soledad compartida que habíamos buscado. El liceo nos separó y ambos resolvimos que era mejor olvidarnos.

Desde ese momento fui muy cauto al reconocer mi debilidad. Preferí la seguridad de mi desconfianza. En ese viaje por Brasil, donde íbamos de lugar en lugar sin tener idea de lo que iba a pasar en la hora siguiente, la admiración al ver la pasión por la música de Coto, las largas charlas formadas de confesiones y coincidencias, me hicieron bajar la guardia. Sentía el mismo compromiso que él, aunque fuera peor músico. Era feliz de estar con Coto y de ver hasta dónde llegaba nuestra historia. Pasábamos la gorra en cuanto lugar nos dejaran, dormíamos en cualquier lado, comíamos lo que se podía y cada día parecía una nueva aventura. Así llegamos a Florianópolis, que era una de las metas que nos habíamos trazado.

Nos instalamos en una pensión y conseguimos tocar tres días a la semana en un boliche y otros dos en otro, además de hacerlo en la playa o en la tardecita en una de las ramblas de Floripa. Fue en ese segundo bar, que quedaba del lado del continente, que pasamos a ser bastante famosos. Cantábamos temas de Sui Generis, León Gieco, The Beatles, Pink Floyd, Dylan, alguno de

Zitarrosa, y también canciones brasileñas cuando nos fuimos adaptando al idioma. Coto hablaba casi como un brasileño más, al menos eso me parecía a mí. Comprobé que el buen oído musical es una base imprescindible para hablar, en forma correcta, un idioma extranjero. Yo hacía lo que podía. Tengo que reconocer que, como pasó en el toque del Astral, Coto exigía que todas las noches tocáramos una versión acústica de "Vientos". Intentaba disimular mi profundo agradecimiento hacia él.

Fue una noche de domingo cuando empezó el fin de nuestra estadía. El boliche estaba lleno y nos estaban prestando bastante atención. Habíamos cantado "Vientos" y luego "Bienvenidos al tren", a toda voz, cuando de una mesa alguien gritó: "*¡¡Gringo, si você não sabe cantar em português, vá embora!! Argentinos…*". Y esa última palabra sonó como el peor de los insultos. La mala suerte hizo que en una mesa casi contigua a aquella de donde salió el grito, cuatro porteños lo escucharan. La gresca fue impresionante. Volaban las sillas. Nos quedamos quietos sobre las tablas que servían de escenario. Hasta que de pronto el brasileño que nos había insultado se nos vino encima. Coto le dijo con sus manos que se tranquilizara, pero el tipo me dio una piña en el hombro que iba directo a mi cara. Ahí explotó todo. Coto le pegó en las costillas y yo lo defendí de otro amigo del agresor que venía por su espalda. Los argentinos se nos sumaron y sentimos llegar a la Policía como una buena noticia.

El brasileño, ya casi reducido por la autoridad, como último gesto manoteó la guitarra de mi amigo que estaba sobre la silla y la tiró al piso. Como pudo le pegó una patada al instrumento, en el mismo momento en que Coto saltaba por sobre los que lo detenían y lo derribaba. Ni tres policías podían con él, ni mis gritos sobre que íbamos a terminar todos en cana. Finalmente lograron separarlos. Al brasileño le sangraba la nariz así que pensé que nuestra suerte estaba echada. En medio del lío vi que un guardia gritaba que habían robado la caja. Tres gurises corrían e intentaban alejarse del bar con su botín. La Policía soltó a Coto y al brasileño y salieron detrás de los ladrones. Mi amigo hizo un amague de tirársele encima al brasileño, forcejearon hasta que pude separarlos. "¡Vámonos antes de que vuelvan, pelotudo!". Los porteños hicieron lo mismo y en diez segundos el bar quedó vacío. Corrimos una cuadra y saltamos a un ómnibus que nos dejaba cerca de la pensión.

En el ómnibus vi que la guitarra de Coto tenía una rajadura en la parte trasera. Estaba rota y entendí su furia. Cuando caminábamos hacia la pensión, en una plaza que quedaba a pocas cuadras, nos sentamos en un banco. Coto miró su guitarra y dijo: "Te voy a poner un leuco y de alguna forma vas a sonar, hija de puta". Hubo un silencio entre los dos hasta que vi cómo sacaba una billetera, que no era la suya, del bolsillo de su bermuda. Tomó el dinero y tiró la billetera en un cesto de basura. "No te la vas a llevar de arriba, ¡brasuca sorete!". No dije una palabra. Al otro día, con esa plata y algo de lo que habíamos juntado, sacamos los pasajes en ómnibus para volver a Montevideo. Nuestra gira había terminado. En ese viaje de vuelta, en el silencio nocturno y aburrido del ómnibus, volví a presentir el fin de la banda.

En marzo hicimos los últimos toques con Homogéneo. Sin decir nada, antes de empezar le daba a Coto la Elli Sound y me quedaba con la Faim. Luego él, con ojos agradecidos, me la devolvía al final de la actuación. Un día les dije que no quería seguir en la banda, que estaba atrasado en los estudios. Le vendí la guitarra a Coto por unos pocos pesos. Seguí tocando mi guitarra criolla Jaime Cortez por un tiempo en asados y reuniones. Cada vez menos. De mis compañeros de Homogéneo no supe más nada. Salvo del nuevo dueño de la Elli Sound, que se mudó a Buenos Aires y terminó en una banda de mediano renombre. Se llamaban Cronómetro y el nombre me pareció que encajaba con la obsesión de Coto por no irnos de tiempo. Recuerdo su mirada de reprobación cuando yo no podía evitarlo.

Lo vi en una foto en la revista *Pelo* donde anunciaban nuevos grupos que surgían en el *rock* argentino. Cronómetro estaba entre ellos y era un quinteto. Alguien me comentó que los había escuchado en un pequeño teatro en Buenos Aires. Que tocaban un *rock* duro con intención de ser progresivo. Cambios de ritmo, largos solos de guitarra. El amigo que los vio me dijo que tenían influencias de Led Zeppelin y algo de Deep Purple. Que Coto se destacaba como primer violero. Lo acompañaban un guitarrista rítmico, que era el cantante, junto a un tecladista, bajo y batería. En la foto podía verse a mi amigo luciendo una Gibson Les Paul color *sunburst* colgada al cuello. De algún modo había logrado su objetivo. En esa foto tenía el pelo castaño, largo, lacio. Me di cuenta de que también su cara estaba diferente. Con esa cara y ese pelo, Coto se parecía mucho a Jimmy Page. La guitarra era un complemento imprescindible para que yo viera al guitarrista de Zeppelin en el cuerpo de mi amigo. Ahora entiendo lo que pasó cuando vi esa revista. Las fotos no comprenden lo que nosotros sabemos. Los recuerdos tampoco. Por eso los vamos cambiando al saber todo lo que ha pasado desde esa imagen hasta el presente. Es la única forma de que se las pueda entender.

Me prometí que en el siguiente viaje a Buenos Aires intentaría buscarlo para mal recordar anécdotas de Homogéneo. En la breve nota que acompañaba la foto en *Pelo*, Coto hablaba de su deseo por hacerse conocer en otros países. Que habían hecho contactos para viajar a Brasil, un mercado muy grande que se había interesado por sus canciones. Al poco tiempo me enteré de que los integrantes de la banda, mientras estaban de gira por tierras brasileñas, sufrieron un accidente en la carretera de entrada a Florianópolis. Coto y el bajista fallecieron en el acto. Los otros músicos resultaron con heridas menores.

13

Aproveché que la lluvia había amainado y di una vuelta con Morro. Lamenté que no hiciera más frío porque la calma que había en aquella noche, poco antes de que empezara Matías Rojas su actuación en Copyc, auguraba que la lluvia seguiría por todo el fin de semana. Sonó mi celular. Esperé a que sonara dos veces, con el intenso deseo de que se cortara para indicar que era un Clave Uno enviado por Mónica. Pero el teléfono siguió luego del segundo timbre. Atendí.

—¿Qué hacés, Roberto? ¿A qué hora vas a cenar a Copyc? Parece que Julián se puso en gasto y me dijo que vamos a tener un espectáculo festejando su aniversario —la voz de Enrique terminó con cualquier encanto que pudiera esperar de la llamada.

—En un rato, a eso de las nueve. Canta el pibe que vino a buscar trabajo hoy de mañana.

—¿Al que quería contratar Jacinto para los embarques?

—Parece que consiguió un laburo más interesante.

—Voy temprano con Susana. En cuanto terminemos de cenar la llevo a casa. Le voy a decir que tenemos una reunión con Jacinto y que nos vamos a ir a tomar una a la entrada del pueblo. Así podemos escaparnos a El Dado Azul.

—¿Alguna vez te creyó?

—No quiero saberlo.

—Entiendo.

—Estuve todo el día por Colonia, me encontré con la jueza y su esposo, Jorge Chávez. Fuimos compañeros de liceo con Botellita.

—¿Botellita?

—Sí, el Botellita Chávez.

—¿Muy borracho?

La risa de Enrique pareció llenar el teléfono. Duró unos cuantos segundos y me empezó a molestar.

—¡No! El sobrenombre viene por su locura con las minibotellas.

—¿Minibotellas?

—El viejo Chávez, su padre, tenía una modesta colección de botellitas, pero fue Jorge el que la hizo crecer. Cuando íbamos a su casa siempre le pedíamos que nos las mostrara. Había algunas preciosas. El viejo se las regaló y te digo que no sé si llamarlo *hobby* por la dedicación que le puso. Debe ser de las colecciones más importantes del país.

—¡Qué cosa más al pedo! ¿Para qué sirve si no podés tomar la bebida?

—¿Para qué sirve una colección de monedas o de estampillas?

—Otras dos cosas al pedo. ¿Fuiste compañero del liceo? Le lleva unos cuantos años a la mujer.

—Como corresponde. El año pasado vino al festejo, ¿te acordás? Ahí fue que conocimos a la nueva jueza. Claro, ahora es diferente. Está metido en la política hasta los pelos. No tiene tiempo. Charlé con él hace un par de días. Me confesó que el último año casi ni compró botellitas, así que la cosa es brava. Le dije que me interesaba apoyarlo y él me preguntó si no me animaba a trabajar esta zona. Sería un buen bastión. Hay que prever el futuro, Robertito. Cuando se enteró de que hoy había una cena en el Copyc y que iba a ir gente, se entusiasmó.

Hablar del marido de Mónica me causaba una sensación rara. Como que esa persona estuviera en otro mundo, en un mundo parecido a los que ya no existen, y que alguien lo reviviera cuando lo mencionaba. Que Enrique fuera su amigo no me causaba molestia. Él pertenecía a ese mundo de Mónica que para mí no existía. "¿No te molesta que vaya a dormir con mi marido?", se animó a preguntar una vez. "No me puede molestar algo que para mí no ocurre", dije. "Es mi esposo", murmuró. "Exacto, es tu esposo y yo no tengo nada que ver con eso ni quiero tener. Tampoco saber". Y ella supo que era mejor no hablar más. Un tema tan inexorable como fútil.

—Me llamó Jacinto. También va a Copyc y creo que tiene ganas de dar una vuelta por El Dado más tarde. Julián va a estar contento. Se le va a llenar el restaurante. Nos vemos ahí.

Caminamos con Morro hasta la playa. La arena mojada se mezclaba con el barro y le encantaba correr por ese territorio. Yo llevaba botas así que lo seguí sin problema y entré en ese mundo que mi perro había hecho suyo. Me pregunté en qué momento también lo había hecho mío. Dos años no era mucho tiempo para sentirse integrado a algo, salvo que se estuviera incómodo en el lugar anterior donde la vida transcurría. En ese 1999, por varias razones, Conchillas pasó a ser un lugar que sentí como propio y eso me daba una gran calma. A Morro lo encontré perdido un día en un terreno baldío. El perro me siguió a casa y pese a que lo quise ahuyentar, persistió en acompañarme como si algún designio que yo no entendía nos hubiera juntado. Custodió mi casa por varios días. Cuando salía a trabajar él también parecía irse a su otro mundo, en el que vivía antes de encontrarme. Con puntualidad inglesa, me esperaba a la hora de mi retorno a casa. No hay milagro en esto. Sabía que yo le iba a dar de comer. Hay un intercambio de amor por comida que viene del fondo de los tiempos. Ambos nos dábamos lo que necesitaba el otro. El matrimonio suele ser así.

Esperé varios días a que su dueño lo viniera a buscar. Morro tenía collar cuando lo encontré y cada jornada esperaba el fin de nuestra relación. Un par de semanas después, al ver que el perro dormía en el fondo de casa, le armé una cucha en la cocina para salvarlo de una noche de lluvia. Nadie vino a buscarlo. Morro pasó a ser parte de mi casa y sobre todo una razón para volver. A veces se colaba en mi dormitorio. Se echaba al lado de la cama y en cuanto salía el sol me apoyaba una pata encima como certero despertador. Las salidas juntos en la tardecita eran una

parte del día que disfrutaba. Lo llevaba suelto, pero bastaba un silbido para que, obediente, volviera hacia mí. Cada día siento más debilidad hacia los perros y los animales en general. Siento que su propia debilidad, su dependencia, los hace más queribles.

Una de mis discusiones con Lilián, cuando estuvimos casados, fue que yo quería tener aunque fuera un gato y ella no quería mascotas. Vivir en un departamento le daba una buena coartada para negarse. Pero un día confesó su verdadero motivo. “El dolor que sentís cuando se mueren es algo que no quiero volver a experimentar. Ya lo viví con mi perra cuando era chica”. Me pregunto si tampoco quería experimentar el fracaso en el que, día tras día, hora tras hora, fue transformándose nuestro matrimonio. Un fracaso que duró tres años solamente, porque ninguno quería dar el brazo a torcer ante la certeza de que siempre fuimos un error.

En el comienzo todas las piezas parecían encajar. Yo trabajaba en Robles y Asociados, empresa del contador Francisco Robles. Su hija, Lilián Robles, era la escribana. Comenzamos a salir. Ella bromeaba y decía que su padre me quería a mí más que a ella. A los pocos meses de noviazgo me costaba creer mi suerte. Tenía un trabajo que me gustaba y una mujer sobre la cual la única duda que me surgía era por qué no la había conocido antes.

Mi apego por las matemáticas, mi facilidad con los cálculos es algo que le debo a mi madre, sin duda. No sé bien cuándo fue, pero un día entendí la lógica de los números. La comprendí de forma tal que dudaba sobre las razones por las que no lo había hecho antes. Esa facilidad que me regaló mi madre, ese remover mis conocimientos hasta encontrar —escondido— su legado, su facilidad para las matemáticas, es algo que siempre le agradeceré, así como el arrepentimiento de no haberle regalado mi título de contador público. Si uno sigue la cadena también esos conocimientos me llevaron a Robles y a Lilián.

Un día Robles me llamó a su despacho y me presentó a uno de los clientes para los que yo, quizás, había hecho varios trámites sin conocerlo. Enrique Andreoli, dueño de la Arenera Andreoli, y un empleado que tenía cara de velorio y se llamaba Jacinto.

—Roberto, acá tenemos un problema y creo que vos sos el indicado para solucionarlo.

Me costó un par de días entender el lío de atrasos, pagos equivocados y malos cálculos de impuestos en que había incurrido la empresa. Tenían una inspección de la Dirección General Impositiva y Andreoli se sentía superado. Entendí que Jacinto asumía la culpa y pensé que su destino en la empresa sería corto. Creo que mi principal mérito fue haber entendido el problema. Esa semana, junto con Enrique, concurrimos a las oficinas de la Dirección General Impositiva. La reunión fue larga. El funcionario de la DGI insistía en llamarme contador hasta que aclaré que no lo era. El disgusto se notó en sus ojos y también percibí la sorpresa en la cara de Enrique. Pero en la segunda reunión, ya con todos los líos y papeles ordenados, se abrió una puerta de salida. Al último de los encuentros no pudo concurrir Enrique. Me acompañó Jacinto. En el trayecto a la reunión, él fumaba todo el tiempo. En la sala de espera noté su mirada perdida, su angustia callada. La culpa le pegaba en forma mansa pero insoportable.

—No sé cómo hacen para vivir en esta ciudad —dijo de repente, como para focalizar en otro ángulo su angustia.

—Pienso lo mismo cuando voy a Buenos Aires. En el fondo es tan solo una cuestión de escala.

—¿Hoy se termina este calvario? ¿Le va a salir mucha guita a la empresa?

—Nunca se sale de estos bailes sin heridas. Pero creo que la pueden manejar. Tranquilo.

—Hace dos días que no duermo. Hoy, cuando venía en el ómnibus, pensaba que en un tiempo yo me dormía antes de que arrancara y hoy no pegué un ojo.

—¿Hace tiempo que trabaja en la arenera?

—Desde que me mudé a Conchillas. Pero yo no estoy preparado para esto. Es demasiado para mí.

A la salida de la reunión volvimos a Robles y Asociados. Desde ahí llamamos a Enrique. Le comenté sobre la reunión, le resumí la propuesta de la DGI, el monto y la cantidad de cuotas en que se podía abonar. Le dije que lo pensara. No me dio tiempo: "¡Cerrá ya ese acuerdo! Es mucho menos de lo que pensaba pagar". Antes de cortar elogié todo lo que había peleado en esa reunión su empleado. "¿En serio? Debió ser por el susto que tiene. Piensa que lo voy a rajar. Obligado cualquiera pelea". Cuando corté, por primera vez asomó una media sonrisa en la cara de Jacinto. "Yo no abrí la boca", murmuró. "Pero me apoyaste con ese silencio impenetrable, no es poco". Nos reímos en el mismo momento en que Pancho Robles entraba a la sala de reuniones con una sonrisa de oreja a oreja por el acuerdo.

Jacinto fumaba mirando al río cuando Morro llegó hasta él para hacerle fiestas.

—¿Todo bien en el embarque de la tarde?

—Jodió la lluvia. Pero todo bien. Para el de mañana está todo controlado.

—Como siempre —dije—. ¿Sabés en lo que estaba pensando mientras caminaba con el Morro?

—Si fuera adivino hubiera conseguido un laburito con Tusam y no te tendría a vos de jefe.

—Pensaba en el día en que nos conocimos, ¿te acordás?

—¿Cuando Enrique te trajo a Conchillas? No mucho, qué querés que te diga.

—No, cuando fuimos a la DGI en Montevideo.

—La primera vez que te vi fue acá, cuando llegaste con Enrique. Andabas mal en aquellos tiempos, ¿no? Te habías separado y Enrique me contó que no podías seguir en el Estudio donde laburabas porque era de un familiar de tu esposa, que nos podías dar una mano. La señora Evans se complicaba con los pagos y el papeleo.

—¿Evans? ¿No eras vos el encargado?

—No terminé el liceo. Yo soy bueno en lo que hago, pero no me pidas otra cosa. Tengo que reconocer que desde que llegaste no hubo más problemas.

Se hizo un silencio. Jacinto comenzó a armar un nuevo cigarro sin dejar de mirar al río. Morro

corría por la arena, pero no se animaba a llegar hasta el agua. Hubo un trueno avisando que la lluvia no había resuelto irse. Dudé unos segundos para saber si Jacinto me estaba haciendo una broma. El silencio que rodeó la brasa de su cigarrillo me hizo sospechar que no. Busqué en el bolsillo superior de mi camisa y también encendí uno. Luego de una larga pitada, dejó de dirigir la mirada hacia el río. Se dio vuelta y sonrió.

—¿Sabés en lo que estaba pensando yo? En mi Viejo. Estaba mirando el cielo y me acordé de la noche en que el hombre llegó a la Luna, ¡qué quilombo armó! Estaba contentísimo. Nos llevó a un bar donde había un televisor para ver cómo bajaban los tipos allá. "¡¡Es como cuando descubrieron América!!", gritaba. Pensó que todo iba a cambiar… Pobre, cómo le erró. Por suerte ni lo supo porque al poco tiempo se murió. Pese a que yo era un pibe sabía que nada diferente iba a pasar. Es como ahora que joden con el 2000, que las computadoras se van a volver locas, que se va a terminar el mundo, que todo va a ser diferente.

Tenía ganas de discutirle nuevamente el encuentro en Montevideo, pero vi que era inútil. Aquella noche de julio de 1969 a la que hizo referencia Jacinto me ocupó el pensamiento. Yo tenía once años cuando el hombre llegó a la Luna. Estábamos en el departamento los tres y mi padre creo que pensaba parecido al Viejo de Jacinto. Yo había caído derrotado por el sueño, pero él me levantó del sillón y me dijo: "Roberto, despertate. Armstrong está por bajar. Es algo que le vas a contar a tus hijos, a tus nietos; tenemos suerte de estar acá para verlo". Creo recordar que hasta sentí algo de emoción cuando vi el descenso de Aldrin y cómo se ponía a saltar en la Luna. Era demasiado joven y no llegaba a tener una noción acabada de lo que pasaba. Ahora, a la distancia, quiero creer que pensé lo importante que para ellos era estar en un mundo nuevo, en haber roto la historia. Recordaba las películas viejas que veía cuando era chico, las revistas en las que se hablaba de invasiones extraterrestres. Sin embargo, ahí había dos hombres en otro planeta. Es muy posible que, en la realidad, yo no pensara nada de eso. Que quisiera dormir al haber cumplido con el rito de ver un hecho histórico, irrepetible. Dos hombres caminando por la Luna en un lugar que se llamaba el Mar de la Tranquilidad. Fuimos elegidos por el destino para verlos en el momento en que lo lograban. Nada más y nada menos.

—¿Vos qué pensás? ¿Es importante el cambio de siglo?

—De milenio, Jacinto.

—Bueno, eso, de milenio.

—Lo único importante es que el cargamento de mañana salga bien —le contesté—, lo otro ya no depende de nosotros.

—Sos práctico. Por eso te llevás bien con los números. Tuvo razón Enrique cuando te trajo.

La camioneta pasó a buena velocidad. Morro alertó sobre la llegada del vehículo conocido con unos ladridos que fueron muy dóciles. Como conociendo a quién venía. Levanté la mano saludando a Enrique. Frenó y abrió la ventanilla.

—Che, a ver si van temprano a Copyc.

—Dicen que el *show* que armó Julián va a estar bueno —comentó Jacinto—. Le quiere hacer la competencia a la Sociedad de Fomento con los festejos. Parece que tiene que renovar su concesión y quiere quedar bien con el pueblo adelantando el cumpleaños de Conchillas

—A ver, muchachos, la música, la cena, el festejo, todo eso… me chupa un huevo. Lo que no quiero es que se nos haga tarde para irnos a El Dado Azul, ¿o les explico más claro?

14

Cuando me terminé de duchar, abrí el ropero y dudé sobre cuál camisa elegir para la cena de ese viernes de octubre de 1999 en que había conocido a Matías Rojas. Mientras revisaba las mejores prendas de mi corta colección, como si estuviera entreverando barajas, sentí una cierta nostalgia de Lilián. Le hubiera preguntado cuál combinaba más con el pantalón azul, y ella, en un segundo, hubiera elegido la apropiada quitándome la responsabilidad de lucir presentable esa noche. Ser daltónico tiene esa ventaja. Descansarse en otro para la combinación de colores. Con ese pensamiento mínimo y acaso frívolo, comenzó a surgir la idea de lo que realmente me pasaba. En esa noche en que todo hacía prever que el Copyc tendría todas sus mesas ocupadas, no me gustaba ir a cenar solo. Seguramente compartiríamos una mesa con Enrique y Susana. Siempre hay algo que desentona con el que está solo en una reunión, rodeado de parejas. La soledad es el mejor refugio cuando es elegida, y oculta de los ojos de los demás.

Si aún siguiera con Lilián, posiblemente la noche terminara en alguna discusión por temas tan imbéciles como que el plato de comida que pedí fue una pésima elección o que tenía sueño y quería irse. A veces estar con la persona equivocada hace que la soledad se multiplique en la compañía. Es como estar solo en plural. Mucho más doloroso que la molestia de ser una unidad que me atacaba esa noche en que yo tenía ganas de extrañar a alguien, y no hay mejor nostalgia que la que se inventa. Creaba una Lilián tan linda como ella, pero con un carácter que nunca tuvo. Algo que me ayudara a compadecer mi condición de soltero. Debería pensar en Mónica para ocupar ese lugar vacío, pero generaba el peligro de comenzar a necesitarla. Cambiar la condición de nuestra relación y hacerla dolorosa. Ya tenía mi cuota de dolor cubierta con el fin de mi matrimonio. Lo de Mónica era perfecto, solo que no servía para ocupar el lugar de la nostalgia en ese momento, cuando elegía la camisa que llevaría a la cena y me sentía solo.

Eran las nueve y media. Tomé mi campera de lluvia, unas botas bajas con suela de goma, el paraguas al que hay que enderezarle los alambres, y aproveché que nuevamente el aguacero había parado para caminar las tres cuadras que me separan de Copyc. Pasé enfrente de la casa amarilla donde vivían las Hainez y el gringo. Era una casa moderna. Parecida a un chalé de verano, de esos que pueden encontrarse en cualquier balneario. No tenía nada que ver con esas viviendas típicas de Conchillas, de paredes gruesas y techo de chapa. La de Hainez era más usual, más casa de cualquier lugar, aunque hubiera respetado el amarillo de las paredes. Giré por esa cuadra y llegué a Copyc.

El techo abovedado del salón principal tenía una gran columna con las letras de la asociación que algún día me enteré de que quería decir Conchillas Ombúes Pesca y Camping. Como una

reivindicación de que Conchillas seguía siendo el balneario de Ombúes de Lavalle, categorización que ya le había quedado chica. Las luces afuera del lugar estaban encendidas. Ingresé al local y crucé el estar dominado por la mesa de *pool* y otras acondicionadas para jugar a las cartas o al dominó. Luego entré al salón principal. Me pareció que Julián había agregado algunas mesas. Tenía razón Jacinto. Se jugaba la renovación de la concesión, no quería mirar en gastos ni dar una imagen de pobreza. Vi algunos autos desconocidos estacionados cerca del restaurante y adiviné que la plana mayor de la Sociedad de Fomento Rural de Conchillas estaría ahí. Me pareció ver la camioneta de Enrique y recordé que él se quería ir temprano. Parecía que hubiera más autos afuera que gente dentro del local. Enrique y Susana no estaban. Supuse que quizás estuvieran afuera. El salón principal se conecta por una puerta con el sitio donde el asador realiza su tarea. El parrillero es grande y al lado de este se encuentra una vieja heladera industrial Ferrosmalt que genera un ruido parecido a alguien que sufre de asma y le cuesta respirar. Detrás del mostrador, con el fuego ya encendido, estaba Julián. Vi que dentro del local tenía a un par de jóvenes que debían actuar como mozos. Desde el otro lado del salón se veían dos micrófonos y un rudimentario equipo de amplificación de voces. No había que esperar mucha fidelidad.

—Hola, Julián. ¿Enrique y Susana?

—No los vi. ¿Viste cómo arreglamos el salón? Va a ser una gran noche.

—Hay pocas mesas ocupadas.

—Es temprano. No seas pájaro de mal agüero. ¿Querés un *whisky*? Con mucho hielo, ¿no?

Aproveché que no llovía para caminar cerca del agua. Varios botes estaban amarrados y parecía una noche ideal si la tormenta se retiraba. Me pregunté a qué mujer extrañaría esa noche cuando terminara mi segundo *whisky* y la soledad empezara a rodearme entre la gente. Podría volver Lilián, mi querida Lilián. La mujer con la que decidí formalizar pareja y casarme. Con la que viví tres años sin saber cómo, en los que todo comenzó a transformarse en aburrimiento. Una relación tan discreta como duradera, con una mujer de la que no voy a mencionar el nombre, era una historia que solía aparecer en espacios de melancolía. O, quizás, Beatriz. Su recuerdo era mucho más seguro, tenue, amable. Ojalá, en aquella nostalgia, apareciera Beatriz.

Recordaré la forma en que nos encontramos por el centro en un día lluvioso. Cómo nos detuvimos en una esquina y largamos, el uno al otro, tantas historias contenidas. En un momento bajé la vista y vi que ella estaba parada en medio de un charco. También, que había reiniciado la lluvia y ninguno se había dado cuenta. Entramos a un bar y con un rápido café hablamos de los tiempos de Homogéneo, con esa pasión por buscar —o inventar— anécdotas divertidas de ese pasado que los años hacen sentir como entrañable. La pasión de su madre por la música, los ensayos, las horas perdidas con sabiduría. Ese encuentro inesperado y los años me dieron fuerzas para preguntarle si alguna vez se había fijado en mí como hombre, y ella reconoció que le gustaba, pero todo cambió cuando llegó Coto. Entendí que mi amigo había sido el hombre de su vida. Un sitial que ya nadie podría ocupar. Me contó su historia con él, su largo noviazgo, la

convivencia a la que también el tiempo transcurrido le daba contorno de ideal. Lo había seguido a Buenos Aires, pero algo empezó a fallar y entendió que no podía competir con la música ni tampoco con las mujeres que un grupo de *rock* atraía.

—Armó esa banda y sobre todo consiguió su sueño de comprarse esa guitarra.

—¿La Les Paul?

—¡Qué sé yo!

—Vi una foto que publicó *Pelo*.

—¿Viste esa foto en la revista? ¿Notaste algo raro?

—Parecía otro.

—Se tiñó el pelo, se estiraba los rulos, adelgazó, comenzó a usar camisas apretadas, con diseños psicodélicos. Quería ser un ídolo, conseguir chicas que sintieran que él era un guitarrista de *rock*.

—Todos lo hubiéramos querido.

—Lo logró. Ahí se terminó.

Ese día ya concertamos un almuerzo para la semana siguiente. La tercera vez que fijamos una cita, pasamos la tarde en un hotel. Repetimos la experiencia un par de veces. Había una pieza, una puta pieza bastante pequeña, que no encajaba bien en el cuadro que armamos. Acaso yo nunca dejé de ver en Beatriz la hermana menor de Abel ni la eterna novia de Coto. O quizás nunca supe ser lo que ella necesitaba. Julian Barnes escribió que hay algo peor que el mal sexo y es el sexo triste. En nuestro caso ni siquiera llegamos a la tristeza. Sexo melancólico sería más apropiado. Nunca pudimos ahuyentar esa sensación tenue e incompleta cuando estábamos desnudos en la cama. Todo lo que había deseado no supo acomodarse a la realidad cuando lo concreté. Sin embargo, varias veces, en mi rutina, me descubrí pensando en Beatriz. Comencé a sospechar que podía estar enamorándome de ella. Al menos estoy seguro de que sentí algo parecido al amor. También me di cuenta de que no estaba seguro de querer dejar a Lilián. Un día se lo confesé a Beatriz.

—Al acostarme con vos me quedé sin fantasías. Eso es grave.

Seis meses después fue Lilián la que me confesó que no soportaba más vivir conmigo, que también tenía una historia con alguien, y cuando este tipo de historias son vividas por una mujer suelen ser más irrevocables que cuando le pasan a un hombre. Al menos eso nos gusta creer sin que podamos probar esa premisa.

—Salud, jefe —me llegó la voz de Jacinto.

Me di vuelta y lo vi sonriendo.

—Te estás mojando.

Entré al salón. Enrique y Susana estaban ubicados en una mesa cerca del escenario. Me hicieron señas para que me acercara. Me dirigí hacia ellos. Sabía que en esa mesa había una silla para mí y para el recuerdo de alguna mujer que me estaba esperando detrás del segundo *whisky*.

Pasó cerca Julián y noté algo de preocupación en su cara.

—Me llamó uno del dúo de folklore. Le ofrecieron más guita en Carmelo y no vienen. Nunca más los contrato.

Estaba seguro de que el “contrato” sería algunas monedas y la posibilidad de pasar la gorra al final de la actuación. Los había escuchado, eran muy malos.

—Menos mal que tengo a este pibe. ¿Vos lo escuchaste?

15

Hablábamos con Enrique del último embarque. Me confirmó sus temores: casi todas las empresas que encargaban arena o piedra bajarían los pedidos. Una directamente entró en concordato. Otra avisó que en un par de semanas los suspendería. Todo pasaba a ser más costoso.

—En poco tiempo vamos a hacer un par de envíos en la semana. Hoy me encontré con uno de los changadores, le avisé que la mano viene complicada.

Me molestó que hubiera pasado por encima de Jacinto y de mí. También pensé en cuántos años más podría mantener un trabajo que, poco a poco, comenzaba a perder su sentido. Veía una película repetida. El día que Lilián me dijo que se quería separar supe también que terminaba mi trabajo en la empresa del padre. Robles me hablaría como a un hijo al que se le dice, con delicadeza, que se lo quiere mucho pero que es hora de que se vaya de la casa. Lo irónico del asunto es que cuando mi mujer me comunicó que no pensaba seguir conmigo porque nuestro matrimonio era insoportable (aburrido sería un término más adecuado), yo ya no tenía ninguna historia paralela.

Lo de Beatriz languideció rápidamente. Cada vez que dejábamos el hotel parecía que todo había estado bien, salvo por una nube de mal humor que nos acompañaba hasta que la dejaba en su casa. El último día que nos vimos fue el mejor. La jornada anterior trabajé hasta altas horas en Robles y Cía. Mi suegro concedió que me tomara libre la mañana del día siguiente. Le dije a Lilián que aprovechaba para hacer unos trámites y me fui con Beatriz a un hotel de Carrasco, con mejor nivel de los que frecuentábamos. Ese día nos reímos mucho. Pensé que habíamos cruzado una puerta y que nuestra relación podía funcionar. Al volver por la rambla, puse la radio. Empecé a cantar a viva voz, y para mi sorpresa, Beatriz cantó conmigo. Volvimos a reírnos. La última canción que cantamos fue “Father and son”. Ella, cerca del final, quedó en silencio. La dejé en la esquina de su casa. Saltó del auto, giró la cabeza y con su mejor sonrisa me hizo adiós. Fue la última vez que la vi.

Al poco tiempo Lilián me confesó su infidelidad. Me dijo que estaba enamorada, pero ni siquiera sus palabras lo creían. Era una buena puerta de salida a una relación que no tenía futuro. Me había transformado en un hombre previsible, desleal, aburrido. No ponía ningún esfuerzo en seguir con ella porque lo daba por seguro. Receta inefable del fracaso. Ni siquiera discutí y me apoyé en el honor herido para aceptarlo. Fui inteligente y no confesé mis aventuras. Nada agregaban y me ponían en pie de igualdad. La sinceridad nada aporta en estos casos. Lilián dijo que no me quería más en su cama. No le importaba qué hacía yo con mi vida ni qué había hecho

con ella durante mi matrimonio. Una indiferencia vestida del mal humor que brindan los años perdidos.

Cuando llegué al trabajo, Robles me llamó al despacho. Su hija ya le había hablado y mientras acordábamos los términos del despido fue que avisó que ese día venía Enrique Andreoli y que nuevamente había preguntado por mí. En la tardecita, con varios *whiskies* encima, Enrique me ofreció el cargo de gerente de la Arenera Andreoli. Tuve la certeza de que Robles había hecho alguna gestión y me había recomendado como buena salida para sacarme de encima. Las circunstancias pensaron por mí y acepté.

En esa noche de octubre de 1999, dos años después de que me mudara a Conchillas, el futuro que se adivinaba estable comenzaba a terminarse. Como se terminaba el milenio.

—Siempre está la posibilidad de reciclarse.

—Me divorcié, me vine para acá, los recicles me tienen un tanto podrido. Voy a cumplir cuarenta y dos el año que viene.

—Te llevo quince años y no tengo miedo —Enrique le hizo un gesto a Julián—. Traé otra ronda de *whisky*. Invita la arenera.

Las mesas se ocupaban. Más gente de lo que preveía entraba al local. De a poco los sentí como extras de una obra que se iba a desarrollar en Copyc. Me pregunté qué papel se me tendría asignado. Matías Rojas se acercó al micrófono. Habló con el muchacho que hacía las veces de sonidista. Luego trajo el estuche de su guitarra. En mi interior comenzaba a crecer una nueva obsesión, instalada por los comentarios de Enrique. A corto plazo mi trabajo peligraba una vez más. Por primera vez comencé a extrañar Montevideo.

—Parece que arranco ahora —la voz de Matías Rojas me sacó de mi posible futuro.

Miré hacia el improvisado escenario. La guitarra seguía en el estuche.

—¿Con qué vas a arrancar?

—Me gusta el *rock*, el *blues*, la música inglesa o yanqui.

—Estás jodido acá.

—¿Le parece?

—Andá más suave. ¿Sabés alguna canción de Sui Generis?

—Las más conocidas.

—¿“Confesiones de invierno”?

—Hace tiempo que no la toco.

—Es buena para crear ambiente. Llevalos después a lo que querés tocar, pero no los asustes. Si no los conquistás de entrada, después es imposible. Cuando fui a Brasil con un amigo y tocábamos en boliches, hacíamos eso. Primero las que les gustaban, después bancan lo otro.

—Gracias.

El salón estaba lleno. Reconocí a varios vecinos que ocupaban mesas. En un extremo vi al comisario Zunino, encargado de la Comisaría de Conchillas, con otros dos policías vestidos de

civil. Ellos también querían celebrar. Era el momento para empezar la actuación del guitarrista que esa mañana había llegado a mi oficina a pedir trabajo. Tenía un cierto orgullo de que él estuviera a punto de iniciar su acto. Sentí que yo había tenido algo que ver para que el guitarrista hubiera llegado ahí. En ese momento escuché la voz de Enrique, casi en un susurro.

—Mirá, vino Botellita.

Enseguida dio dos pasos hacia la pareja que ingresaba al Copyc y me tomó del brazo para que lo acompañara. No tenía salida, caminé rumbo a ellos. Enrique dijo:

—El señor Jorge Chávez, hombre importante de Colonia.

Las sonrisas me salvaron. No tenía idea de qué podía decir.

—Presentar a mi esposa no es necesario, ¿no? Es una personalidad aquí.

Las sonrisas acompañaron el final de la frase.

—La jueza que vino a poner orden al pueblo —concluyó.

La doctora Mónica Arias, jueza de Conchillas, parecía incómoda ante tanto elogio.

Enrique siguió con sus presentaciones inútiles.

—Él es Roberto Benítez, gerente de la empresa. Usualmente va a pelearse con usted, doctora.

—Encantado, Benítez. Mi esposa suele mencionarlo —dijo Chávez.

—Su verdadero apellido es O'Bennit —dijo Mónica—, desciende de irlandeses.

—¿En serio?

—Bromas con la doctora para que las audiencias no sean tan aburridas.

—¿Se sientan con nosotros? —preguntó Enrique.

—Vamos a estar apretados. Ahí hay una mesa libre. Encantado, O'Bennit, Benítez o como usted quiera.

—Un gusto.

—Buenas noches —la voz sonaba bien a través del micrófono—. Me llamo Matías y voy a empezar esta pequeña actuación con un tema de Sui Generis, "Confesiones de invierno". Gracias por la atención.

Por primera vez miré su guitarra. Esa que fue el centro de mi curiosidad había sido postergada por la presencia de Mónica y su marido. Me sorprendí. Era una preciosa Ovation de cuerdas de acero. Recordé que Cat Stevens y Paul McCartney la usaban. Con un acabado exquisito, nácar entre los trastes, detalles de terminación finísimos. Era una guitarra cara, demasiado cara para un tipo como Matías. La primera visión de la Ovation me hizo llenar los ojos de lágrimas. Tener una enfrente me causaba una fascinación difícil de explicar. Su forma, su calidez, los detalles, todo se parecía a un sueño. En esa noche nada tenía demasiado sentido. Ni siquiera esa guitarra.

Mientras Matías contaba que lo habían echado de su cuarto gritándole que no tenía profesión, comprendí que cantaba bien, que tenía buena voz y una perfecta afinación. El arpegiado en la guitarra también era bueno, aunque "Confesiones de invierno" no fuera una canción difícil de

tocar. El reflejo de la guitarra me dejó sin aliento. Me vino a la cabeza la letra de una canción de Paul Simon: "Graceland". "*El delta del Mississippi brillaba como una guitarra National*". En este caso la noche brillaba como una guitarra Ovation que se llenaba de demasiadas cosas. Al borde de mi perfil, en la penumbra en que Julián había logrado dejar el local para que el foco que iluminaba al cantor fuera más atrayente, mi impaciencia sabía que estaba Mónica y que yo no debía mirarla, aunque todo mi deseo indicara lo contrario. Si estaba cuchicheando con el marido, sonriendo, sabía que la rabia me haría mal. Deseaba que ella me deseara, que solamente tuviera ojos para mí, que entendiera que yo era el hombre más importante de su vida. Todo era una soberana mentira. Pero me hacía bien creérmela. Aunque en ese pensamiento también hubiera lugar para presentir el futuro. Un futuro que llegaría algún día, sin duda, cuando ya no fuéramos nada. Mi relación con ella se fundaba en esa intimidad que habíamos logrado en la cama. Donde ningún papel se jugaba, en el lugar en que habíamos logrado el milagro de ser nosotros sin nada que perder. Quizás porque sabíamos que no teníamos nada para ganar, que eso era lo mejor a lo que podíamos llegar. Entonces, en esa cama y desnudos, hurgando en cada sabor y tironeando los límites del otro, habíamos formado algo tan irrepetible como efímero. En ese lugar tan nuestro, en esa clandestinidad, estaba la mejor versión de nosotros que nos ayudaba a vivir por el resto del día, sentir que el mundo tenía un sentido, un orden oculto. También sabíamos que en un tiempo temprano nos iríamos degradando hasta parecernos a los demás. Algún día nos encontraríamos y seríamos como cualquiera. Esa sería nuestra peor traición, que acaso mereciéramos.

La canción terminó. El aplauso fue menos generoso de lo que la interpretación merecía.

16

A la tercera canción de Matías Rojas comencé a notar que los temas apenas lograban mantener un cierto silencio en el salón. Me miró un par de veces como para recibir algún gesto que demostrara mi aprobación a lo que hacía. En un momento me pareció que se distrajo y observó en dirección a la puerta. No fue una interrupción en lo que cantaba, pero sí una tensión perdida. Apenas por unos segundos. En una mesa se habían ubicado Dalila Hainez y su novio. El gringo tenía puesto lentes negros. El salón estaba en penumbras, la noche era oscura. Me pareció un esnobismo, o mejor dicho, una tontería. No se había sacado el sombrero gris, el largo gabán estaba en una silla y él vestía todo de negro. Una polera y un vaquero de ese color, complementado por unas botas con gruesa suela de goma. Ese recuerdo no se me ha podido borrar.

Hacia el otro lado del salón, en esa penumbra por donde fluían las canciones de Matías Rojas, se encontraba Mónica con su marido. Mi perfil estaba entre la visión de ellos y el escenario improvisado donde Matías cantaba. El esfuerzo por parecer natural hacía que mis gestos fueran impostados. Es de los peores y más inútiles esfuerzos. Las canciones de Rojas, el grupo de personas que estaba en Copyc, el gringo con lentes negros, Julián y los mozos atendiendo las mesas: todos eran actores de reparto en ese momento en que los protagonistas eran Mónica, su marido y mi soledad. Una soledad buscada y acordada, pero no tan fuerte como para resistir esa noche llena de presencias inesperadas. Demasiados testigos.

—Me dijeron que cantara canciones en español, pero no voy a hacer caso. Esta se titula “Father and son” y es de Cat Stevens. Espero que les guste.

La música es lo único que nos puede sacar de un lugar para llevarnos al pasado, aunque no lo queramos. Es la única máquina del tiempo que funciona. “Father and son” me llevó en forma rápida hacia aquella última mañana con Beatriz. Era su canción preferida y la habíamos escuchado en la radio del hotel como impulsada por una lógica que no nos era posible entender. Luego, por segunda vez, apareció en la radio del auto. En contadas veces, en esos momentos que se van a quedar para siempre, aparece una canción que es la indicada. Un tema que hubiéramos elegido para hacer ese instante perfecto. Es más raro aún que surja dos veces. Cuando la escuchamos en el hotel, la abracé fuerte. Me metí en la letra de la canción, esa discusión eterna entre padres e hijos. Se vinieron encima algunas discusiones con mi Viejo en la cena familiar. Fueron demasiado pocas. La relación con mi papá siempre tuvo el silencio como telón de fondo. Cuando discutimos sentí su respeto por el contendor que sienten los boxeadores. Luego todo era silencio y la duda de si alguna vez me parecí en algo a lo que él esperaba de un hijo.

Beatriz comenzó a llorar.

—¿Por qué llorás? ¿Coto?

—No importa, nada importa.

Nos besamos. Sabíamos que podía ser nuestra última vez y resolvimos coger como se debía, en una especie de homenaje a la historia que vivimos. Supimos que la música nos decía algo. En el futuro, cuando en otro tiempo —como en esa noche del Copyc— escuchara esa canción, aparecería Beatriz. La pensaría con una sonrisa y el error ya no tendría importancia.

Los aplausos fueron más generosos cuando terminó esa canción.

—Ahora quiero tocar un tema de la banda de *rock and roll* más grande de la historia. La que me hizo querer ser guitarrista. "Tangerine", de Led Zeppelin.

Parecía que Matías Rojas estaba empeñado en revolver mi pasado. Apareció en esa penumbra del Copyc, aquella vez en que Coto menospreció a Bread y se sentó junto a mí para tocar esa canción. Me pregunté cómo haría Matías para suplir esa primera guitarra que tocaba Page, mientras yo intentaba desprenderme de la emoción del recuerdo de Coto que volvía a mezclarse con el de Beatriz y el de mi Viejo. Todo en una canción de poco más de tres minutos.

Tangerine, Tangerine, living reflection from a dream.
I was her love, she was my queen, and now a thousand
years between[*].

La voz de Matías era otra. Parecía que se hubiera ido del escenario y en su lugar estuviera el cantante de Zeppelin. Lograba los matices e inflexiones típicos, y únicos, de Plant. El aplauso final, una vez más, no fue justiciero. Quizás fue por esa injusticia que me puse de pie para aplaudir. No fui el único. El novio de Dalila, el gringo que aún tenía puesto los lentes oscuros, también se paró. Matías lo miró desde el escenario. Parecía que el resto de la gente no existiera, ni siquiera yo con mi fervoroso, y algo desubicado, aplauso. El hombre vestido de negro dejó de aplaudir y levantó su pulgar. El guitarrista bajó la cabeza en forma respetuosa, agradeciendo.

—Me parece que te gusta el pibe —comentó Enrique.

No llegué a contestar. La voz de Rojas vino del escenario.

—Voy a terminar con otra canción de Zeppelin. Se titula "All my love", es decir, "Todo mi amor". La compuso Robert Plant para su hijo Karac, que murió cuando él estaba de gira con la banda. Es uno de los temas más dulces y tristes que se han escrito.

Should I fall out of love, my fire in the light
to chase a feather in the wind.
Within the glow that weaves a cloak of delight,
there moves a thread that has no end[**].

El inglés de Matías era perfecto, pero era la voz, el acompañamiento justo con su Ovation, los que hacían mágica la interpretación. Nuevamente parecía que Plant estuviera escondido en su voz. En el estribillo de la canción ofrecía todo su amor a su hijo.

En la voz de Matías entendí el dolor de Plant, ese amor ofrecido en forma ya imposible. La canción terminó. Se escucharon tímidos aplausos. Algo me hizo mirar a la puerta. El novio de Dalila se había sacado los anteojos. Tenía la mano sobre el pelo y vi, pese a la penumbra, que había lágrimas en su cara. La revelación me llegó en forma mansa, casi sin sorpresa. Había una pieza que le faltaba a la realidad para que fuera cierta. Busqué en la mirada de Matías una respuesta, pero él solo tenía ojos para el extranjero que lloraba. Quizás por ese golpe de absurdo con el que se llenaba la noche, resolví dejar de aparentar. Giré la cabeza en busca de Mónica. Mi mirada iba a ser una confesión del sentimiento que me embargaba, y en esa mirada por fin le reconocería que el juramento que hice sobre no enamorarme había sido incumplido. Me importaba un carajo lo que pensaran ella y su marido. La mesa que habían ocupado Jorge Chávez y Mónica Arias estaba vacía. ¿Habían estado alguna vez en ese salón? De alguna forma tenía que confiar en mi juicio, que se encontraba cascoteado por tanta irracionalidad. Pensé que tendrían que haber salido por la puerta, no entendí cómo no los había visto porque tenían que pasar frente a nuestra mesa; pero esa era otra señal de que la lógica había huido de esa noche.

Cuando volví a la escena que había dejado para buscar a Mónica, el extranjero se había colocado el sombrero y el gabán gris. Guardó los lentes negros en el bolsillo superior y en un segundo terminé de comprender la locura de ese momento. Pude ver a ese inglés, porque ahora sabía que era inglés, sin la barba canosa, con una guitarra Gibson Les Paul sacudiéndose sobre su torso desnudo. Le saqué kilos y me di cuenta de que era muy parecido a mi amigo Coto en la foto que había visto en la revista *Pelo*. Pero estaba haciendo una bifurcación en mi pensamiento. Era al revés. Coto en esa foto se parecía mucho a esa persona que estaba en el Copyc, porque esa persona —y aún me cuesta escribirlo— era Jimmy Page.

Noté que ese guitarrista al que había conocido en esa lluviosa mañana de viernes de octubre de 1999 se quedaba inmóvil y tenía una expresión casi de beatitud en su rostro. En tres pasos llegué al escenario. Me agaché y le hablé.

—Estoy por volverme loco. Ese tipo ¿es Jimmy Page?

—¿Dónde se fue Mónica?

Nunca sabré por qué fue eso lo primero que le dije a Enrique al volver a nuestra mesa.

Sonrió.

Rogué que Susana, a su lado, no me hubiera escuchado. Ella hablaba con alguien (no puedo recordar con quién) y Enrique se puso de pie. En su mano llevaba una servilleta. Me la pasó por el mentón y casi en un susurro dijo:

—Limpiate la baba, Susana se va a dar cuenta.

—¿De qué? —dije simulando enojo.

—Pasaron por delante de la mesa y se despidieron.

—¿Cuándo?

—Vos estabas demasiado metido en la canción. Sos un músico frustrado, no hay caso.

—¿Ese es el guitarrista famoso? —dijo Susana.

—¿Matías?

—Sos tonto, ¿eh? El otro, el gringo, ¿cómo se llama?

—Page, Jimmy Page.

—Debe tener mucha guita. ¿Cómo vino a dar acá? —preguntó Enrique.

—Por Dalila. Así somos las mujeres cuando queremos conquistar a un hombre, capaces de cualquier cosa —dijo Susana mientras no le sacaba los ojos de encima.

—Decile que tengo la arenera en venta. Para él debe ser un cambio y se puede instalar acá con su amorcito.

—No estoy seguro de que sea él.

—¿Cómo?

—No estoy seguro de nada.

Tampoco recordaba que hubiera cenado. No tenía hambre, así que esos restos de asado que estaban en mi plato debían de ser míos. Ahora solamente quería fumar. Encendí un cigarro y caminé hacia la puerta. Debajo del alero vi que llovía en forma copiosa. En ese momento, de una mesa que estaba en la punta del local, una joven, en la que no había reparado, se puso de pie. Era morocha, de pelo corto, se destacaba por su belleza. A su lado otra mujer de piel negra permanecía sentada a la mesa. La joven la tomó del brazo y la negra se incorporó. Debía medir cerca del metro ochenta, traía el pelo tirante que finalizaba en un rodete en su nuca. Era imposible que me hubiera pasado desapercibida.

Salieron de ese rincón oscuro y caminaron hasta donde se encontraba Page de pie. Él giró la cabeza y las miró. Presentí desencanto en su mirada. Dalila, a su lado, permanecía sentada. La joven bella habló con el músico. Este asintió en silencio. La otra mujer parecía montar guardia a espaldas de la más petisa. Dalila se puso de pie. Pareció que comenzaba un incidente, pero la mujer alta habló para terminar cualquier tipo de discusión. Los cuatro salieron, a paso lento, de Copyc, como si tuvieran que hacer algo de lo que no podían escapar.

Miré a Matías. Había guardado su Ovation en el estuche. Se había puesto la capucha. Nos miramos hasta que él habló.

—Esa canción que canté se la hizo Plant para Karac, su hijo de cinco años que murió de un virus en el estómago.

—Te escuché.

—Karac murió el 26 de julio de 1977, el mismo día en que yo nací. Lo leí en una revista. Se

habló de que fue un castigo porque Page se había dedicado a la magia negra para conseguir inspiración, que el diablo le había dictado los acordes de “Stairway to heaven…”. Boludeces. Pero lo cierto es que ni él ni John Paul Jones acompañaron a Robert en su dolor. Solamente Bonham, el batero… que al poco tiempo murió de una feroz borrachera.

El resto de aquella noche se vuelve confuso en la memoria. Enrique y Susana se fueron un rato antes que yo. Al salir, Enrique dio vuelta y me hizo una guiñada. Los momentos se entreveran. Hablé un rato con Julián sobre el éxito de la noche. Busqué nuevamente por el salón algún rastro de Mónica con su marido. Bebí un *whisky* más. Matías desapareció y no recuerdo haberlo visto salir del local.

Mi memoria se vuelve algo más clara respecto de los hechos que ocurrieron cuando salí del Copyc. La lluvia había amainado y por fin se podía ver la luna. Caminé hacia mi casa. En la esquina me volví a encontrar con Matías Rojas, en lo que bien podría ser un cierre del comienzo del día que fue su visita a la arenera. Cargaba en su mano la guitarra con su estuche. Miraba hacia la casa de las Hainez. Se veía una luz difusa, como de velas. Una luz tenue que titilaba a través de la ventana que daba a la sala.

Casi no había viento. Me acerqué al joven y desde ese lugar escuché la música que salía de la casa. Los sonidos tenían algo de música oriental, con cítaras y percusión extraña. Las cortinas no se movían ante la falta de viento y no dejaban ver qué ocurría dentro de la sala. La pequeña luz parecía temblar y le daba un tono diferente a la noche. Intuí que Madelón ya estaría acostada mientras Dalila y Page hablaban con las dos mujeres.

Recordé las historias del músico en pleno descontrol de la época de Zeppelin. Su relación con una *groupie* muchos años menor, una de las incontables mujeres que pasaron por las camas de los músicos. Pensé que esas mujeres, salidas de la oscuridad de una esquina del Copyc, lo habían reconocido y que buscaban una experiencia irrepetible con una estrella de *rock*. Me costaba entender el papel de Dalila.

La luna iluminaba más de lo común. El joven tenía las dos manos apoyadas en el brazo de la guitarra. Quise hablar, pero no supe bien qué decir. Nos quedamos escuchando esa música que quería traer paz a la noche. Estuvimos unos minutos en esa contemplación mansa de la casa de las Hainez. La frenada de la camioneta de Enrique nos sacó del silencio. En el asiento del acompañante iba Jacinto.

—Señores, El Dado Azul nos espera. ¿Vienen?

* Tangerina, tangerina, vivo reflejo de un sueño. Yo era su amor, ella era mi reina y ahora hay mil años entre medio.

** Si decayera mi amor, mi fuego en la luz, perseguiría a una pluma en el viento.
En el resplandor que teje un manto de placer se mueve un hilo que no tiene fin.

II

1

Lilián Robles bebía café en mi cocina en Puerto Conchillas y era como si un pedazo de vida anterior se hubiera instalado para acompañarme en aquella mañana de sábado. El sol entraba por una de las ventanas. En mi cocina la luminosidad daba un aire irreal a la mañana. Parecía que la lluvia que había castigado la jornada anterior fuera mentira. Un recuerdo demasiado difuso para sentirlo real y que se diluía junto a otros recuerdos. En una de las esquinas descansaba la caja que ella me había traído desde Montevideo. Pedazo de pasado, aún más remoto que esa imagen representada por nosotros dos bebiendo café en la cocina. La caja permanecía cerrada. Nosotros hablábamos. Todo parecía anacrónico.

Lilián tenía el cabello más corto que cuando vivíamos juntos. En esa mañana, cuando bebíamos café en mi cocina, hacía más de seis meses que no la veía. En los años en que viví en Conchillas, casi no fui a Montevideo. Quizás porque retornar podía hacer temblar la estabilidad que creía haber encontrado. Tenía el cabello más corto, pero mantenía su discreta belleza. Esa belleza que sabía ganar a un hombre a la segunda vez que se encontraba con ella, aunque pasara desapercibida en un primer encuentro. Bastaba que completara su cuerpo y figura con esa voz, con su forma de ser, con sus gestos, para que fuera imposible olvidarla. Vivir juntos no es para cualquiera. Diría que es para pocos. Mientras conversábamos vi que ella, con discreción, miraba a su alrededor. Era la primera vez que llegaba a Conchillas y hacía todo lo posible por disimular su asombro. Por entender, en silencio, qué razón secreta me hacía permanecer en esta punta del mundo.

—Qué raras son las casas de acá. La tuya tiene luz, pero las otras parecen oscuras. ¿No te deprime un poco? A vos te gustaba que fuera todo luminoso.

Más temprano, Jacinto me avisó que el embarque para Buenos Aires se había suspendido. Enrique lo había llamado. Me fastidió que no me avisara en forma directa pero el disgusto también se fue rápido. Pasé por la oficina, hablé con la señora Evans y le dije que cerrara a eso de las doce, y que iba a estar en casa. Luego fui por el carrito de Beba con la ilusión de que Page estuviera desayunando su clásico chorizo al pan. El carrito estaba cerrado y en el *camping* tampoco vi a Matías.

A las diez y media de la mañana llegó Lilián con la caja.

—Qué suerte que se les ocurrió venir a Colonia —dije.

—Julio está muy cansado. Se quería tomar un fin de semana. Es una época de mucha locura.

La pareja de mi exesposa tiene una empresa de computación que creció de a poco. No le iba demasiado bien hasta que, según me contó Lilián, un año atrás se le ocurrió brindar servicios por

los problemas informáticos que traería el cambio de siglo. El temor ante la posibilidad cierta de que las computadoras enloquecieran al confundir los dos ceros finales del año 2000 con los de 1900. Aviones que no sabrían cómo aterrizar o despegar, operaciones quirúrgicas que no se podrían hacer, entre otros peligros presentidos. Las computadoras enloquecidas, confundidas, inútiles. La humanidad perdida. Una ola de pánico se expandió rápido por todo el mundo. Julio supo aprovecharla.

—¿Por qué no toma nuevos empleados?

—Creo que no está del todo convencido de que pase algo. Aprovecha el momento, y según dice, le gusta dar un servicio personalizado. Lo hace para ahorrar y ganar unos pesos más.

—¿Tacaño?

—Vos tenés tu sueldo seguro cada mes.

—No creas, no creas.

Entendí que la conversación, muy de a poco, comenzaba a molestarla y que la novedad de mi casa se agotaba.

—Anoche pasó algo raro —dije—. Vamos a dar una vuelta mientras te cuento.

—No tengo mucho tiempo, el partido de Julio termina sobre mediodía.

—Nos sobra.

Sonrió y yo quise adivinar qué cuota de complicidad se escondía detrás del gesto amable. Julio era esa persona con la que me había engañado, con la que me fue infiel y parecía una tontería que recordara esos detalles. Dejan de tener sentido cuando una relación se termina. Como las discusiones, las peleas se funden en un recuerdo global, sin sutilezas, carente de detalles. Etapas de una derrota que no se recuerdan en singular. Por eso Julio debería dejar de ser la persona con la que me engañó. Hoy es la pareja de Lilián. Nada más. Pero no es tan fácil.

Luego del divorcio nos vimos pocas veces. Algún trámite, alguna firma que necesitaba. La insoportable ceremonia del final de algo se cruza con el aburrimiento administrativo de la clausura de los sentimientos. Cada vez que la vi, en lo más profundo de mis pensamientos alentaba una posibilidad de que violáramos la lógica y nos acostáramos en forma clandestina. Algo así como ser ladrones de nuestra propia casa. Nunca encontré la más mínima empatía en mi mujer (o mi exmujer) para la travesura. No había en ese deseo ningún sentimiento de venganza. Julio nunca fue una persona importante en mi relación con Lilián. Éramos nosotros dos los que importábamos. Y también el fracaso.

Esta vez, en Conchillas, me sentía locatario. El gesto de traer la caja que le habían enviado con cosas de mi padre, aceptar venir hasta aquí a solas, sin su pareja: todo parecían pistas o yo quería creer que encerraban algún augurio. Su correcta amabilidad era ambigua. No podía evitar ilusionarme. Aunque no supiera para qué.

Caminamos por las calles evitando pisar los charcos. La lluvia del día anterior había dejado sus marcas. Iba a encender otro cigarrillo, pero adiviné la cara censuradora de Lilián.

Insoportable como toda exfumadora. Cuando llegamos a la casa de las Hainez, en dirección al Copyc, le dije que ahí se estaba quedando Jimmy Page. Me miró y sonrió.

—¿Page? ¿Led Zeppelin?

Lilián es de las personas que escuchan música pero que nunca consideran a esas canciones que las acompañan como algo importante. Su pasión es la literatura. Cuando vivimos juntos supe que intentó ser escritora. Algo que no es raro en una escribana. Gente que maneja todo el día el idioma español de la forma más aburrida posible. Con algo de sensibilidad, es lógico que un día quiera escribir sobre temas que no inciten al profundo tedio o directamente al sueño, como provoca un documento notarial. Esa inquietud cultural hizo que también sepa algo de música, de las interminables horas en que yo escuchaba mis discos compactos en nuestro departamento y ella repetía la pregunta "¿Quiénes son?", mientras continuaba metida en sus libros. Las canciones formaban el ruido de fondo de su lectura. Éramos al revés. La música siempre la consideré en el centro de mi vida, y gracias al esfuerzo del Viejo, soy un lector desordenado. Con buena memoria para algún pasaje o cierta frase que me pareció ingeniosa.

Tengo claro que Lilián considera a la música como un arte que no se puede comparar con la literatura. Las letras están en un lugar de trascendencia mayor que las notas. Tenía a mi favor la sensibilidad de mi fanatismo por las canciones. Sensibilidad diferente, pero sensibilidad al fin. Siempre tuve libros sobre mi mesa de luz que consumía noche tras noche a razón de pocas páginas cada vez. En vacaciones era diferente. Elegía dos o tres, y las horas libres, parecidas y a veces aburridas, eran ocupadas por esas lecturas. Cada tanto ella me aconsejaba algún autor poco conocido que la había emocionado. Nunca le reconocía que me había impactado, acaso por el egoísmo que cada parte de la pareja tiene en dar pocas veces la razón al otro. Alguna noche de verano, en la que habíamos coincidido en un autor o una autora, discutimos nuestras emociones. Pese al acuerdo inicial, luego descubríamos matices. Creo que teníamos el secreto deseo de que esas coincidencias pudieran derivar en otros acuerdos más difíciles. Luego entendí que la literatura era como un acotado armisticio al que llegábamos para mitigar nuestras diferencias. Ella respetaba mis gustos y creo que valoraba mi opinión de lector.

Quizás fue por eso que una vez, en forma sorpresiva, me dio un relato que había escrito. Lo leí de un tirón en una noche de otoño y me generó emociones encontradas. Buscaba la realidad en esa ficción creada por Lilián. En cada frase de su cuento creía encontrar el fracaso. Nuestro matrimonio escondido en alguna de sus páginas. Una pequeña venganza formada de letras para demostrar que yo era menos de lo que ella merecía. La hice esperar unos días —imagino que esa espera le resultó incómoda y ansiosa— hasta que ella arrió su bandera de orgullo y me preguntó qué me había parecido. Contesté que era un buen cuento, aunque un poco largo, y que yo no era autoridad alguna para juzgar su valor literario. El comentario sabía a pequeña venganza.

Hay que ser sumamente cuidadoso para juzgar un texto de alguien que se anima a mostrarlo. Sabe que está haciendo equilibrio en un posible ridículo, en que la persona que lee no entiende el

para qué escribió algo acaso innecesario. La herida que se puede provocar es difícil de curar. Nunca confesé que me había molestado el personaje central del relato. Un empleado de una empresa que era todo un canto a la rutina y a la mediocridad. Me convencí de que era un reflejo desencantado que ella hacía de su marido y ya no pude evaluar el resto del cuento. El juicio, en suma, la mentira, era una pequeña venganza a su desconsideración. Haber utilizado mi mediocridad no era algo que se perdonara fácilmente. Con ese juicio terminó nuestra relación literaria. Al verano siguiente ya no hablamos de libros y también ese puente de comunicación se cortó.

—Exacto, Jimmy Page está en Conchillas, en esa casa.

—No me digas nada. En aquella otra está Paul McCartney.

Intenté una explicación que incluyera a Matías Rojas, Page y el Copyc en pocas palabras, pero entendí que era imposible. Conecté su comentario irónico con aquel otro que le había hecho años atrás sobre lo largo de su cuento. Como respuesta encendí un cigarrillo. A veces las pequeñas venganzas solamente son perceptibles para el que las realiza.

—Y vos, ¿todo bien?

—Mi padre está con algunos problemas de salud, le encontraron algo en un pulmón, nunca dejó de fumar —olí su revancha ante mi discreta agresión—. Le dije que venía, te manda saludos. Te extraña —dijo.

—Ojalá se recupere.

—Ojalá.

Caminamos unas cuadras más. Pasamos por Copyc y entendí que lo de la noche anterior solamente se empobrecería si se lo contaba. No lo creería, o si llegaba a creerlo, lo disimularía.

—¿Volviste a escribir? —la pregunta se me escapó sin saber bien por qué o al menos sin que yo la entendiera del todo.

—Mucho trabajo. Hay demasiadas personas que escriben en este mundo. Prefiero ser lectora. Disfrutar y criticar.

—Una lástima.

—Escribo demasiado largo. Eso no se perdona.

Repito: cada vez que me encontré con Lilián luego del divorcio, tuve ganas de acostarme con ella. No es original. Cuando algo es imposible, o se cree así, reviva las ganas y hasta bordea la pasión. Siempre me pregunté si a ella no le pasaba lo mismo. Cuando se acostaba con Julio, mientras estaba casada conmigo, ese gusto a único haría que cada vez pareciera la última. Sentirse completa y querer ser la mujer que Julio veía en ella. Aunque fuera la usual mentira del amor sin destino. Podría jurar que ahora que vivían juntos hacía dos años, toda esa urgencia e idealización se habían apagado. Siempre podía haber otro día, otro momento, para revolcarse en la cama. La realidad cambia todo y hace los momentos iguales y, poco a poco, intercambiables. Los amantes nunca pueden dormir una siesta. Para las parejas formales es un destino deseable,

casi un anhelo. Me preguntaba si ahora que Julio ocupaba mi lugar, alguna vez pensaba en mí en forma clandestina. Quizás por eso, una vez más, quería sentirme un ladrón que rozara alguna faceta indebida en esa mañana.

—¿Julio se enojará si almorzás acá? En el Copyc hacen un buen pescado.

—No veo por qué se enojaría por algo que no va a pasar.

—Te lo perdés.

—Lo sé. ¿Imaginás qué puede haber en la caja?

—Todo viejo guarda cosas inútiles.

—¿Decís que fue inútil traerlo?

—Te lo agradezco mucho.

La acompañé a su auto. Hablamos de temas tan tontos como el clima y que la ruta estaba en buen estado. Luego me preguntó cómo iba el trabajo y le conté que Arenera Andreoli había conocido mejores tiempos. Le pregunté si quería pasar por la oficina, pero otra vez dijo que el partido de tenis ya habría terminado. Nos dimos un beso y un imprevisto abrazo antes de que ella subiera a su auto.

—De nuevo, gracias por venir. Me encantó verte.

—Me gustó el pueblo, es muy original. Cuidate, Roberto.

2

Enrique estaba en la arenera. Recordé su euforia de la noche anterior. Hoy parecía otro detrás de mi escritorio, junto a la señora Evans y Jacinto. Me crucé con el cadete a la entrada y entendí que la única ficha que faltaba era yo. Nunca tuve el complejo de querer ser el primero en llegar. En los tiempos de Homogéneo, al comienzo, Abel siempre me acusaba de ser el último que arribaba a los ensayos en su casa. “A ver cuándo el nene de mamá se hace hombre y llega en hora” era una especie de verso que repetía. Hasta que llegó Coto a la banda y todo fue diferente. Comencé a llegar en hora y en poco tiempo pasé a ser el primero en arribar a los ensayos. El miedo no es tonto. Podían considerarme prescindible. Esa mañana me pasó algo similar. Sentí que había sido una imprudencia no estar en la oficina, aunque se hubiera suspendido la carga. La mirada desencantada de Enrique decía bastante y ya no había en él nada de la alegría que sentía en la madrugada cuando se encerró con dos de las camareras que atendían El Dado Azul en la casa vecina. Era otra persona en esa mañana de sábado, escondido tras el mate y mirando con cierta censura en los ojos. Hubo un momento en que, otra vez, me sentí prescindible.

—Se suspendió el embarque de la mañana, Roberto.

—Sabía. Por eso no vine, tenía un compromiso.

—Quiero hablar con vos.

Encendí un cigarrillo, miré la hora: las 11:30. Estudié las posibilidades. Tengo una buena coraza cuando la mano viene de reproches hacia mi trabajo. Sabía hacerlo en Robles & Cía. No iba a ser diferente ahora. Enrique estaba sentado en mi silla del escritorio. Era claro que quería marcar el terreno, el poder. Jacinto y la señora Evans se retiraron. Me senté frente a él. Pensé en hacer un comentario sobre la noche anterior, sobre las dos mujeres impresentables que se habían ido con él. Pudo ser una estrategia. Opté por escuchar.

—Qué nochecita, ¿no?

—Me fui temprano.

—Juanita preguntó por vos.

—Estaba cansado.

—Sos misterioso, eso gusta a las mujeres. ¿Cómo está tu esposa?

—Mi ex. Bien. Ya se fue.

—¿Y la doctora Arias?

—Calculo que en Colonia. ¿Qué pasa que andás por acá un sábado?

—Los pedidos desde Buenos Aires bajan. Ya te lo dije. Vamos a embarcar carga tres días a la semana, con suerte. Hay que bajar costos.

—Me pareció escuchar “buscate otro empleo”.

—Por ahora, tranquilo.

—Hoy hablé con Jacinto sobre la vez que lo llevaste a Montevideo, a las oficinas de Robles y Cía., para arreglar el lío…

—Tenés más memoria que yo. ¿Querés venir a almorzar? Susana hizo canelones.

—Fui ayer. No me gusta abusar. Además, sabés que las milanesas de Beba son tentadoras.

Volví a casa y le di de comer a Morro. Mientras el perro comía, no pude evitar pensar que se estaba poniendo viejo, aunque fuera imposible saber su edad. Uno nota, poco a poco, los achaques de un perro más que los propios. En nosotros la decadencia es más silenciosa, hasta que un día, casi sin saber cuándo, se vuelve notoria, ineludible. Sin marcha atrás. Recordé que Lilián me dijo que de niña tuvo una mascota y nunca superó su muerte. En un ambiente como el campo, o como Conchillas, la muerte de un perro es natural, obvia. Se crían en la independencia del entorno. Al aire abierto. Sabía que me iba a doler mucho cuando ese perro se fuera. También, que sobrevivir casi siempre es la opción más deseada. Salvo cuando esa sobrevivencia rompe el orden natural. Quizás ese temor me llevó a no tener hijos. O quizás es un pensamiento demasiado perfecto, demasiado lugar común. No tuvimos hijos con Lilián porque estuvimos juntos poco tiempo. Nunca estaré seguro. Tampoco importa.

Sonó el celular. Lo dejé sonar dos veces. Deseaba que Mónica rompiera el acuerdo de no hablar los fines de semana. Sonó una tercera vez. Atendí. La voz de Lilián me sorprendió.

—Te mentí. Escribí algo largo. Quizás podría llamarse novela. No estoy segura. Me sorprendí. Encontré el tono que quería y la historia me ocupaba todo el día. Julio no entendía por qué me acostaba tan tarde o las razones por las que quería terminar de cenar rápido para empezar a escribir. Era una historia rara. Las experiencias que había vivido se iban transformando en otras, mezcladas. Cada personaje tenía partes de varias personas que conocía. Salvo uno que era igual, o al menos yo lo sentía igual, a su modelo en la realidad. Un día pensé en darle a leer un capítulo a Julio y me acordé de tu respuesta sobre aquel cuento, eso de que escribía largo. No estaba lista para otra crítica.

Quise argumentar una defensa, pero no me lo permitió. Parecía hablar sola.

—Estaba casi terminada, me faltaba el desenlace. Parece raro, pero no sabía cómo iba a terminar la historia que me ocupaba todo el día. Dudé. Un día pasé un semáforo en rojo. Me asaltó el miedo de que iba a perder todo ese trabajo sin saber cuál era el objetivo o su destino. Que fuera cualquiera menos perderlo por un descuido. Guardé lo que tenía escrito en un archivo en mi computadora, pero hice una copia en disquete. Poco a poco el final comenzó a aparecer. Intenté aislarme un fin de semana para escribirlo, pero Julio me dijo que tenía que acompañarlo a Punta del Este, a una reunión de empresarios que podía cambiar nuestro destino económico. Acepté. Me sentí paranoica y sabía que íbamos a irnos solo por el fin de semana. Hice una

segunda copia. La guardé en otro lado de la casa. La paranoia a veces acierta. Entraron ladrones y se llevaron la computadora así como los disquetes que estaban en el escritorio.

Recién ahí pude musitar un “pero tenías la otra copia”, algo que pareció no escuchar.

—Sentí que el corazón se me escapaba, hasta que encontré la segunda copia escondida en mi mesa de luz. Al otro día la llevé al Estudio. Nunca entendí por qué no grabé una copia en la computadora del trabajo, capaz que la escritora no se llevaba bien con la escribana o esta no quería saber nada de aquella. Cuando puse ese segundo disquete que había guardado, único testigo de que ahí existía una novela en busca de su final, me dio un mensaje de error. Lo probé en la computadora de Analía, mi socia, y lo mismo. Probé en no menos de cinco máquinas y la frustración se multiplicó. Lo llevé a un técnico que lo pasó por un programa para limpiarlo y salvar el archivo. “Irrecuperable”, dijo. Pensé en dar una recompensa si devolvían la computadora robada, pero era inútil. Era claro que eso no tenía que ver la luz y que mi carrera de escritora se acababa ahí. Mejor, como te dije —y eso sí es cierto—, es preferible ser lectora. Hay mucha gente que escribe.

—¿De qué iba la novela?

—No sé, no me acuerdo.

Quedé mirando el celular mientras Morro ladraba a mi lado. Parecía que mi perro tampoco hubiera entendido la conversación. El impulso se llevó mis dedos. Disqué el número del celular de Mónica. Sonó dos veces y corté. El Clave Uno había sido cumplido. Enseguida recibí su llamada. Le pedí perdón por llamarla un fin de semana. Me dijo que no importaba, que estaba sola en su casa, que su marido estaba de campaña política y se había ido a Nueva Palmira. Luego iría a Carmelo. “No sé cómo no se aburre”.

—¿Te espero en una hora en Oasis?

—No puedo salir de casa.

—¿Estás con tus hijos?

—Se fueron con Jorge. Tengo que terminar un trabajo.

—¿Qué pasa si voy para ahí?

—Pensé que no lo ibas a decir nunca. ¡Estoy hecha una loca!

3

Las instrucciones fueron precisas. Dejar mi auto a un par de cuadras de la casa por General Flores, subir por una calle que lleva al tanque de OSE. Ese tanque, que era lo primero que se veía cuando uno se acercaba a la ciudad por Ruta Uno, una especie de símbolo y tranquilidad al saber que el destino estaba cerca, en esa tarde me despertaba desconfianza. Sentí que no era un lugar discreto. La casa de dos plantas se ubicaba en una esquina haciendo cruz con el tanque y le daba un aire de centro de la ciudad, aunque fuera un barrio. Tenía un banco de mármol delante. La puerta de madera era oscura y había dos ventanas por las que entraba la luz. Al costado estaba la puerta de un garaje.

Pese a la emoción que me daba este juego, sentí que era demasiado imprudente. Recordé la precisa instrucción: “No toques el timbre de la puerta principal. Seguí por la vereda del tanque. Cruzá la calle cuando no venga nadie. Hay una puerta de servicio que da al patio. Va a estar abierta. Tiene el número 942 en la puerta, es de metal”.

Me sentía una cruza de espía con tarado, pero resolví seguir las directivas al pie de la letra. Colonia dormía su siesta de sábado a las dos de la tarde. De alguna casa salía la voz de una transmisión de fútbol de Montevideo. “Debe ser la previa”, pensé. No recuerdo quién jugaba ese sábado. Encendí un cigarrillo en la esquina, frente al tanque. Un par de gurises pasaron en bicicleta rumbo a la rambla. Un auto dobló por la otra esquina. Después la soledad. Apuré el paso. Sonó el celular dos veces. Luego cortaron. Llamé a Mónica. “Cambio de planes”. Pensé que su marido habría vuelto y sentí una enorme desazón. La locura planificada aterrizaba en la realidad. Lo normal había ganado, como casi siempre. La tarde perfecta que había pensado se evaporaba y apagaba los nervios y la felicidad de los instantes previos a la llegada. La fantasía que muere en el aire de lo que no es. No existe peor desilusión.

—¿Qué pasó?

—¿Sabés cómo hacés para pasar a un grupo de tigres por el medio de la calle sin que nadie se dé cuenta?

—Ni la menor idea, Mónica.

—Que pasen dos manadas de elefantes cerca del cordón de cada vereda. ¿Entendés?

—Entiendo que te voy a mandar a un lado que no te va a gustar. No estoy para adivinanzas.

—Tocá el timbre de la entrada principal. La vieja Matilde está mirando por la ventana en la casa que queda enfrente de la puerta de servicio. Hablé con mi marido, le dije que me tenías que traer unos documentos para un reclamo que tengo el lunes de la arenera y que posiblemente los discutiéramos con vos.

—Me parece que estás loca.

—Ya te dije que estoy hecha una loca. Pero los elefantes nos van a salvar. Lo otro era una estupidez.

Con una seguridad que no supe bien de dónde surgía, subí los dos escalones y toqué el timbre. En unos segundos Mónica me recibió con una sonrisa correcta. Detrás de la puerta, cuando se cerró, me esperaban el abrazo y un beso de los que ella sabía regalarme. En forma instintiva miré la ventana rogando que la cortina nos salvara del afuera. Luego una gran risa que era su carta de bienvenida, lo que cambiaba el día y la razón más clara de por qué el resto de los momentos eran apenas una comparsa de acompañamiento para ese instante en que uno entiende que la felicidad no es una fantasía.

Cuando me recuperé, miré la sala. Muebles de estilo, agradables. Todo con una prolijidad y limpieza que demostraban que ahí no ocurría nada. Es común que la sala, o el *living* como lo llamamos, solo se ocupe cuando llegan visitas. Todo estaba inmaculado por el no uso. Y muy limpio. Un sillón de tres cuerpos de cuero estilo Windsor enfrentado a dos individuales tipo *bergère*, una mesa ratona amplia, con vidrio en el medio. Libros hermosos debajo del vidrio. Arquitectura, paisajes, fotografía. En un rincón, la estufa de leña. Al fondo, un juego de mesa y sillas trabajadas. Lo que impactaba eran las paredes. No había cuadros. Solamente vitrinas llenas de pequeñas botellas. Mónica entendió mi asombro.

—Es el *hobby* de mi marido, lo heredó de mi suegro —llegó a decir, pero mis ojos no querían escuchar. Estaban demasiado ocupados viendo esa colección tan finamente seleccionada.

Adiviné que su dueño había ordenado esas pequeñas botellas por tipo de bebidas. Las primeras eran de vino, luego venían los licores u otras bebidas como grapa, fernet, vermut, aguardiente, campari, etcétera. El centro de la sala, el lugar de privilegio, estaba ocupado por varias vitrinas dedicadas al *whisky*. “Son las que prefiere”, susurró. En la más destacada, que se enfrentaba a la puerta de calle, una luz dicroica apuntaba al centro. Me acerqué. Cinco minibotellas parecidas, de la misma marca, delante de una cajita de madera. Todas tenían alguna diferencia.

—Roberto, no tenemos mucho tiempo —protestó.

Iba a hacer una pregunta, pero las ganas me hicieron abandonar ese mundo de botellas diminutas, de fascinación inútil que brindaba a quien las veía.

Mónica tomó mi mano. Cruzamos la puerta que daba al comedor diario. Amable, confortable, con vida. En la pared principal había otra vitrina, mucho más rústica, con botellas que se adivinaba descartadas de la colección principal. Al fondo, una entrada conectaba con la cocina. Al otro extremo una escalera hacia la que fuimos. Los dormitorios estaban arriba. Un león enano de cerámica parecía custodiar el descanso de la escalera. Me pregunté si el mal gusto de Mónica o de Chávez lo habría puesto ahí, para asistir aburrido a las subidas y bajadas de la pareja y sus hijos a los dormitorios. Nada dije.

Con ella siempre el después fue lo más fascinante, quizás porque sabíamos que iba a durar

poco. Me encantaba ponerme a su espalda, besarle el cuello, contarle las pecas de los hombros, hablarle al oído. Había algo en esos momentos que justificaba todo el resto de lo que ocurriera. El apuro, la llegada al hotel, el cuarto ya preparado, ese olor artificial y tan querido —como que no perteneciera a este mundo— que se quedaba oculto en nuestra culpa. Siempre le decía: "¿No sentís el olor a hotel que nos quedó? ¿No te da miedo?". Y ella reía. Era extraño que yo sintiera una responsabilidad con la que ella nunca cargó. En la llegada al hotel había ceremonias que, más allá del lógico apuro, debían respetarse. Al entrar y sentir ese olor que hacía crecer como una especie de costado mágico de nuestra excitación, había un abrazo fuerte que siempre tenía lugar a dos pasos de la puerta. Una especie de bandera victoriosa por la felicidad, que dejábamos flamear y se mezclaba con un beso, acaso el más profundo del encuentro, junto a una risa que nunca parecía inoportuna. Era ella la que reía e inclinaba la cabeza hacia atrás al buscar que el aire perpetuara la pequeña felicidad inasible.

Esa tarde, en su casa, cuando entramos en el amplio dormitorio, me pidió que la ayudara a retirar la colcha mientras decía, como si fuera un rezo o coartada inverosímil "no puedo creer que estemos aquí". Fue su adaptación de la frase que repetía cada vez que llegábamos a Oasis: "No puedo creer que estemos de nuevo aquí". Su casa, su cama —donde cada noche dormía con su marido— daban otra dimensión a las palabras. En esos ocho meses que llevaba nuestra relación todo había sido un vaivén. Su anuncio, que reiteraba cada tanto, de que esto no iba a durar para siempre, que no era correcto, que todo estaba muy mal, casi había perdido fuerza. Dejábamos los encuentros en Oasis por un par de semanas, pero luego volvíamos con más fuerza y más ganas. Escuchaba, como si fuera un ruido de fondo, esa frase: "No puedo creer que estemos de nuevo aquí". Parecía que ella se sentía menos responsable con esa contraseña. Los vaivenes entre la culpa y el placer ya no me sorprendían.

Dos horas nos quedaban cortas porque el tiempo sabía licuarse desde el segundo en que entrábamos a la habitación 12 de Oasis. El durante era un motivo para vivir cada día. El recuerdo de algún segundo, de algún sabor reconocido cada vez que se disfruta, siempre el mismo y siempre nuevo, de aliento pesado y olor a cuerpo en su mejor momento. Centro donde todo lo demás pasaba a ser corolario o que tenía su razón de ser por ese par de horas en un hotel. El cuerpo de Mónica no era del tipo que llama la atención a los hombres en una primera mirada. Era como ella, o mejor dicho, su cuerpo era ella y llegamos a ese lugar por esa belleza algo oculta. Cuando alguien como yo tuvo el privilegio de conocerlo, de descifrarlo, sabía que se había convertido en un elegido por el destino. Los senos hermosos y discretos, las caderas apenas anchas, su cintura de mujer de treinta y pocos años que no se obsesionaba por su físico porque este parecía amoldarse a su inteligencia. Siempre me dijo que yo hacía el amor tal y como ella esperaba. Mónica tenía una enorme virtud: su sensibilidad extrema. Un par de trucos, previsibles y poco originales, bastaban para que alcanzara su primer orgasmo y eso, al menos para mí, era una escarapela oculta que se sentía como el placer del objetivo logrado. Objetivo provisorio, que

se renovaba en el siguiente momento irrepetible. Un día le pregunté si yo no demoraba demasiado en terminar. La carcajada retumbó en el cuarto, aunque también es cierto que a veces me urgía a que acabáramos juntos. Debía recurrir a cualquier fantasía transgresora para complacerla. Daría para escribir un libro los pensamientos de los hombres en esas circunstancias. Con las mujeres presiento que debe pasar algo parecido, pero es bueno no saberlo.

Esa vez, en su casa, todo fue diferente y mejor. En el después nos desnudamos dentro de nuestra desnudez. No había ningún disfraz, ningún silencio o miedo a mostrar debilidad.

—Sos mi isla de confianza —dije, y ella se rio por mi cursilería.

—Cuando hablo con vos es como que estuviera pensando —dijo, y entendí que había sido más precisa que yo. Como siempre.

La sinceridad iba hasta que yo hablaba de otra mujer. Ese día, en su casa, le conté que Lilián me había traído la caja con cosas de mi padre y vi una sombra que se instaló en el lado derecho de su cara, el que yo veía, apoyado en la almohada. El cambio de tono fue brusco. Alguna vez le quise contar que mi divorcio fue raro y que no había llegado a aburrirme de mi mujer, y ella concluyó: “Fue ella la que se aburrió, ustedes nunca se dan cuenta”, con palabras que fueron como cuchillazos. Otra vez se enteró de la existencia de El Dado Azul y me preguntó: “¿Cómo los tipos pueden ser tan mediocres? No entiendo cómo no les molesta que las minas griten sin sentir nada”. Me hizo recordar a un amigo que, cuando se acostaba con una puta, ponía la música de su tocadiscos al mango para no oírla, porque nunca tuvo corazón para pedirle que dejara de fingir. A ese recodo no podía llegar la franqueza. Pero estaba en su casa, en su cama. No pude evitar la maldad.

—¿Tu marido no te aburre?

—Debe estar por volver. No va a creer que estudiamos el caso acá, en la cama. Tengo que cambiar las sábanas. Este tipo de rastros solamente son imperceptibles para quienes los dejan.

—¿Qué pasó anoche? ¿Cuándo te fuiste de Copyc?

—Cantaba ese muchacho de barba. Jorge tenía sueño. Pasamos por la mesa donde estabas, nos despedimos. ¿No te acordás?

—Cuando terminó una canción te busqué y no estabas.

—Habrás tomado mucho. Espero que mañana, en la fiesta del pueblo, no hagas lo mismo.

—Apareció Jimmy Page.

—¿Page?

—Está en Conchillas, es el gringo que está en lo de las Hainez. El pibe vino por él, para tocar frente a él, porque nació el mismo día en que se murió el hijo del cantante de Zeppelin.

—¿Todavía te dura la borrachera? Menos mal que en la cama no se notó.

Su celular avisó que tenía un mensaje. Lo leyó en silencio.

—Se demoraron en Carmelo. Tenemos una hora más. Verte así, tan perdido, me vuelve loca y ahora te voy a enloquecer a vos.

Me puso la mano en el pecho, empujó con dulzura y me obligó a recostarme. El primer beso fue a la altura de mi pecho y luego siguió el recorrido esperado. Lo que pasó después fue tan obvio como inolvidable. Pedí darme una ducha.

—Pero usás mi toalla —dijo.

En el baño, a solas, sentí la certeza de ser un elegido y también un farsante. Quizás por eso fuera que me sentía aún más feliz. La toalla de Mónica olía a ella. Intenté no mojarme el pelo. Cuando salí ella estaba abajo. Miré el dormitorio, acaso por última vez. Bajé la escalera e ignoré al león enano. Ella estaba en medio de la sala y contemplaba una de las vitrinas con minibotellas. Los ojos fijos en las cinco botellitas frente a la caja de madera iluminadas más que las otras por esa luz dicroica.

—Hay muchas botellas más lindas que esas, ¿no?

Señalé de otra vitrina una en la que un niño desnudo abrazaba unas uvas y otro sector donde había una gran selección de botellitas redondas, de distintos colores, con la palabra Mozart delante. Las cinco botellitas que miraba Mónica eran de *whisky*. En todas, con distintos dibujos en el papel, decía “Glen Garioch”.

—Esas son botellas enanas y comunes.

—Se hace tarde, la vieja Matilde no se va a tragar el cuento.

Quise darle un beso tan salvaje como en la bienvenida pero esos impulsos nunca salen igual. Fue apenas amable, y en la sonrisa, por primera vez, sentí apuro con algo de incomodidad.

—¿Pasa algo?

—Que va a ser una lástima que se nos olvide esta tarde cuando ya no nos veamos.

—Dramática.

Mónica había exagerado. Eran las cinco de la tarde. La siesta coloniense había terminado, pero la ciudad parecía recuperar la rutina de la tardecita en forma lenta, desganada. Estaba un poco más frío, y mientras caminaba las dos cuadras hacia mi camioneta sentí en mi pecho una ráfaga de felicidad clandestina. La más perfecta de las alegrías.

4

Cuando pienso en lo que pasó aquel sábado de octubre de 1999, el día después de que conocí a Matías Rojas, luego que regresé de casa de Mónica y Morro me recibió con una alegría inusual, se mezclan los recuerdos con lo que quizás pasó en realidad. La diferencia nunca importa. Lo único que queda es la memoria. Me hice un café y mientras veía la tardecita instalarse con los estertores de la alegría, sentí ganas de hablar con alguien de lo que había pasado la noche anterior. Morro me persiguió unas cuadras mientras caminé ligero hacia la casa de las Hainez. Antes de llegar, cerca de una pequeña isla que se forma en una de las playas de Puerto Conchillas, vi a dos personas pescando. Uno era Jacinto, que tenía un cigarrillo casi apagado entre los labios. Cuando me vio, lo retiró de la boca y lo tiró al río. Me saludó con la mano y me acerqué. Reconocí al Negro Paraíso a su lado. También fumaba. Ambos estaban en silencio. Algo lógico cuando se pesca. Será por eso que nunca entendí esa forma, sin palabras y aburrida, de perder el tiempo. Me cuesta aceptar relacionarme con otro a través del silencio. Tenía que acercarme y esa ceremonia de quietud se iba a perder.

—Perdón, ¿no vieron a Matías Rojas?

—¿Quién es? —preguntó el Negro Paraíso.

—Tocó anoche en el Copyc —aclaró Jacinto—. En una de esas pasó y yo estaba concentrado en el agua.

—Alguien pasó corriendo para allá —dijo Paraíso señalando en dirección del Copyc— pero no le di pelota. Es lo que le puedo decir —dijo antes de que el silencio volviera a formarse entre los tres.

—Gracias —atiné a contestar.

Seguí un par de cuadras y me di cuenta de que perdía el tiempo. Volví a casa. Preparé el mate. La presencia de mi padre, a través de sus cosas en ese encierro, parecía ocupar demasiado aire, copando el silencio y el espacio. Encendí un cigarrillo.

Abrí la caja. Las cosas tenían un orden que intenté adivinar. Encontré en un costado sobres, cartas, fotos. En otra parte de la caja, pequeñas botellitas y frascos formados como soldados sobre uno de los ángulos y algunos libros. Una gran foto, en cartón, del casamiento de mis Viejos, otra foto de mi Vieja sonriente en la época en que fue más linda. Una preciosa mujer de cabello corto, moreno, ojos negros con aire inocente tras el que se escondía otra mujer, una que tentaría a cualquier hombre. Algo que me cuesta pensar de mi madre como le cuesta a cualquier hijo. Me llamó la atención una foto del Viejo rodeado de empleados de La Aurora. Debió de ser en una cena de celebración o algo así. Tenía un traje azul, que era el que usaba en ocasiones

especiales, y hacía un medio círculo con esas personas con las que compartía, día tras día, su trabajo. Un universo ajeno. Miré hacia mi cuarto pensando en qué lugar ubicaría alguna de esas fotos. Los retazos de pasado que me hicieron estar en ese lugar, en Conchillas, a fines del milenio. Busqué en los sobres otras fotos. Encontré la que buscaba. Mis cuatro años, al lado de mi cama, con un gorrito de capitán hecho de cartón y los regalos uno al lado del otro, sobre la colcha. Los amigos que esperaban a que me tomaran esa foto para ir a jugar. No recuerdo sus nombres. Apenas consigo retener la imagen de esos regalos y ese día gracias a la foto. Mucho menos lo que sentía. Recordé lo que me había dicho Mónica: ¿qué forma toma algo que vive en un recuerdo? Es oscuro, con contornos apenas presentidos y el milagro consiste en recuperar algo parecido a lo que se sintió cuando ese breve instante, que merecería ser inolvidable, existió. La desazón sobreviene al perderlo en cada minuto que pasa, al transformarse en algo sin forma y sin sentimiento, en un momento ciego.

Había otro sobre con fotos más recientes. En una estábamos en Parque del Plata, en la casita que mis padres alquilaron un verano. En la foto, tomada por mi madre, mi Viejo lee el diario, yo estoy sentado en una sillita a su lado, con una pelota a mis pies. Debía tener diez u once años. Mi padre baja el diario, mira a la cámara y sonríe. Estoy serio. En otra estamos los tres en una cena de fin de año organizada por La Aurora. Mi Viejo no era afecto a esas ceremonias, pero a veces no podía eludirlas. Estamos sentados cerca de una larga mesa de trabajadores. La única que sonríe es mi madre.

La última foto que encontré fue la que miré con mayor detenimiento. Había sido tomada en el Registro Civil, segundos después de que nos casáramos en marzo de 1993. Lilián, sus padres, mis Viejos y yo. Suelo repetir que las fotos no saben cuáles fueron las circunstancias que pasaron después, aunque guarden en las expresiones, en las caras, algún augurio de lo que vendrá. Me concentré en el gesto de mi padre. Estaba al lado de Lilián en la foto y tenía una sonrisa de satisfacción, de meta lograda. Su hijo casado con la persona que le parecía indicada, con una familia que le había solucionado el futuro económico. Una mujer linda, profesional, y que gustaba de los libros tanto como él. También la cara de mis suegros era de serena felicidad. La persona que tenía la sonrisa más franca era mi madre. Me detuve unos segundos en ella. Me pregunté cuán desarrollado estaría el embrión de su senilidad en ese momento. Apenas tenía 68 años, pero un año después comenzaron sus confusiones, reiteraciones de historias, hasta que llegó la etapa en que perdió sus recuerdos.

Un mediodía de domingo fuimos a almorzar con Lilián a casa de mis padres. Al terminar, mi padre le dijo a Lilián que le quería mostrar la novela que leía. Acompañé a mi madre a la cocina y la ayudé a lavar los platos. En el almuerzo casi no había hablado, pero frente a la pileta me contó sus ganas de ir a España con mi Viejo. Su deseo de recorrer Galicia, lugar del que era su padre. Quería visitar Ourense, La Coruña y Santiago de Compostela. Fui a la mesa a recoger los últimos platos. Cuando volví ella repitió: “¿Sabés que tenemos ganas de ir a España con tu

padre? Ourense, La Coruña, Santiago de Compostela. De esa zona era mi papá". La miré para ver si me hacía una broma. Como noté que ella reiteraba el relato de sus planes, la interrumpí. "Me lo acabás de decir". La inteligencia de mi madre aún superaba su enfermedad. Ni siquiera se sobresaltó y contestó: "Ya lo sé, tonto, pero me pareció que estabas distraído cuando te lo conté".

Al poco tiempo llegaron sus cambios bruscos de carácter, las acusaciones de que le faltaban cosas, de que la empleada que hacía la limpieza del departamento se las ocultaba o robaba. Discusiones fuertes con mi Viejo cuando él quería hacerla entrar en razón. Hasta hubo amenazas de que se tiraría por el balcón porque él la iba a dejar. Reiterar una y otra vez su disgusto hacia él, hasta que una vez lo llamó por el nombre de su padre. Luego el silencio que fue creciendo, la ausencia. La duda que me surgió al mirar la foto de mi casamiento fue sobre qué parte de su oscuro futuro ya estaba oculto tras esa amplia sonrisa.

Me puse de pie y fui hasta la ventana. Miré la calle desierta para buscar algo de presente que balanceara los recuerdos que, en forma amarga e incompleta, aparecían. Volví a la caja con intención de cerrarla. En medio de las cosas encontré un tubo de metal. Lo abrí y me sorprendió ver un habano. Mi padre hacía años había dejado el cigarrillo. Me pregunté si el tabaco todavía sería fumable. El aroma era de buen perfume. En otra de las esquinas le presté atención a un libro bastante grande. Lo reconocí de inmediato al tenerlo entre mis manos: *El último suspiro del Moro*, de Salman Rushdie.

Una de las mejores victorias de mi Viejo, en su vida, fue conseguir que me convirtiera en lector. En lector distraído, inconexo, no organizado, pero lector al fin. Que descubriera, gracias a él, la magia que se oculta en algunas páginas y que espera sea encontrada por alguien a quien esas palabras le encajen justo en sus sentimientos, en sus temores, angustias o, incluso, alegrías. No fue fácil para él. Cuando yo andaba por los 12 años, intentó en forma infructuosa que yo abandonara mi pasión por Batman y sus amigos. Buffalo Bill, Bomba o Sandokán siempre perdían ante la Liga de Superhéroes, la que había sido inventada para ganar ese tipo de peleas. En ese tiempo las letras sin dibujos que tenían los libros me aburrían, pero sobre todo me desconcentraban. Las revistas de Editorial Novaro de Superman, Batman, Archie o Flash me duraban de cinco a diez minutos. "Más lento, hijo, no te voy a comprar una cada dos horas", decía mi madre. No era problema. Las repasaba una y otra vez hasta casi conocer las viñetas de memoria.

Dos o tres años después, papá tuvo la astucia, y puntería, de regalarme *La vuelta al mundo en 80 días* en una edición que incluía páginas de *comics* con dibujos que ilustraban la maravillosa historia de Verne. Lo mejor de ambos mundos. Las caricaturas atraían mi atención y resumían lo que había leído con cierto esfuerzo. Poco a poco las letras tuvieron cuerpo y razón propios. Los dibujos eran apenas un complemento. La estrategia de mi padre, nunca supe si premeditada, había dado resultado. De ahí en adelante yo también sucumbí a su vicio. El Viejo fue un lector aluvional. Se interesaba por un determinado autor y leía toda su obra e ignoraba a otros escritores

valiosos. Así le pasó con Jerzy Kosinski. Luego de leer *Desde el jardín*, le atacó un profundo amor, y la mayoría de sus libros, en español o en inglés, ocuparon su biblioteca luego de haberlos leído en tiempo récord. Un día, creo que luego de terminar *Cockpit*, comentó "ya está" y nunca más tocó un libro del polaco. Así fue siempre: furiosos amores que se marchaban tan rápido como habían llegado.

Algo parecido ocurrió con Rushdie, pero acaso ese amor tardío se fundó en la injusticia de la sentencia de muerte que persiguió al escritor durante muchos años, después de haber publicado los *Versos satánicos*. Mi Viejo siempre fue un justiciero. Ese libro se lo regalé en uno de sus últimos cumpleaños, cuando mi padre andaba enamorado de otros autores. Había descubierto a Richard Ford y parecía solo importarle las andanzas de un periodista deportivo de nombre Bascombe. No lo sabía y vi un aire de desencanto en sus ojos cuando recibió el regalo. Acaso por no desilusionarme lo vi varias veces con el libro y un marcador por mitad del recorrido. Cuando internó a mi madre con su enfermedad avanzada, a veces nos cruzábamos en las visitas. Mi vieja nos miraba con sus ojos en algún otro lado. Mi padre a su lado en una silla y con Rushdie sobre el regazo. Un día lo encontré así pero entredormido. Su marcador de libros, del que colgaban unas hebras de lana de un cartón que decía "*Schhhhh, estoy leyendo*" avanzaba en forma lenta por el libro y parecía enredarse entre las páginas.

Lo desperté. "Se ve que no es muy entretenido, perdón por el regalo". Él se sacó los lentes de leer que hacían equilibrio en la punta de su nariz y con la vista perdida en la ventana me contestó que le costaba concentrarse. "Estar acá, con tu madre, me lleva para cualquier lado. Se me escapa la historia, tengo que releer una y otra vez las páginas". Sentí que la historia siempre vuelve y que muchos años después a él le pasaba lo que me sucedía a mí antes de leer el libro de Julio Verne que me había regalado.

Le pregunté si era muy complicada la trama de Rushdie.

Sonrió.

—Aunque fuera *Caperucita roja*, me parece que soy yo.

—¿Sentís que te estás contagiando de mamá?

—No seas tarado —dijo con alguna molestia—. Tengo 75 años encima. Del deterioro nadie está libre.

Acaricié la tapa del libro como si fuera la cara del Viejo; lo abrí. En la primera hoja estaba la fecha del cumpleaños y su firma. Recorrí las páginas, leí algún pasaje, hasta que llegué a la página 388. Ahí estaba el marcador que decía "*Schhhh, estoy leyendo*". Faltaban unas cien páginas para terminar la historia de Rushdie. Me pregunté si, finalmente, mi padre se habría aburrido de *El último aliento del Moro* y lo habría dejado ahí. Lo imaginé buscando algún libro de Ford u otro autor con el que se hubiera apasionado. Surgió otra idea más turbia y dolorosa. Quizás hasta esa página, la 388, llegó la vida de mi padre. Cerré el libro y lo dejé en el mismo lugar de la caja donde lo había encontrado.

Presté atención a la colección de pequeñas botellas y frasquitos que estaban ordenados en formación militar. Mi padre nunca había sido un coleccionista de nada, así que todo lo alejaba del recuerdo de Chávez y sus vitrinas llenas de objetos pequeños, bellos e inútiles. Las primeras dos botellas eran de vino tinto Fallabrino. Las reconocí de inmediato. Tenían una etiqueta: “Club de Leones. Rosario. 1966”.

Mi Viejo era de un Club de Leones de Montevideo. También era masón. En esa fecha tuvo una invitación de los Leones de Rosario para un desfile. Fui con mis padres y mis apenas 8 años. Me hicieron desfilar con una galera de cartón espantosa y esas botellitas fueron una especie de recuerdo, de *souvenir* que trajo mi padre de aquella jornada que me supo insoportable. Años después, vi a mi Viejo con algunos elementos de la logia que integraba. Le pedí que me explicara más sobre la masonería. Tenía a mano el mandil que usan en algunas ceremonias. Se lo colocó para explicarme y yo me tenté de risa. Mi padre me miró, se sacó el mandil, lo guardó y nunca más volvió a hablar del tema. Tampoco volví a preguntar. El daño estaba hecho.

Detrás de las botellitas de vino, había una botellita de *cognac* Juanicó. Los otros frascos eran parte de una colección de diminutas muestras de la línea de perfumes Faberge que él había comprado años atrás. Los perfumes rancios parecían proteger su olor. Olí un par de ellos y sentí un cierto mareo. Los olores, junto con la música, son de las pocas máquinas del tiempo que funcionan. Mis dedos buscaron entre los frasquitos. Ahí estaba el perfume Musk de Faberge con su aroma acre. Escondido tras los años, persistía el olor a mi padre. Aspiré profundamente e intenté evitar el mareo.

Parecía que faltaba tan poco para que todo estuviera en su lugar…

5

Querido Roberto:

Si lees esta carta quiere decir que ya no estoy. Me pregunto si habré estado cerca de llegar al objetivo o si la quedé mucho antes. Siempre tuve como meta llegar al 2000, no perderme el cambio de siglo, ver si las cosas empiezan a ser diferentes. Tuve la suerte de asistir a hechos fantásticos en mi vida. Cuando alguien lea en los libros de Historia y se refieran a estos años, alguno se preguntará qué pensábamos los habitantes del mundo cuando algo extraordinario pasó, como la llegada del hombre a la Luna. Vos me vas a ganar porque también vas a estar en el cambio de milenio. Pero no hay que lamentarse. Hoy, con tu Vieja enferma, la vida se ha transformado en algo muy diferente. La rutina se fue a la mierda y la extraño. También echo de menos aquellos silencios que me parecían aburridos y que son tan diferentes a estos. La copa de licor antes de ir a dormir. El tema es que no llegué, una cagada. Me acuerdo en 1969 cuando el hombre alcanzó la Luna y vos dormías. Te fui a despertar, no te lo podías perder. Algún día les vas a decir a tus hijos que vos estabas ahí cuando se produjo eso. Que lo viste.

Nunca te lo dije, pero yo fui de los que pensaron que algo en el mundo iba a cambiar. Que iba a ser diferente. Ahora me doy cuenta de que lo único que importó fue haberlo visto juntos. Ojalá vos ya tengas hijos en el cambio de siglo. Van a ser chicos, pero esas anécdotas quedan, esas pequeñas escarapelas que nos metemos en nuestra historia solamente por haber estado. ¿Sabés que tenía guardado un enorme habano cubano para fumar la noche del 31 de diciembre? Cuando estuviéramos a punto de despedir el siglo (y el milenio, no seamos modestos), iba a servirme un coñac caro, comprado para la ocasión, y ante la sorpresa de todos iba a volver a fumar. Una revancha bastante pelotuda. Soy del 20, si llegaba al 2000 iba a estar a punto de cumplir 80 y los médicos se podían ir a cagar. Dejé de fumar hace diez años, pero me prometí que al llegar al 2000 arrancaba con ese habano que he soñado tantas noches que fumaba. Y en el bolsillo iba a tener la caja de cigarrillos. Pero parece que esa tontería no se va a dar.

Me pregunto cómo estarás. Si tenés hijos, si todo va bien con Lilián, si la enfermedad de tu madre no nos ha jodido del todo. Espero que si me pasó algo parecido no me hayas dado bola y que me hayan dejado ir rápido. Mi madre murió a los 50 y pocos años de un infarto. Siempre pensé que sería mi destino, pero al escribir esta carta estoy en los 70 y algunos. Un disparate.

Siempre me costó acercarme a vos. Admiro a la gente que lo puede hacer. Cuando te compré la guitarra pensé que te abría una puerta, que íbamos a encontrar alguna complicidad. Con tu madre, antes de su enfermedad, estábamos contentos de que tuvieras ese trabajo estable y que con tu mujer no tuvieran angustias de guita. Tengo el presentimiento de que vos esperabas otra

cosa, pero mejor ni nombrarla. Si no sentís la necesidad, ¿para qué joder? Ni siquiera te critico porque no me hayas dado nietos (¿o me diste?).

Quería comentarte esto, nada más. Esta noche tomate una por mí y otra por la Vieja. Te quiero mucho, aunque capaz que no te diste cuenta del todo. Que en el nuevo milenio seas lo que quieras ser y por el mayor tiempo posible. Un gran beso desde donde esté.

Papá

6

Repetir el Copyc cuando esa noche no había *show* era algo deprimente. Tenía un hambre voraz. La memorable tarde con Mónica quizás fuera la responsable. La felicidad, mansa y discreta, que siente el cuerpo luego de un encuentro como ese es difícil de explicar. Solo se siente. Miré el reloj, eran cerca de las seis de la tarde. "O'Bennit, hoy vas a cenar a la hora que comían tus ancestros", pensé. Salí de casa, caminé un par de cuadras y —para mi sorpresa— vi que había luz encendida en la arenera. La puerta estaba entreabierta. Dos niños salieron de la oficina corriendo. Quedé paralizado y busqué por la ventana la figura tranquilizadora de la señora Evans que pondría todo en su lugar, que devolviera la normalidad. Pero no estaba. Entré sin llamar. En la silla de mi escritorio se encontraba Enrique Andreoli. Enfrentado a él, y de espaldas a mí, reconocí la nuca de Jorge Chávez.

—¡No se puede tener una reunión privada en este pueblo! —gritó Enrique acompañando el grito con una risa.

Chávez giró la cabeza y también sonrió.

—Pensé que todavía estabas reunido con mi esposa.

—Solamente le llevé unos papeles. Ella estaba en otros temas, trabaja demasiado.

Antes que Enrique dijera nada, cerré mi frase.

—El asunto del reclamo de Conrado está casi arreglado, pero necesitaba llevarle la planilla de trabajo que Martino olvidó agregar a la contestación. Tenía que ir a Colonia así que no me costaba nada dejársela ahí. Pero la vi con mucho trabajo.

—Creo que son excusas para no acompañarme en la gira política. Mis hijos son más dóciles.

—Impresionante colección de botellitas —me sentí decir y me arrepentí antes de terminar la frase.

—¿Te gustaron? Hay gente que no entiende esa fascinación. No hay viaje del que no traiga unas cuantas. Cada una tiene una historia. Dónde la conseguí, quién me la regaló. Las de mi Viejo las tengo en otras vitrinas, pero desde que empecé no hay un día en que no pase un rato revisando las minis y recordando.

—Son muy lindas.

—Gracias, no sé si entendés la importancia que tienen para mí, pero al menos te gustaron.

Enrique me hizo una seña para que trajera una silla. Pensé decir que iba a cenar, pero dada la hora hubiera quedado ridículo. Acaso sospechoso.

—Dado que la discreción no es lo mejor de este lugar, sentate así te cuento de lo que hablábamos. Hace tiempo que le pregunté a Jorge si no tenía contactos que se interesaran en

invertir en la arenera.

—Le digo que tiene que pensar en vender o reciclarse. Este negocio no va a durar mucho. Hay otras posibilidades en esta zona que no van por el lado de arena y piedra. Enrique es terco.

—¿Por dónde van? —pregunté.

—Mirá, Roberto. ¿O'Bennit? —dijo sonriendo—. El futuro tiene su propia lógica para generar cambios. Esto no puede durar, eso es seguro. Hay que buscar otro giro.

—Y yo, otro trabajo.

Inventé una excusa. Que tenía que sacar a dar una vuelta al perro, aunque Enrique me la cuestionó:

—Ese negro anda todo el día solo de arriba para abajo.

Me despedí justo en el momento en que los gurises volvían a entrar. Antes de salir, Chávez dijo una frase que sonó a advertencia.

—Cuando yo sea diputado me voy a ocupar de esta zona, pero no puedo hacer milagros.

Sonrió mitigando el tono y concluyó.

—Me voy, mi mujer va a entrar a sospechar que dejé a los gurises en algún lado y me fui de joda.

Me hizo una guiñada y terminó la frase:

—Por eso la tranquiliza que ande con ellos. Sabe que las giras políticas son buen momento para alguna picardía.

Volví a casa. Morro parecía contento y dimos una vuelta cerca del agua. Llamé dos veces a Mónica. No atendió. Antes de volver di una vuelta por la zona hasta que me sentí ridículo. Tenía una lejana sensación de que quería encontrar algo. Algo que sacudiera la monotonía del sábado de tardecita. El peor momento, como cualquier hora, en la que no hay nada por hacer. Morro parecía entender.

Caminé unas cuadras. El carrito de Beba estaba abierto. Me acerqué y la vi lavando vasos, arreglando las cosas para cocinar como si esperara a un grupo de clientes. La espié de lejos, pero Morro ladró a un gato que pasó y ella se dio vuelta dando un pequeño salto. La había asustado.

—Tranquila, Beba. Soy yo y este perro barullento.

—Robertito, ¿cómo andás? ¿Querés algo?

—Vamos a hacerla bien: milanesa con papas y huevo frito.

—¿Vas a cenar tan temprano? Dale, querido, sentate ahí, en la mesita, que la preparo. ¿O querés que la lleve a tu casa?

—Me quedo acá.

—¿Una cerveza?

—Grande, por favor.

Estaba nublado y pensé que quizás tuviera que guarecerme bajo el techito que quedaba al lado

del carrito de Beba. Pero no llovió y el ruido de la milanesa y las papas en el aceite era lo único que se escuchaba. La botella de cerveza comenzó a vaciarse aunque intenté beberla de a poco mientras fumaba. El río se movía algo nervioso detrás de los médanos o lo que quedaba de ellos. Recordé a los visitantes de Dávila y cómo puteaban a los camiones. Un negocio que flaqueaba. Y me dio por pensar en cómo encontraría el nuevo milenio a Conchillas. Las mismas dudas que el Viejo dejó escritas comenzaban a acuciarme a mí. La charla entre Chávez y Andreoli no auguraba nada bueno. Ignorar la realidad no es buen consejo para enfrentar los problemas ni para ocupar el tiempo antes de la milanesa. Comencé a barajar opciones. Ninguna era alentadora. Pensar en volver a Montevideo a buscar trabajo, con más de 40 años, me deprimía.

Se me apareció mi lugar en la empresa Robles & Cía., de buen salario y aburrimiento, esperando tarde tras tarde que llegara la hora de irme. Lo mismo sentí cuando estuve en la oficina pública y terminaba mi poco trabajo en menos de la mitad del tiempo que tenía que ocupar en ese lugar. Me pregunté cómo habrá manejado mi Viejo sus horas en La Aurora. Si se aburriría o si esa concentración que tenía lo salvaba del tedio. Una sola vez visité ese lugar. Mi madre estaba enferma y no recuerdo la razón, pero yo no tenía clase en la escuela. Subí a nuestro auto y en el trayecto el Viejo me hizo varias advertencias. Que él tenía mucho trabajo, que por favor estuviera lo más callado que pudiera.

El edificio impresionaba. Más que una fábrica parecía un barrio. Mi padre, en forma rápida, me presentó a algunos compañeros y compañeras de trabajo que apenas recuerdo. Una de ellas me llevó a un lugar donde había hojas y lápices de colores para que dibujara. “Al mediodía vamos a comer juntos”, me dijo mi padre. Desde ese lugar lo veía a la distancia. Se movía ágil e iba de escritorio en escritorio si necesitaba algún dato o salía a otra dependencia por algo. Lo espiaba en silencio y me admiraba verlo concentrado en su escritorio, sin importar lo que pasara a su alrededor. En algún momento levantó la cabeza, miró en dirección a donde yo estaba y sonrió. Al mediodía fuimos al comedor a almorzar, pero no recuerdo sobre qué hablamos. A las seis de la tarde dijo “Vamos” y saludó al personal que aún estaba en las oficinas. Un tipo alto, de tez morena, me murmuró al oído: “Tu Viejo es un gran tipo”.

Acá, en la arenera, el trabajo es rutinario pero tranquilo. Hay más aire, más arena, más agua y más silencio que en cualquiera de mis anteriores empleos. Jacinto me contó una vez que en épocas del viejo almacén Evans, cuando tenían la sociedad con Walker para explotar la cantera de piedra y arena, el horario de trabajo comenzaba a las siete de la mañana, pero cortaba a las once y poco. La siesta estaba institucionalizada y los comercios volvían a abrir después de las tres de la tarde. Ahora era diferente, pero por el ritmo del trabajo, la arenera podría aplicar ese horario sin problema. Éramos más discretos. Cortábamos a la una y retomábamos cerca de las tres de la tarde. Adoptar el horario de los tiempos de Walker sería reconocer que nos sobraban horas para hacer lo que teníamos que hacer.

En ese mes de octubre, cuando conocí a Matías Rojas, apenas quedaban dos meses para

cambiar de siglo y yo quería que la vida me diera los menores dolores posibles. Que no me sorprendiera con más cambios.

La milanesa que Beba había dejado sobre la mesa junto a las papas y el huevo frito estaba espectacular, como siempre. La certeza de su gusto insuperable permanecía inmune a los vaivenes del tiempo.

—Che, Robertito, ¿cómo estuvo anoche?

—Bien, tocó el pibe de barba. Estuvo el que viene a tu puesto de mañana.

—¿El extranjero?

—Sí, ese

Me levanté, traje otra silla y la invité a Beba a que se sentara para hacerme compañía. Aceptó hasta que llegara algún otro cliente. La quise invitar con cerveza, pero se negó.

—Sabés que no tomo, Robertito. ¡Y estoy trabajando!

Sonreí.

—Pasan cosas raras acá, ¿no, Beba? Viene un gringo famoso, llega un pibe joven. Los dos son guitarristas. Jimmy Page en Conchillas.

—¿Page?

—El gringo que desayuna choripanes, Beba.

—Simpático, muy simpático, y eso que no habla ni palabra de español.

—Todo muy loco. Mi padre muerto me deja una carta para que la lea a fin de año, una carta que tenía mi madre que padecía demencia senil y que me la trae mi exesposa. Todo muy loco.

La camioneta de Andreoli frenó cerca de la mesa, al lado del carrito. Enrique bajó y miró mi milanesa. Iba solo. Lo invité a la mesa. Beba se retiró, discreta, al interior del carrito. Terminé la comida mientras escuchaba a Enrique hablar como a través de una sordina.

—¿Los papeles del juicio de Conrado? ¿Un sábado? Mirá que no nací ayer.

Enrique hizo una seña para que Beba trajera otra cerveza. Podía ver su sonrisa mientras yo comía la milanesa y dejaba el huevo frito para el final. Beba lo hacía bien jugoso para que fuera una fiesta donde mojar papas fritas y demorar el fin de la milanesa.

—Estás comiendo temprano, se ve que no almorzaste. Ocupaciones de la empresa, ¿no?

Sirvió dos vasos de cerveza y luego, al percibir poca receptividad respecto de sus comentarios, cambió de tema.

—¿No volviste a tocar la guitarra? Pensé que anoche ibas a cantar alguna.

—Ya no soy el mismo —argumenté.

Se me apareció la cara de Coto y su sonrisa condescendiente cuando me miraba intentando sacar una canción. “Así no, más despacio, te ponés nervioso y te quedan los dedos duros”. Me pasaba lo mismo en el fútbol. En los picados más o menos respondía, pero quise jugar en la Liga Universitaria y fui un desastre. Creo que todos eran horribles, pero yo me ponía nervioso cada vez que recibía la pelota —jugaba de lateral derecho— y lo único que quería era pasársela a

alguien. También ahí una vez me dijo un compañero: “Tranquilo, Roberto”. Es lo que se suele aconsejar a los troncos. Nos piden tranquilidad ante el temor de que hagamos un desastre. Pero es inútil.

—¿Lo viste al gringo?

—No. ¿Por qué?

—Antes de venir para acá, para hablar con Chávez, pasé por la Comisaría. Estaba Zunino. Parece que Madelón Hainez y su hija fueron a hacer una denuncia. Me dijo que iba a llamar a la doctora Arias.

—¿Denuncia?

—Ni idea, che. Algo habrá pasado.

Terminamos la segunda cerveza. Habló mucho. La arenera siempre aparecía en sus conversaciones. Entre sus palabras, yo pensaba en Mónica, en el Juzgado un sábado de noche, luego de la tarde que habíamos tenido.

Enrique se despidió. Caminé hasta mi casa junto a Morro. Se terminaba el sábado y yo quería volver a la tarde de ese día. Sobre todo, al después. Mandé un Clave Uno a Mónica. La llamé. No me contestó. Me serví un *whisky*. Fui hasta mis discos. La búsqueda fue rápida. Encontré el Led Zeppelin III. Encendí un cigarrillo. Puse el lado B. La segunda canción: “Tangerine”. El *whisky* se fue rápido. Tomé el celular. Llamé. Del otro lado, con voz sorprendida, Lilián contestó.

—¿Podés hablar?

—Roberto, ¿qué pasó?

—Nada. ¿Podés hablar?

—Julio está dormido. Me pidió que lo despertara para ir a cenar, pero ya no insisto más. Demasiado tenis.

—Y sexo.

—Puede ser… Esperá que voy hasta el baño. ¿Qué pasa?

—¿De qué trataba la novela?

—¿Para eso me llamaste?

—Sí, decímelo.

—¡Qué sé yo!

—No mientas.

El silencio duró segundos que tenían consistencia de minutos. Noté que ella también fumaba. “Volvió”, pensé. Sentí un malvado aire de victoria ante su renuncia de no mantener la abstinencia de cigarrillos. Por fin, habló.

—Una mujer de 40 años. Se llamaba Amalia. Casada, matrimonio gris. Quiere separarse, pero no sabe cómo. Cuando vive entre esas dudas, un día va a su médico y le diagnostican cáncer de mama. Posible metástasis. La novela quería relatar ese día en que la noticia terrible posponía sus dudas. O las acrecentaba. Había un amante en el medio. Que parecía muy enamorado hasta que

se entera de la enfermedad y desaparece. El marido nada sabe. Ella no se lo dice. Por ahí iba la trama.

—¿Entonces?

—Entonces la perdí.

—¿Qué iba a pasar?

—No lo sé. Ojalá se salvara.

Otro silencio mientras yo terminaba el *whisky* de un trago.

—Lilián, sufrimos mucho aquel diagnóstico equivocado de tu médico.

—No fue equivocado, eran células dudosas; por suerte nada pasó.

—Claro.

—Estás siendo obvio, no tiene nada que ver aquello con la novela perdida.

»Creo que Julio se levantó. Chau.

—Esperá. ¿Cuál es el nombre del amante? Me gustaría saberlo.

—Se te va la mano con las pavadas.

7

Morro comió con ansiedad y luego mantuvo su mirada fija para que entendiera que quería salir a dar una vuelta conmigo. Miré el reloj. Ni siquiera eran las nueve de la noche. Caminamos en dirección opuesta a lo de Beba. Tenía un leve mareo, mezcla de la cerveza con el *whisky*. Sentí un trueno y pensé que el festejo del día siguiente se podría frustrar. Los 112 años de Conchillas bajo agua. Caminamos varias cuadras y como un mal augurio que comienza a derrumbarse vi las primeras estrellas que ganaban espacio entre las nubes. “Quizás no todo esté perdido”, pensé. La camioneta de las Hainez pasó a mi lado. Iban deprisa, como siempre, pero llegué a ver que Dalila conducía, a su lado Page y detrás Madelón. Casi enseguida, vi pasar otro auto en el que iban dos mujeres y creí reconocer las que en la noche anterior se habían acercado al guitarrista y a su novia. La negra alta y la otra más baja. Ambas hermosas. Parecían no querer perder pisada a la camioneta de las Hainez. Tuve un presentimiento. Apuré al perro y volví a casa. Me subí a la camioneta y fui al pueblo. Las luces del Juzgado estaban encendidas. Debajo del paraíso, Antúnez fumaba.

—¿Qué pasa? ¿Horas extras?

—Deje, don Roberto, terrible lío.

El escritorio de Mónica estaba con la puerta entornada. Se escuchaban voces. La luz salía por esa hendija que quedaba entre la puerta y el marco. La sala tenía apenas una luz portátil encendida. Lo miré al Negro Paraíso, pensé en preguntarle si podía pasar. La puerta del despacho se abrió. El comisario Zunino me vio y me saludó con la mano. Era el salvoconducto que necesitaba. Por encima de su hombro vi a Mónica sentada tras su escritorio.

—¿Qué anda haciendo por acá, Benítez?

—Pasé, vi luz y entré —dije queriendo hacer una broma.

—Pase nomás. En este pueblo parece que cualquiera puede hablar con la jueza a cualquier hora. La gente se aburre y viene al Juzgado como si esto fuera una atracción, un teatro o algo así —dijo Mónica.

—¡No le erra, doctora! —rio Zunino—. Lindo drama vivimos recién.

—Más bien una comedia. Voy a anotar un par de cosas, guardar el acta y la carpeta, así Antúnez se puede ir a su casa.

—Y usted, doctora. Me imagino que su esposo la debe estar esperando con la cena lista. ¿O estará ordenando sus botellitas?

—Imagine menos y actúe más, Zunino. Este lío lo pudo haber solucionado usted.

—Pero ¡no va a comparar! Cuando llega la jueza llegó la autoridad. Se calmaron los ánimos

enseguida. Las mujeres se entienden mejor entre sí. ¿Vio que el gringo ni habló? La cola entre las patas tenía. Un gil. Las esposas siempre se enteran, ¿no es cierto, Benítez?

—No entiendo de qué habla —dije.

—Ay, Benítez, qué lento que está hoy. Anoche, cuando nos encontramos donde usted ya sabe, lo vi más rápido. Claro, ese ambiente es otra cosa. Usted no tiene problemas en ir ahí, porque no tiene compromisos. Nadie le va a hacer líos.

—Pero usted tiene —dijo, desafiante, Mónica.

—Ya no peleamos por esas cosas con mi mujer. Usted es discreta como toda buena magistrada.

La risa de Zunino fue como el punto final de su frase. La miré a Mónica y adiviné el contenido de su silencio. Terminó de escribir algo en la computadora, imprimió lo que había escrito, guardó el archivo y la apagó. Colocó esas hojas de la impresión junto a otras que estaban sobre el escritorio en una carpeta y llamó al Negro Paraíso, que llegó a paso ligero y escuchó cómo la jueza le ordenaba: “Que no se pierda nada. Si quieren armar lío de nuevo las llevo directo a Carmelo para que las procesen. Estos problemas se arreglan de otra manera”.

Se acomodó su traje —impecable—, tomó su cartera y caminó hacia la puerta.

—Señores, la función “*e finita*”. Buenas noches, me espera mi marido.

—¿No me van a contar qué pasó?

—Lo siento, Benítez. Usted llegó tarde a la obra, no es mi problema. Zunino, será mejor que sea discreto. Recuerde que con su mujer me cruzo todos los días.

Antes de retirarse, Mónica caminó hasta el baño del Juzgado. Encendió la luz y entró. Los miré a Zunino y al Negro Paraíso, que tenía la carpeta con los papeles en sus manos. Bajé la voz y le pregunté al comisario qué había pasado.

—Líos de polleras, Benítez. No te puedo decir más —dijo con una sonrisa.

—Zunino, no solamente la jueza puede hablar con tu mujer. Yo fui testigo presencial de la fiestacha que armaste anoche en el boliche. Es fácil hacer llegar el rumor.

—¡Buchón! —dijo con la sonrisa todavía en su rostro—. Te lo digo rápido: se armó quilombo en lo de Hainez entre Dalila y la morocha esa, preciosa mujer, brasileña.

—¿Brasileña?

—Ah, sabés menos de lo que pensaba. Esa brasileña es la esposa del gringo.

—¿Cómo la esposa? ¿Y la otra negra que estaba con ella?

—Un camión esa negra. Es la abogada… que no me acuerdo de cómo se llama. Fuerte como…

Desde el escritorio, el Negro Paraíso tenía la carpeta abierta y miraba el acta.

—La esposa se llama Marcia Souza Lima, la abogada…

El vidrio de la parte superior de la puerta del baño avisó que la luz se apagaba y que Mónica saldría. En un susurro Zunino me dijo:

—No sabés el lío que se armó en lo de Madelón. El gringo se encerró en un cuarto. Todos gritaban, hubo amenazas. Hasta dicen que apareció un cuchillo.

—En ese momento llegó Zunino con un par de hombres, solucionó la situación y no tuvo mejor idea que llamarme —concluyó Mónica—. Deje de murmurar, comisario. Sería incapaz de contarle algo a su mujer. Ni sus idas al cabaré ni de cuando viene al Juzgado con alguna copa encima.

—Doctora, ¿qué está diciendo?

—Que estoy cansada y me esperan a cenar. Buenas noches.

La vi subir a su camioneta como si fuera otra persona. Diferente a esa mujer a la que en su cama le contaba los lunares de la espalda esa misma tarde. Se movía con el porte de siempre, con esa habilidad para apenas mover el culo sin ser agresiva, dejando a cualquier hombre con deseo. O al menos a mí. Llevaba la cabeza gacha, miraba el piso. Parecía que parte del día se le había perdido.

—Doctora, me olvidé de decirle algo sobre la audiencia que tenemos —grité.

Zunino quedó conversando con Antúnez. Mónica me esperó con la puerta de su vehículo abierta.

—Media hora, media hora. Hablo y nos aprontan la habitación enseguida.

—Me esperan.

—Media hora, Mónica, en serio. Tengo que hablar con vos.

—No te preocupes, El Dado Azul cierra tarde los sábados.

8

Madelón Hainez fumaba en el jardín de su casa. Sentada, o apoyada, en uno de los mojones amarillos que circundaban ese lugar donde algo debía haber pasado la noche anterior. Ella fumaba y me vio pasar. La saludé con un movimiento de cabeza. Hizo lo mismo. Me acerqué y le pedí fuego, aunque yo tuviera el encendedor en el bolsillo del jean.

—Parece que no va a llover más, ¿no?

—No lo sé —contestó.

—La ruta ya está seca. Hay luna y estrellas. Creo que mañana el festejo del cumpleaños de Conchillas se va a poder hacer al aire libre.

—Si vos decís. Yo no lo tengo tan claro.

—¿Van a ir?

—No lo sé. Buenas noches.

Giró y se dirigió hacia la puerta.

—¿Está el músico?

—Buenas noches —repitió sin mirarme.

La luna parecía iluminar más que otras veces. Acaso en comparación con la tormenta que nos había pegado la noche anterior. Me acerqué a la playa, un lugar donde no hubiera luces de la calle que molestaran. Las estrellas daban su espectáculo. Miré el agua quieta, sucia y marrón. No había ningún sonido de olas y el viento era muy leve. Era un buen lugar para reflexionar y hacer un esfuerzo por entender qué pasaba en mi vida en ese momento. Pero esos pensamientos no surgen si uno los fuerza. A los pocos segundos me descubrí aburrido, con la mirada fija en el agua y sin ninguna idea demasiado coherente. Iba a encender otro cigarrillo cuando decidí abandonar mi reflexiva soledad sin reflexiones.

Volví a la calle y vi el carrito de Beba. No había clientes y ella se encargaba, como una aceitada maquinita, de poner cosas en su lugar. Lavar, secar. Dejar todo listo por si alguien se decidía a comer. La saludé con la mano y ella me devolvió el saludo. A poca distancia estaba el boliche del Gallego y tuve un presentimiento. Aceleré el paso y detrás del vidrio vi tres mesas ocupadas. En la más lejana a la puerta estaban las dos mujeres que le embarullaron la noche a Page. La negra de alta estatura era la que tenía la palabra. La otra mujer, más joven y menuda, asentía. En una tercera silla, de espaldas a la puerta, reconocí a Matías Rojas. Me paré a su lado. Noté un cierto desgano en su mirada.

—Se termina de armar el rompecabezas, ¿no?

Matías se puso de pie. Acercó una silla y me invitó a sumarme a la reunión. Me presentó a las

dos mujeres. Marcia Souza Lima era muy hermosa. Pelo lacio, negro y corto, ojos oscuros y una piel del color justo para identificarla como brasileña. Las cejas tupidas le daban un aire salvaje, completado por su mirada. Alcira Netto se llamaba la abogada alta, de tez negra y belleza desafiante. Noté algo de incomodidad por mi llegada.

Matías preguntó qué iba a tomar y pensé que no valía la pena estirar el momento.

—Así que esta era la razón por la que viniste a Conchillas con tu guitarra.

La abogada habló en un español casi perfecto.

—Me parece que habla sin saber.

—¿En serio? La aparición de ustedes la otra noche fue muy dramática. Tanto como la cara de espanto de Page. Lo que me cuesta entender es la razón por la que los cuatro eligieron este lugar como escenario de un drama. Hubiera sido más fácil ir a la casa de las Hainez para encontrarse con él y no en el Copyc, mientras Matías tocaba. Hay alguna parte de la trama que se me pierde.

La esposa del músico mantenía su gesto duro. Miró a Matías como exigiéndole que hiciera algo. La abogada dudaba entre tomar la palabra o también dejar al joven que se encargara de contestar. Matías permanecía callado. Finalmente, la doctora Netto fue la que me contestó.

—Este es un asunto privado que vamos a resolver de la misma manera.

—No fue tan privado el lío que se armó, ¿no? Estuve con el comisario Zunino. Este pueblo es más discreto con sus líos de polleras.

—No fue mi culpa —dijo la esposa, con tono molesto.

—¿Dalila fue la que sacó un cuchillo?

—¿Cuchillo? No sé de qué habla.

La voz de Marcia me impresionó. El acento portugués era más fuerte que en el caso de la doctora Netto, en la que era difícil adivinar su origen brasileño.

—Se va a solucionar. Somos gente civilizada —volvió a intervenir la abogada.

—No me preocupa, no me incumbe. Lo que me molesta es que este muchacho llegara a mi oficina ayer de mañana y no me dijera la verdad.

—No mentí —se defendió Matías.

—Tampoco dijiste la verdad. No es lo mismo, pero es parecido.

Se abrió la puerta de lo del Gallego. Con una campera de cuero negro, unos jeans impecables sin la barba gris y con el pelo más corto, apareció Page. Noté que el cabello, además de haber sido cortado, tenía un color distinto. Más oscuro. El pelo corto y el nuevo color de pelo hacían que las arrugas se acentuaran. Como un pequeño desafine en el conjunto, en sus artilugios para permanecer joven. Su cara parecía más gorda y estaba recién afeitado. Caminó hacia la mesa. Comencé a sentir que no sabía qué estaba haciendo ahí. Page me sonrió. Ni Marcia ni la abogada se pusieron de pie. Matías lo miraba con una admiración que no podía reprimir. El guitarrista se acercó a su esposa. Se inclinó y le habló algo al oído. Cuando la abogada intentó intervenir, Marcia le hizo una seña. Luego se levantó y habló con su marido a unos pasos de la mesa. Se

acercó a nosotros y dijo que iba a salir por un rato. La doctora Netto quiso articular una frase de protesta, pero antes de hacerlo ya Marcia y Jimmy salían por la puerta del parador sin mirar hacia atrás. La abogada se puso de pie. Su altura impresionaba.

—No es buena cosa cuando el cliente toma la iniciativa sin escuchar a su abogada —dije.

Presentí un insulto, pero sonrió.

—El cliente siempre tiene la razón si paga buenos honorarios. Cuando vuelva Marcia digan que me fui para el hotel.

—¿Hotel en Conchillas?

—No le voy a decir dónde nos alojamos. Ella sabe.

Salió a paso rápido. Se subió a un auto y desapareció por el camino de tierra. Le hice una seña al Gallego y le pedí dos *whiskies*. No era demasiado tarde para que Matías me contara la verdad. Esa que me había ocultado, aunque no hubiera mentido.

9

Veinte minutos después, cuando Matías intentaba redondear su relato, vi por la ventana a Marcia y Jimmy. Caminaban a paso lento. A unos metros de nosotros, se detuvieron. Al mismo tiempo percibí que un auto se acercaba, por el ruido de sus ruedas derrapando en la gravilla. Estacionó cerca de la pareja, pero parecían no verlo, ignorarlo. Hice un esfuerzo por entender lo que hablaban, como se intenta entender una película muda. Fueron breves segundos, pero sentí que algo fuerte había entre ellos. Se dieron un prolongado abrazo y luego la mujer subió al auto. Lo conducía la doctora Netto, que nos miró al pasar con cierto desprecio. Page bajó la cabeza y comenzó a caminar rumbo a la casa de las Hainez. Llevaba las manos metidas en la campera de cuero y los clásicos lentes negros que no recordaba haber visto cuando llegó a lo del Gallego.

—Este tipo no está bien —comenté.

—Se le cayó el futuro. Una persona sin un proyecto al que aferrarse solamente tiene presente. Algo gris, momentáneo. Este año fueron los últimos conciertos con Plant. El cantante le avisó que no hiciera planes de reunión de la banda.

—No hay músico que no quiera tocar con Page, formará otro grupo, se las arreglará.

—El tema es con quién quiere tocar él.

—Soñará con volver al pasado.

—Los días en que estaban por encima de todo. Esos días, con el tiempo, viajan más alto.

—Demasiado filósofo para ser tan joven.

—Soy un viejo disfrazado.

Sentí que sus palabras eran para mí. Faltaban un par de meses para que el siglo cambiara y yo no sabía ni siquiera qué iba a ser de mis días. La diferencia era que nunca alcancé la gloria. No había nada que extrañar, salvo a los Viejos. Recordé el orden de mi padre para planificar el futuro. Su cabeza era un pequeño ordenador de entradas y salidas económicas. Mi madre era una buena administradora de la casa, pero si se le vencía una cuenta uno notaba el mal humor del Viejo. Era raro que mi padre levantara la voz, pero sus silencios solían ser más dolorosos. Al menos para mi madre. En nuestra íntima reunión para esperar el nuevo año, mi padre hablaba más de lo usual y relataba los proyectos que tenía para esos trescientos sesenta y cinco días. Mi Vieja intervenía y casi siempre hablaba de un posible viaje, que nunca concretaron. Creo que esperaban que yo me metiera en esa lógica, contando qué pensaba hacer de mi vida. Nunca lo hice, e imagino que les dolió.

Una vez más, no tenía proyectos y ni siquiera sabía qué quería. Con algo de autodefensa me negaba a hacer balances, el miedo me lo impedía. Las pérdidas es preferible taparlas con el

olvido. Encendí un cigarrillo y entendí que esa charla era el corolario del entendimiento que había alcanzado con Matías. Una cierta empatía por entender lo que había hecho, la forma de descubrir sus propios proyectos y deseos. Algo que no es fácil.

—No fuiste el único que anduviste tocando en el exterior —me dijo cuando unos minutos antes yo le exigí que me contara la verdad. Algo que ahora sabía no era demasiado importante.

Antes de entrar en el nudo de la historia, volvió a hablar de su padre.

—Fuiste inteligente en no tener hijos. Hay que ser demasiado cuidadoso, cada cosa mínima que se hace puede dejar una marca, una huella que después resulta difícil eludir, no sé si me explico. Mi viejo era fanático de Zeppelin. Si recuerdo mi casa en la niñez, no la imagino con otro sonido. ¿Vos sos lector?

—Sí. No soy fanático como Jacinto, pero…

—¿Tu Viejo leía?

—Mucho.

—Me molestan todos los viejos de mierda que dicen que ahora los jóvenes no leemos. Hay que preguntarles si ellos leen o tienen libros en su casa. Las huellas también pueden ser por ausencia, por no existir esas cosas que te marcan cuando sos maleable, donde lo que hacen tus viejos te va delineando. Eso es una responsabilidad que no sé si quiero tener. Soy guitarrista por Page. Por escuchar tanto esos álbumes gracias a mi Viejo. Escribí a Inglaterra para entrar en su club de *fans*, busqué todas las noticias sobre él porque cada vez que tocaba sus canciones había algo de mi padre que quedaba en el aire.

—Es lindo lo que decís.

—Inevitable, en todo caso. Me enteré de que su segunda esposa era brasileña, que iba a venir un tiempo a descansar a Río de Janeiro con ella. Junté toda la plata que pude (creo que lo único que no vendí fue la Ovation) y recorrí Brasil a dedo hasta llegar a Río. La guitarra me salvó para juntar plata y para hacer amigos. Pasé por Hermenegildo, Casino, Torres, Florianópolis. Cualquier playa servía para que hubiera gente y tirar la gorra. Me llevó un mes llegar a Río.

—Ahí conociste a Page…

—Nunca contestó mis cartas, que envié al supuesto club de *fans*, que más que nada era una chantada para juntar datos de los tarados que escribimos. Un conocido brasileño —y digo conocido porque es difícil ser amigo de los brasileños— me dijo que tenía contactos con una amiga de Marcia. Obtuve la dirección donde se alojaba en Río. Le escribí una carta que dejé en portería.

—Habrá pensado que eras un loco que estaba detrás de su marido y que eras peligroso.

—Es una de mis virtudes: genero confianza. Aunque en realidad decirle que era uruguayo ayudó.

El Gallego nos trajo dos *whiskies* más.

—Van por la casa —dijo.

Encendí otro cigarrillo. Matías me pidió uno.

—¿Fumás?

—A veces. Medio al pedo, ¿no?

—¿Ser uruguayo ayuda para algo?

—Si tu marido se fue con una mujer para Uruguay, sí.

—¿Te contrató para encontrarlo?

—Lo hubiera hecho gratis pero ahí también tuve suerte. Alguien conocía a Dalila Hainez.

—¿Cómo lo conoció a Page?

—Esos detalles, tan oscuros como sabrosos, me los reservo.

—La mujer, entonces, te contrató.

—Era la oportunidad de conocer al guitarrista que le cambió la vida a mi Viejo.

—¿Tu padre vive?

—No, si viviera estaría acá conmigo. Pero no creas que se suicidó por el fracaso o algo así. Cáncer. No tuvo una buena vida. A veces pienso que la gente se muere cuando quiere, aunque no lo sepa.

Terminamos el segundo *whisky* casi en el momento en que vimos a Page y Marcia volver de su caminata y a la abogada llegar con su auto para llevar a su clienta para algún hotel. Me dio por pensar si no se estarían quedando en Oasis y si acaso esas dos mujeres no eran también amantes. La velocidad que tengo para imaginar ese tipo de cosas me asombra. El sexo es un motor de historias. Page caminaba, de manos en los bolsillos, y a los pocos segundos lo vimos desaparecer en dirección a la casa de las Hainez. Pensé en pedir un tercer *whisky*, una puerta para que Matías contara más detalles de su historia.

—Vení, vamos —me oí decirle.

Había rocío esa noche a eso de las once. La calle estaba iluminada y veíamos, a una media cuadra de distancia, la campera negra del músico. Matías enlenteció el paso. Pensé en el remordimiento que le podría causar lo que había hecho. Me pidió otro cigarrillo. Dejó el estuche de la Ovation a su lado y pegó una larga pitada. Comenzó a caminar hacia la playa. Había viento y el ruido del agua hacía pensar que era algo más que el apacible río que circunda Conchillas. “No es un mal lugar”, sentí que murmuraba. “Depende de para qué”, me oí contestar. “Los lugares pueden ser lindos pero el problema suele ser la gente”, concluí. “¿Vamos?”.

Esos segundos mirando la oscuridad del río hicieron que perdiéramos la espalda de Page. Llegamos a la casa. En la puerta ya no estaba Madelón. Las luces de la sala estaban encendidas. Matías me miró con ojos de pregunta sobre lo que estábamos haciendo ahí. Aplaudí para anunciarnos. Un perro ladró y se abrió la puerta. Dalila nos miró y en ese segundo supe que no sabía bien qué iba a decir. Matías habló:

—¿Podemos pasar?

La mujer entró en la casa y dejó la puerta entreabierta. La luz se colaba desde la sala e

iluminaba parte del jardín. El color amarillo de la casa parecía que no fuera casualidad en ese momento. El perro se nos acercó, olfateó amigable y luego volvió hacia la puerta de la casa. Sentí la voz de Dalila:

—¿Van a pasar?

La casa estaba amueblada como si fuera el casco de una estancia. Algo que no era raro en la zona. Un sillón de tres cuerpos con respaldo de madera, cubierto por un cuero de vaca. Otro cuero servía de alfombra y había un par de sillones color marrón. Uno era más bajo que el otro y en lo único que acertaban a parecerse era en el tapizado. La araña sobre esa sala era una rueda de carreta de madera y las luces iban colocadas en portalámparas que asimilaban viejos faroles. También la mesa del comedor, que estaba en el otro extremo de la sala, era de madera y de gran tamaño. El lugar apenas se iluminaba con una lámpara de pie dorada. Observé el pasillo donde estaban las habitaciones y un pequeño baño social. Al otro extremo, una puerta conectaba con la cocina y con el patio trasero. Era una casa confortable, que los dueños quisieron transformar en lujosa. Pero el origen normal, hasta ordinario, era difícil de disimular.

Nadie estaba en la sala.

Dalila me habló en voz baja.

—Así que vas a la reunión en la mañana.

—¿Al festejo por el cumpleaños del pueblo? Es a mediodía.

—¿No te llamó tu jefe?

Miré mi celular. Estaba apagado. La batería ya tenía su tiempo y no aguantaba un día de carga.

—No te acuestes tarde.

—¿Qué reunión?

—Andreoli te lo va a explicar. Es en la casa de Chávez, el futuro diputado por Colonia. Creo que lo conocés, ¿no? El esposo de la jueza.

En el marco de la puerta que conducía a los dormitorios, apareció Page. Sonrió al ver la guitarra que colgaba de la mano derecha de Matías. Se corrió de la puerta e hizo un gesto con su brazo derecho, invitándonos a pasar.

10

Soy bueno para reconocer personas pese al paso de los años. Hay una frontera no dicha, pero aceptada, en los cambios irremediables de las facciones cuando pasa el tiempo. La expresión de cada rostro se transforma, en forma imperceptible, día tras día. La suma de cambios se acumula hasta que un día somos otros. Va más allá de las marcas físicas que deja el paso del tiempo. Es cada día que vivimos el que se acumula en nuestra cara y nuestro cuerpo, transformándonos. El timbre de voz, que suele apagarse en carraspeos y tonos más graves, tampoco ayuda para mantener vivo al que fuimos. Pese a esos cambios, tengo una cierta habilidad para descubrir a las personas que he dejado de ver por mucho tiempo. Todos nos escondemos en una apariencia que parece disfrazar las caras. Pero a veces alcanza una mínima sensación en el fondo de la mirada, una sonrisa que remeda lo que éramos, para reconocer a esa persona.

Un tiempo atrás, una de las veces que tuve que ir a Montevideo, aproveché para ir al cine. Al finalizar la función, me llamó la atención un hombre calvo. Estaba de pie, en el pasillo al lado de las butacas, a la espera de que los títulos finalizaran. Pensé que quizás hubiera una última escena escondida tras los créditos de la película. Tenía razón. Había una última broma que me hubiera perdido si no fuera por ese calvo. Cuando escuché su risa lo volví a mirar. Había algo en ese hombre, aunque perdido en su rendición ante los años, que me hizo recuperar a Abel, nuestro viejo baterista. Me paré delante de él y vi que me reconoció enseguida. Estaba acompañado por un amigo que nos miraba un poco desconcertado. En los pasos que nos llevó llegar a la calle repasamos algunas historias, falsas o no, graciosas o no, de Homogéneo. Ya en la vereda, mientras el amigo disimulaba su aburrimiento en silencio, hablamos, en forma obligatoria de Coto y su muerte prematura. No había sabido nada ni de José Luis ni de Leandro. También habló de su madre, a la que siempre recordé por las milanesas y sándwiches que nos hacía, y mencionó a su hermana menor, Beatriz. “Lo de Coto le pegó fuerte. Hace un año se casó y se fue a vivir a Estados Unidos. Cuando hable con ella, le voy a comentar que nos encontramos. Te tenía aprecio”.

Prometimos volver a vernos. Nunca lo hicimos.

Con gente famosa, como Page, es diferente. Uno es testigo, voluntario o no, de los cambios que los años le han endilgado. Era raro pensar al guitarrista de Zeppelin metido en Conchillas, esa noche en la que amablemente nos invitó, a Matías y a mí, a que entráramos a uno de los dormitorios de la casa de las Hainez, mientras Dalila no hablaba ni una palabra. Ese hombre que intentaba esconder los años con el color caoba de su pelo y su vestimenta juvenil.

La habitación donde estaba olía a incienso. Un olor dulce que al rato se volvía empalagoso.

Cuando entramos al cuarto, intercambió unas palabras con Matías y yo maldije mi pobre inglés. Vi cómo el joven abría el estuche de su guitarra y Page tomaba la Ovation. Me senté sobre una de las camas con un cierto temor de que me expulsaran del lugar. De ser un intruso, un vil colado a una ceremonia en la que no tenía nada que hacer, ningún papel asignado. Sentí el rasguido de las cuerdas, algunas breves escalas tocadas por el músico, mientras Matías miraba hipnotizado la escena y descubría un nuevo sonido en su guitarra. Dalila estaba en la puerta y me hizo una seña. Maldije por segunda vez. Salí del dormitorio. Matías estaba sentado sobre una cama mientras Page, sentado en la otra, le mostraba algunos discretos piques de guitarra. Parecía que a las cuerdas les costara meterse en el silencio y cambiarlo a melodía. Las canciones son tan solo cosas interesantes que se pueden hacer con el aire, dijo una vez Tom Waits.

—Hablé con Enrique. Me confirmó que mañana a las diez tenés que estar en la reunión en la casa de Chávez. Es importante.

—No entiendo.

—A veces hay que hacer cosas sin entenderlas.

Me convidó con un cigarrillo. Acepté. Caminé hasta la sala para encenderlo. Ella cerró la puerta del cuarto donde quedaron los dos guitarristas. Fumamos cerca del patio.

—Mi madre duerme. Tomó su pastilla y no creo que la despierte ni un desfile militar. Espero que traten de no tocar demasiado fuerte. Buenas noches. Suerte mañana.

Habíamos terminado los cigarrillos. En lugar de ir al cuarto donde la música había desaparecido, seguí a Dalila e intenté hablar sobre mi confusión. No debo haber sido claro. Se detuvo, giró y creí descubrir en sus ojos algo de pena. La penumbra apenas dibujaba su silueta y en esa semioscuridad resaltaba su cara. Esa poca luz la hacía más hermosa. Tuve ganas de besarla, pero eso solamente funcionaría en una película barata, nunca en esa noche en que no entendía lo que pasaba y de la que el guion era lo bastante entreverado como para que esa simpleza se colara. Ella abrió la puerta de su dormitorio. Al costado de la cama, apoyada contra una pared, vi una guitarra eléctrica. Reconocí la que Page tocaba el día anterior, en el alero de la casa, cuando yo lo espié sin que me viera. El pequeño amplificador estaba a su lado.

—Sabía que estaba en Río de Janeiro y también sabía que había una Danelectro, a precio inverosímil, en una tienda de la calle Talcahuano en Buenos Aires. La compré y fui a Río. No fue difícil dar con él.

—La conquista debió ser por otros motivos.

—Él quería venir conmigo. La guitarra, y su pasión, fueron la excusa. Te pido que se la lleves. Así no me despierta cuando la venga a buscar.

Tomé la guitarra con una mano y el pequeño amplificador con la otra. Cuando iba a salir del dormitorio Dalila me tomó del brazo.

—Suerte mañana —repitió.

—Ojalá —dije.

Miré la guitarra que tenía en mis manos que acaso fuera la llave de toda esa historia, o una parte sin importancia. Recordaba varias fotos de la revista *Pelo* donde Page tocaba una Danelectro de color oscuro, con los micrófonos que parecían barritas que querían escapar del cuerpo de la guitarra. Esta otra guitarra tenía una lámina para proteger del raspado de la púa, de color blanco, y el resto estaba pintado de gris. La parte trasera del instrumento era lo que se encontraba en peor estado. Tenía varias rayas y en uno de los bordes la pintura había caído, dando lugar a la visión de la madera en estado natural.

Había quedado solo en la sala y me senté en el apoyabrazos de uno de los sillones. Sin enchufarla intenté ensayar algunos acordes y la emoción me vino desde los dedos. Las risas se escapaban del dormitorio donde estaban los dos guitarristas. Caminé hacia el cuarto y abrí la puerta. El incienso se había apagado. Otro humo lo había sustituido. Matías tenía su Ovation, pero sobre la falda de Page vi una guitarra rara de doce cuerdas. Parecía una mandolina enorme. Entre las clavijas se leía una gran letra G. Al ver que tenía la Danelectro y el amplificador en mis manos, Jimmy volvió a reír. Le pasó el cigarrillo a Matías, que dio una larga pitada. El olor me pegó mientras el joven me ofrecía compartir lo que habían armado. Tomé el cigarro que me ofrecía Matías, di una larga pitada y tuve la sensación de que entraba en un sueño.

—¿Qué es esa guitarra? —pregunté al ver la que estaba sobre la falda de Page y tenía un parecido lejano con una mandolina.

—Se llama Craviola —se apuró a contestar Matías—, una Giannini brasileña. Se tentó y compró otra en Río. Se la tendrían que haber regalado. Fue Zeppelin la que la hizo famosa.

Pegué una segunda pitada. Page nos miraba y parecía entender lo que hablábamos. Matías le dijo algo, en forma veloz o demasiado veloz para mi entendimiento, y se pasaron el cigarro. Ambos rieron. Quise darle la Danelectro, pero negó con la cabeza. Encendió el Pignose y me señaló la cama donde estaba sentado Matías para que me acomodara a su lado. Toqué el mismo acorde que en silencio había rasgado en la sala. El sonido de la guitarra era agudo, pero sentí algo parecido a la gloria. El cigarro volvió a mí. Mientras intentaba fumar sin toser, sentí unos acordes conocidos. Page miraba en otra dirección cuando la Giannini comenzó a sonar. El aire se detuvo para recibir la canción que Matías había tocado la noche anterior y que, un rato antes, yo había escuchado en mi tocadiscos En ese momento parecía sonar el álbum de Zeppelin escondido en varios lugares de mi memoria. Page los hacía resurgir, los volvía a la vida a través de las doce cuerdas de esa guitarra rara.

Measuring a summer's day, I only find it slips away to grey.
The hours, they bring me pain[*].

La voz de Matías hizo funcionar una pequeña máquina del tiempo que tenía varias estaciones. La de la noche anterior en el Copyc era la más notoria. Detrás de su voz volvía a esconderse

Plant. La segunda parada, como ocurrió también en el club, fue llevarme al ensayo y la poca voz de Coto. Una tercera estación fue la primera vez que había escuchado, en el Fisher del Viejo, esa canción. La vorágine de sensaciones me llevó al cine California cuando vi la película *The song reminds the same* de Zepp y se entreveró con la vez que le propuse a Lilián, con la que recién me había ennoviado, irla a ver por segunda vez. A la salida del cine no me habló por el aburrimiento. Todo se mezclaba mientras en ese dormitorio, a través del humo dulce, la canción se desplegaba. La Giannini era perfecta, el sonido era perfecto, el dúo era perfecto. En el coro, Page intentó una segunda voz apagada que también era perfecta y todo fue perfecto hasta que me miró incitándome a que me sumara con la Danelectro. Intenté tocar bajito, sin romper ese ambiente, cuando llegó la parte del solo, y el que fue guitarrista de Led Zeppelin subió y bajó su cabeza, en forma imperativa. Era mi turno.

Cerré los ojos, puse los dedos en los espacios correctos al tono en que estaban tocando la canción. Coto volvió con aquel solo distorsionado a mi mente y supe que tenía que hacer lo contrario. Aspiré fuerte el humo del aire y largué. Este es el punto en que la narración se vuelve imposible. No puedo explicar qué toqué. Es imposible describir qué notas llevaron mis dedos al aire, a mezclarse con el humo y buscar su lugar en el silencio. Fragmentos de una emoción que no puedo recuperar y nunca podré. La perfección perdió el sentido.

Tangerine, Tangerine, living reflection from a dream.
I was her love, she was my queen, and now a thousand
years between…

Parecía que mis dedos se movían con vida independiente. Resolví, o el momento resolvió, meter una tercera voz en ese final glorioso de la canción. Luego que las tres voces llegaron a su clímax, la canción que baja de a poco y Page que hace una seña con la cabeza para que estiráramos el final de tres guitarras, mientras el punteo que hice parecía que era el único objetivo por el que había vivido más de cuarenta años. Al terminar, la carcajada de Jimmy me trajo al mundo real. O algo parecido.

Agradezco al destino y a la suerte de que no exista registro de lo que tocamos. Que nadie pusiera un indiscreto grabador que intentara reproducir la verdad de lo que ocurrió. Seguramente mi interpretación fue mediocre y lo que tocamos se transformó en una cadena de imperfecciones. En el recuerdo fue de una belleza imposible de superar, sin que exista un término en el lenguaje que pueda hacerle justicia. Una canción que se transformó en sensación y que cada minuto que me separe de ella la hará aún mejor. La memoria siempre elige bien para rearmar, según su lógica, la realidad.

—Fue un día largo y no puedo dormir —dijo Madelón abriendo la puerta—. Están gritando.

Dalila apareció detrás de su madre y la tomó del brazo. Antes nos regaló una mirada de

reproche. Al salir las mujeres, Page hizo una mueca, una burla a sus espaldas. Comencé a reír, en forma histérica, sin poder parar. Matías intentó calmarme, pero no había forma. Jimmy tomó el forro de su guitarra y guardó la Craviola. Dejé la Danelectro sobre la cama. Pensé en decir algo y no supe qué.

Salimos de la habitación. Antes de llegar a la puerta, giré y le di un abrazo a Page. Este pareció incómodo y noté la mano de Matías que intentaba poner punto final al momento. Nada importaba. La perfección no puede mejorarse y a fin de cuentas es solo una palabra.

* Midiendo un día de verano, solo descubro que se transforma en gris. Las horas son las que me traen dolor.

III

1

El sol del domingo de ese octubre cuando conocí a Matías Rojas parecía desmentir la lluvia del viernes y parte del sábado. Era un día de primavera con calor casi de verano. Llevaba la ventanilla de la camioneta abierta y en la radio sonaba *rock* argentino en una estación de ese país. Me sorprendí al escuchar "Que ves el cielo", de Invisible. La voz del Flaco Spinetta surgió clara. "*Hoy tu pollera gira al viento, quiero verte bailar*". Escuchar, después de tanto tiempo, esa canción, fue como toparme con un recuerdo difuso. "*Son tantos tus sueños que ves el cielo*". Cantar en voz alta era una forma de tomar ánimo y valentía. Una hora antes, a las ocho de la mañana, había hablado con Enrique. Las directivas no eran del todo claras.

—Vos escuchá lo que te van a proponer. Siempre decí que no tengo interés en vender, pero no cierres ninguna puerta. Chávez te va a dar una mano. Martino va a estar, pero no sé si no está operando a favor de Dalila. Es por él que me llegó la propuesta y también me dijo que por ahí era mejor que, en una primera reunión, fueras vos. Puede ser nuestra oportunidad. Voy a ser generoso si esto sale. Suerte.

Nada de eso me asustaba, pero ir a la casa de Mónica era todo un viaje luego de lo que había pasado el día anterior. La llamé temprano. Envíe un par de Claves Uno y no recibí respuesta. La tercera vez directamente esperé a que atendiera y saltó el correo de voz.

Tenía que llegar nueve y media para hablar con Chávez. Los demás llegarían sobre las 10 de la mañana. Miré mi reloj, eran nueve y veinte. La noche había sido complicada y casi no pude dormir. Apreté el acelerador. En la radio comenzó a sonar "Seminare" de Serú Girán. Sentí alegría al escuchar la voz de David Lebón, pero no pude atraparla y dejar que un poco de paz me invadiera. Estaba nervioso.

Apareció el tanque de OSE y esa visión tampoco me tranquilizó. Cuando descendí de mi camioneta y caminé unos pasos miré el escenario. La calle parecía algo diferente a la de la tarde anterior, acaso por la luz. Volví a mirar el reloj. Nueve y treinta. María, la empleada de la casa, estaba ahí pese a ser domingo. Me pregunté la razón por la que no estaba la tarde anterior, en ese encuentro que ahora, en el mismo escenario tan lleno de normalidad, parecía que nunca hubiera ocurrido. Sin fantasía esa casa era tan solo eso: un lugar común y con un lujo que quería esconderse detrás de muebles normales, cómodos.

María vestía de azul oscuro. Mónica me había hecho comentarios sobre ella. Su colaboración imprescindible para criar a sus hijos mientras ella seguía con su profesión. Las tareas de la casa que hacía en forma silenciosa y eficiente. "Nunca me ha hecho un comentario desubicado o donde la confianza se excediera". Al ver su cara por primera vez entendí que de su figura

emanaba respeto y sumisión.

Sobre el hombro de la mujer pude ver al dueño de casa. Estaba parado junto a una de las paredes de la sala donde se encontraba alguna de las vitrinas con botellitas. El vidrio estaba corrido y las pequeñas botellas parecían más indefensas sin esa protección. Chávez sostenía una en la mano. No alteró su rutina con mi entrada a su hogar.

Solamente había una luz encendida en la sala, la dicroica que apuntaba a ese grupo de minibotellas que me habían llamado la atención la tarde anterior. El dueño de casa pasaba un paño sobre la que tenía en la mano. A su lado, un frasco de plástico sobre un banquito. Cuando estuve a unos pasos pareció volver a la realidad, como si saliera de una ensoñación.

—Benítez, llegás temprano.

—Es la hora que me dijo Andreoli.

—Hiciste bien. Vamos al patio, así podemos hablar tranquilos. Los gurises duermen. María, vamos a ver qué quiere tomar el amigo. Es descendiente de irlandeses así que capaz que quiere un *whisky*.

Me sorprendí al ver que reiteraba la vieja broma.

—No es la hora adecuada.

—En algún lugar del mundo son las nueve de la noche —dijo Chávez con una sonrisa.

—¿Estás tomando mate?

—Soy el único coloniense al que le cae mal el mate. ¿Café?

—Gracias.

Antes de salir al patio, Chávez terminó de limpiar la pequeña botella. Junto al frasco, sobre el banco, había otro paño. El que tenía en las manos estaba apenas húmedo y se podía notar la forma en que limpiaba los contornos del vidrio. Miré las vitrinas e imaginé el largo, aburrido y rutinario trabajo de limpieza. Mi curiosidad pudo más y le pregunté cada cuánto tiempo las limpiaba.

—Siempre.

—No entiendo.

—Cuando termino con la última, vuelvo a la primera.

—¿Todos los días?

—Ahora, en campaña, no es tan fácil. Pero sábados y domingos de mañana son sagrados. Luego, cualquier minuto libre. Es como a los que les gusta pescar o leer. Siempre se encuentra tiempo.

—¿Dos paños para limpiar?

Chávez se sonrió y pude ver en él la satisfacción que se experimenta cuando alguien se interesa por nuestra pasión.

—Uno húmedo para el vidrio. Otro seco para las etiquetas.

—Algunas no están llenas, les falta líquido.

—El paso del tiempo lo evaporó. Pero eso no importa en las colecciones.

—¿Nunca te dio curiosidad probar algún contenido?

La carcajada fue contenida con una mano sobre la boca para no despertar a los hijos. Movió la cabeza para reprimirla con mayor eficacia.

—Una vez me dijo Enrique que iba a aprovechar algún asado que hiciéramos en casa, y que luego de tomar unos *whiskies* me iba a atar a un árbol mientras él destapaba las botellitas una por una y se bebía el líquido. Sería la peor broma de la historia. Si me interesa el sabor, compro una normal. Las minibotellas tienen su razón de vida acá, su razón de ser en esta colección. La naturaleza se puede llevar parte del contenido. Un hombre jamás.

Puso su mano sobre mi hombro con amabilidad.

—Vamos afuera, que es una linda mañana.

El jardín trasero no era demasiado grande. La barbacoa construida sobre la última pared de la casa lo había reducido. Una mesa redonda de mármol con cuatro hamacas individuales de tapizado blanco y naranja a rayas eran el centro del jardín. Un árbol daba buena sombra, y contra la otra pared había una hamaca de tres cuerpos con almohadones del mismo tapizado. Luego la puerta y una pared de vidrio que daba a la barbacoa, con una larga mesa y el parrillero. Todo parecía en su lugar, todo perfecto. Una casa donde parecía fácil vivir. Me columpié levemente en uno de los sillones que circundaban la mesa de mármol.

María trajo el café desde la cocina. Junto a ella apareció un perro labrador. Comenzó a olfatearme mientras Chávez, a media voz, le decía: “Tute, quieto”. Tute obedeció y se echó a los pies de su dueño. Sentí que no faltaba nada en ese lugar. Todo ocupaba su sitio. Supuse que me gustaría vivir en esa casa, tener ese aire de tranquilidad, el *hobby* adecuado, María, Tute, el jardín. Es cierto que ese sentimiento pasajero de perfección solamente se experimenta en sitio ajeno. En territorio no explorado por la rutina. Chávez sacó algo de su bolsillo. Una botellita de vino en que era casi imposible leer la marca y otra de Hesperidina.

—Acá empezó la cosa —musitó.

—No entiendo.

—Las tenía ahí arriba, en la cocina. También ahí hay botellitas, pero de lo que puede llamarse el núcleo original. Mi abuelo tenía un almacén en las afueras de Colonia. Iba los fines de semana y arriba de un mueble tendría unas veinte botellitas. Entraba al almacén, me subía a un cajón y las miraba. Las cambiaba de lugar, las acomodaba. El abuelo me dejaba tocarlas, pero cada tanto murmuraba “con cuidado, Jorge, con cuidado”. Mi padre heredó esas primeras botellitas y armó una pequeña colección. Un día me dijo que yo la siguiera y, antes de morir, vio en qué se había transformado. La fascinación perdura y cuando hay suerte pasa de generación en generación, ¿entendés?

—Creo que sí —mentí.

—Bueno, hablemos de la arenera.

Tengo que reconocer que Chávez tiene un envidiable poder de síntesis para contar una historia. En diez minutos me explicó los contactos que había hecho con la familia Hainez gracias a Martino. La posibilidad de asociarse en la arenera, el conocimiento de que los Andreoli querían vender. La falta de dinero suficiente para comprar y la negativa de Enrique a asociarse. Entonces, concluía, un conflicto inesperado abrió esta puerta.

—Hoy, a esta reunión, viene Martino como asesor de las Hainez. Dalila pidió participar. Seguramente venga la abogada yanqui de la mujer de este músico.

—¿Page?

—Exacto. Hay números interesantes sobre la mesa. Tu jefe fijó las pautas de negociación.

—Entonces ¿por qué no vino Enrique?

—Nadie quiere reconocer un fracaso. Está seguro de que vos vas a seguir en la empresa.

Todos los invitados llegaron en hora. Nos sentamos alrededor de la mesa de la sala. El dueño de casa repartió unas hojas donde resumía la situación y daba posibles caminos para resolver el tema. Martino tomó la palabra para hacer un resumen del estado de cosas. La abogada brasileña fue la que hizo más preguntas, lo que pareció poner incómodo al abogado. A los pocos minutos, Dalila y Marcia salieron para hablar en el patio. A las doce se dio por cerrada la reunión, acordando que Chávez enviaría a todos un resumen de lo hablado.

—Nos tendríamos que reunir la semana que viene, lunes o martes.

Marcia Souza dijo que tenía que volver a Brasil a lo sumo el miércoles.

—¿Y Page? —me escuché preguntar.

Se hizo un silencio incómodo.

Luego la doctora Netto continuó:

—O se resuelve el martes o salimos del negocio.

Parecía que yo no hubiera hablado y presentí los ojos de censura de Chávez.

—Estoy de acuerdo —dijo Dalila—. Lo tenemos que resolver el martes de mañana.

—Señoras y señores, los espero aquí a la misma hora, entonces. Imagino que ahora van a ir al festejo del pueblo. Me excusarán, pero tengo trabajo que hacer —dijo Chávez.

Me hizo una seña casi imperceptible para que demorara mi salida. Luego que todos se fueron me dijo que le comunicara a Enrique que estaba casi todo resuelto. Me dio la cifra y la forma de pago que iba a proponer.

—Decile que no se emborrache en la fiesta, así lo llamo en la tarde.

Le volví a preguntar si era cierto que no iba a los festejos.

—Mónica quizás vuelva en la tarde, aunque lo dudo. Tengo toda la tarde para seguir sin que nadie me moleste —dijo mirando las vitrinas—. Casi el paraíso —concluyó.

2

En el cuarto, con Morro tirado a mis pies, miré en detalle la caja que Lilián me había entregado. Comencé a retirar cosas de su interior. La carta a futuro que mi Viejo me había dejado ya estaba guardada en la mesa de luz. Volví a poner las cosas en su lugar, dentro de esa caja que parecía tener vida propia. Separé un par de fotos, que quedaron sobre la mesa. Las volví a mirar con detenimiento mientras alborotaban recuerdos. Tomé el celular. Llamé. Lilián contestó.

—¿Qué pasó, Roberto? ¿Todo bien?

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

El silencio del otro lado de la línea, que en realidad debió durar apenas un par de segundos, me pareció largo.

—¿De qué hablás?

—Me llevé todo lo de mi Viejo de la casa cuando murió. La mayoría de las cosas fueron a remate. En el sanatorio, donde estaba internada mamá, no había nada de mi padre. Cuando la Vieja murió me dieron una bolsa con su ropa. Nadie se olvidó de darme esa caja. Te lo dio otra persona.

—¿Importa?

—Claro.

—Julio está pagando el hotel. Nos vamos. Después…

—Contámelo ahora, por favor.

La buena relación entre mi padre y Lilián empezó en la época en que éramos novios. A ella le gustaba hacer referencia a lo caballero que era, la elegancia al vestir, su buena pinta. “Si yo tuviera más años, tu mamá hubiera estado en peligro”, solía bromear. Ella repetía esa frase sabiendo que me molestaba. Le encantaba cómo mi padre halagaba, con gentilezas y toques de anacronismo, a las mujeres. Además, ambos tenían esa comunión que daba la pasión por la literatura. Volví a recordar esas sobremesas cuando se quedaban conversando a solas los dos mientras yo ayudaba a mi Vieja en la cocina con los platos o me tiraba en el cuarto a ver televisión. Creo que, si realmente Lilián hubiera tenido veinte años más, mi padre hubiera sido su hombre ideal. También quería a mi madre, pero la relación con ella nunca supo de camaradería. Mucho menos de intimidad o confesiones.

—¿Me lo vas a contar?

—Lo imaginás.

Tuve sospechas por un buen tiempo. Pero a partir de ese momento todo iba a ser diferente: la sospecha transformada en certeza, en realidad que ya no se podría cambiar ni ir para atrás. Había

empujado esa puerta y ya no la podría cerrar. El momento me generó un cierto escalofrío. Sentí ganas de que esa conversación no existiera, de no haber llamado, de que mis dudas permanecieran en la comodidad de la incertidumbre. Mi voz sonaba independiente de mis deseos.

—¿Cómo se llama?

Otros segundos de silencio.

—Mabel.

—¿Cuándo te enteraste?

—Tu padre me lo contó hace tiempo.

—¿Después de la enfermedad de mamá?

El silencio tiene que haber durado más que los anteriores. Al menos así lo sentí.

—Antes. No sé para qué querés…

—¿Antes? ¿Cuánto tiempo antes?

—Su relación fue de muchos años.

—¿Es casada?

—No sé. Después que tu padre murió, ella se comunicó conmigo y me dio la caja. Tampoco le hice preguntas y lo que me dijo tu Viejo queda entre los dos. Perdoname.

—Es mi padre, es mi vida.

—Fui parte de ella. Quise mucho a tu papá. Él quiso mucho a tu madre, pero también a Mabel. No es el primer caso. Dudé en llevarte la caja. Ahora pienso que me equivoqué. Es todo lo que puedo decirte.

Era temprano para ir a la celebración. Si bien habían citado al mediodía, esa expresión algo ambigua quería decir, antes que nada, a partir de la una de la tarde. Preparé el mate, le hice una seña a Morro y salimos a caminar. El sol pegaba en el río y reflejaba algunos colores intensos sobre el aire. Encendí un cigarrillo e intenté ordenar mis pensamientos. Era difícil. Demasiados impulsos, demasiada información, demasiadas dudas. Tomé el celular y envié un Clave Uno a Mónica. Luego la llamé. Me saltó el correo de voz.

—¿Qué hacés, Robertito? Vas a la fiesta, ¿no?

La voz de Beba me sacó de ese enredo de ideas. Ya había cerrado su carrito y se había arreglado con su mejor ropa. En su rostro todavía quedaban rastros de la linda mujer que fue. Le contesté que iba a ir en un rato y que estaba preciosa, a lo que lanzó una breve carcajada. Le pregunté si el yanqui loco que comía choripanes en el desayuno había pasado por su quiosco.

—No lo he visto. Hoy no apareció. Le iba a comentar que había conseguido unos ajíes catalanes especiales para que le agregara al choripán. Pero no vino, ¿lo viste vos?

Recorrí varias cuadras con Morro, que iba y venía hasta la playa. Pasé por la casa de las Hainez. Las cortinas estaban bajas, la puerta cerrada. Parecía que no hubiera nadie. Me sonó

raro. Hacía poco más de una hora que había hablado con Dalila en la casa de Chávez, pero no había vuelto a la casa. Reflexioné unos segundos sobre la charla, sobre la operación rara y compleja que quizás le regalara una nueva vida a Enrique. Acaso a mí también. Enseguida ese pensamiento cedió su lugar al recuerdo de la noche anterior y a la canción que interpretamos los tres con las guitarras. Hubo un segundo en que temí que todo hubiera sido un sueño. Perfecto e inasible. Recordaba esa sensación de cuando volví al dormitorio donde estaban los dos guitarristas.

Hice una seña a Morro y apuré el paso hacia el parador. Estaba cerrado. Asumí que el Gallego ya se había ido para el pueblo. Pasé por Copyc. Lo mismo. La zona de Puerto Conchillas se había vaciado. Parecía que todas las casas fueran parte de un pueblo abandonado por sus habitantes, en busca de mejor suerte. En este caso, una celebración de un incierto cumpleaños. El carrito de Beba también estaba cerrado. Ver a Jacinto fumar cerca del agua me devolvió algo de tranquilidad. Pero la tranquilidad duró segundos. Me pregunté si Jacinto sabría algo de las negociaciones de la arenera que también podían cambiarle el destino.

—¿No vas al hotel? —dije, y me miró con cierta desconfianza.

—Es temprano. Me doy una vuelta más tarde. El asado con cuero y los chorizos pueden estar buenos.

—No cambian demasiado de un año para el otro. El mismo menú, el vino que dona la bodega Fripp, el asado y los chorizos que vienen de alguna de las estancias. Todo igual. Es lo que tiene Conchillas. Ni en los cumpleaños cambia.

—Las cosas pueden cambiar sin que uno las vea.

Jacinto armó otro cigarrillo y dejó crecer el silencio por unos segundos. Me miró y sentí que me estaba estudiando. Acaso era paranoia de mi parte.

—Si no lo notás es como si no cambiaran. Voy hasta casa a darme una ducha y ponerme ropa presentable. Me acordé del Tannat de Fripp y me dio sed. ¿Nos vemos ahí?

—Sí, claro.

Morro tenía ganas de caminar un rato más. Me dejé llevar por su guía. Con paso decidido me condujo hasta la puerta de la Arenera Andreoli. Busqué la llave y entré. Mi perro optó por echarse cerca de la puerta. Abrí los postigones de una de las ventanas y el sol barrió el silencio del lugar. La puerta del escritorio de la señora Evans estaba abierta. Entré casi en puntas de pie, con la sensación de que hacía algo indebido. El otro escritorio —el que rara vez utilizaba Jacinto — estaba cerrado. También corrí los postigones de la ventana de mi despacho. Finalmente abrí una hoja del vidrio. El aire que entró limpió el apenas perceptible olor a encierro. Me senté en la silla, detrás del escritorio, como lo había hecho todos los días en estos dos años, y encendí un cigarrillo. Hay veces en que el escenario donde uno desarrolla su vida tiene un significado. Hay elementos que se juzgan imprescindibles para que los días pasen de determinada manera. Nada de particular tenía esa oficina y me pregunté si cuando el negocio finalizara, cuando Enrique

vendiera mi fuente de trabajo, seguiría igual. Si la extrañaría o pasaría a ser tan solo un difuso recuerdo.

En el silencio de la oficina vacía, repasé la reunión en lo de Chávez. El dueño de casa intentó darme seguridad de que seguiría en la arenera. “Te van a necesitar”, me dijo, sin saber que mis principales dudas no iban por ese lado. Desde que Chávez me lanzó los titulares de los motivos de esa extraña reunión, en mi cabeza repicaba la pregunta: ¿quién estaría interesado en comprar la empresa? Así como los embarques de piedra a Buenos Aires se hicieron esporádicos, la arena también se iría agotando. Cada vez se embarcaba menos y quedaba menos en Conchillas. Un negocio que empezaba a sentir el olor, lejano pero persistente, de la muerte. El anfitrión de la reunión no tenía una respuesta clara. “No puedo saber lo que ellos piensan, es otra cabeza”.

Recordé cómo a los pocos minutos llegaron quienes iban a intervenir en la reunión. Primero Dalila, acompañada del doctor Martino, quien puso la misma cara de duda que yo tenía cuando me saludó. Era como verse en un espejo en el que aparecía alguien que estaba tan incómodo, casi desubicado, en ese lugar. Luego llegó Marcia Souza acompañada por su abogada, la espigada Alcira Netto, que parecía aún más imponente enfundada en un vestido blanco que contrastaba con el color de su piel. Observé a Marcia, la esposa de Page. Era una mujer muy linda. Pequeña, de cabello negro y piel que parecía que tomara sol todo el año. La sinuosidad de su cuerpo se adivinaba en las caderas, mientras que sus senos eran discretos y hermosos. Noté el correcto saludo con Dalila y volví a sentirme en medio de una película de cuyo guion me habían ocultado varias páginas.

Martino abrió una carpeta llena de papeles, pero su explicación fue cortada por la doctora Netto que, en perfecto español, le hizo tres o cuatro preguntas que el abogado coloniense pudo contestar a medias. Netto miró a Marcia, que asintió con los ojos. A los pocos minutos, nuevamente interrumpió la alocución de Martino. Dalila pareció perder la calma y subió el tono de voz. Marcia interrumpió la discusión y le pidió hablar en privado. Ambas mujeres, con paso tranquilo, salieron de la sala y fueron al patio, el lugar donde minutos antes habíamos hablado con Chávez de botellitas. Hubo un silencio incómodo entre los que quedamos en la mesa de la sala. Recordé la cara de disgusto de Alcira Netto, la noche anterior, cuando Marcia y su marido salieron a caminar sin ella. Cuando los clientes pasan por encima de sus abogados, siempre hay un sentimiento de inutilidad que se instala en el ánimo de los letrados. Fueron contratados para recibir su consejo legal, y sin embargo parecía que esos consejos no tuvieran la menor importancia para las dos mujeres que hablaban en ese patio soleado, agradable. En mi caso no me sentía postergado. Miraba a las mujeres que hablaban acaso de un músico que era una especie de pieza, oculta e imprescindible, en ese acuerdo que se buscaba. Nada de eso me importaba. El sol que daba de lleno a las mujeres transformaba su visión en algo irreal y difuso.

Mientras ellas hablaban, yo pensaba en Mónica. En todas esas mañanas en que ella caminaba por ese patio, cuidando las plantas mientras hablaba con su marido. En todos esos días en que

ella compartió el desayuno, las horas previas al trabajo, con Chávez. En esas mínimas charlas en que ella pondría su mejor cara de esposa. Entendí que yo no conocía esa cara. Debía ser diferente a la de esa otra mujer que me mostraba su sonrisa cómplice cada vez que ingresábamos a la habitación 12 de Oasis. A esa persona que me obligaba a esforzarme en todo para apenas acercarme a lo que ella veía, al hombre que ella había ideado en mí. Esa isla donde la confianza tenía otro nombre de tan intensa que era. Pero nunca había visto, ni vería, su cara de esposa tranquila, ocupada por el desayuno en una mañana de sol parecida a esa en que estas dos mujeres —cuyas figuras se difuminaban en la luz— hablaban de temas que sentía ajenos, aunque formaran parte, en forma ineludible, de mi futuro.

Marcia hizo una seña desde el patio. Sentí una nueva molestia de la doctora Netto al tener que levantarse y caminar hacia el lugar donde estaban las mujeres. Adiviné que Martino sentía la vergüenza de no ser llamado. Quizás pensó en los honorarios que iba a cobrar y eso lo hizo olvidar la postergación. Una vez, cuando yo le reconocí a Jacinto que no sabía si era útil en la empresa, él me dijo: “Lo importante no es que sientas que no sos útil. El problema es si lo piensa tu jefe. Enrique está conforme con vos”. Martino sacó un cigarrillo y Chávez le dijo con los ojos que fuera a fumar afuera. Se ubicó en el otro extremo del patio, a una buena distancia de Marcia, Dalila y la doctora Netto.

—¿Te das cuenta? Esto lo resuelven las mujeres —me dijo Chávez.

—Como siempre, aunque no lo sepamos. Esa es una de sus habilidades —contesté.

Nunca he sabido manejar los silencios. Quizás porque hablo demasiado, y como decía Lilián cuando estábamos casados, soy “boca floja”. “Hay veces que la gente prefiere no escuchar nada” era su respuesta cuando yo interrumpía sus ratos sin palabras. Siempre tuve el terror de que nos transformáramos en esas parejas que permanecen calladas y ya no encuentran nada que decir. Que el silencio es lo único importante que tienen, la única vía de sobrevivir juntos y que no vale la pena interrumpirlo. Cuando éramos novios, una noche fuimos a un bar del centro luego de ir al cine. En la mesa de al lado se sentó una pareja. Ambos debían andar por encima de los cincuenta años. Pidieron la cena y durante todo el rato que estuvieron no se dirigieron la palabra. El marido miraba por la ventana mientras la mujer nadaba en un silencio espeso y sus ojos vagaban de una a otra mesa, prestando atención a las personas que entraban al bar. El mozo les trajo la comida y ambos se concentraron en sus platos. Al terminar y luego de pagar, se levantaron y salieron envueltos en el mismo mutismo que habían traído cuando llegaron. “Si alguna vez somos así, me mato”, le comenté a Lilián. Nunca voy a saber si ese era nuestro destino. No vamos a envejecer juntos.

Chávez miraba a los que estaban en el patio y me dio por pensar que en el interior del país esos lapsos sin palabras son más comunes, menos incómodos. Miré una de las vitrinas con botellitas donde estaban ubicadas las que tenían una luz dicroica que las iluminaba y que me había causado curiosidad la tarde anterior cuando estuve en esa casa con Mónica.

—¿Por qué esa luz? ¿Qué señala?

La doctora Netto le hizo una seña a Martino para que fumara en otro lado, cerca de la barbacoa. Imaginé que el abogado coloniense suspiró aliviado. Con Chávez éramos los únicos ausentes en esa negociación. Presentí que a él no le molestaba, que sabía que de alguna manera movía los hilos del negocio en el que, todavía, yo no sabía qué parte jugaba. Llamó a la empleada: "María, traiga más café y galletitas. Esto va a durar un rato más". Hice un gesto de sacar mis cigarrillos del bolsillo de la camisa, pero en ese momento el dueño de casa habló.

—Esa luz no es casualidad.

Miré nuevamente el punto luminoso que pegaba en las cinco botellitas de *whisky* Glen Garioch. Estaban en una mínima estructura de madera sin tapa delante. La luz daba en medio de las cinco. Una vez más pensé que había otras mucho más bonitas o peculiares. Estas solamente se distinguían por su vulgaridad y por sus etiquetas no demasiado originales. Chávez me alcanzó la taza de café y luego colocó edulcorante en la suya. Me pareció que sonreía.

—Sos divorciado, ¿no? —el tono de su voz cambió—. Yo anduve cerca. Hace unos años mi matrimonio casi se fue al diablo. Las crisis, ¿viste? No hay nadie que no las pase. Le llevo dieciséis años a Mónica. En algún momento eso se siente. Empecé a salir con ella cuando llegó a los dieciocho. Conozco a sus padres desde que era una niña. Creo que fue por eso que no armaron escándalo. Nos casamos cuando tenía veinte. Hace catorce años. ¿Sabés cuándo te das cuenta de que todo se va al carajo? Cuando las cosas que te elogiaba —por ejemplo, mi orden y minuciosidad— comienzan a ser defectos que apenas se soportan. Fue hace diez años. Ya teníamos a Joaquín, nuestro hijo mayor.

Bebió un sorbo de café e hizo una breve pausa. Parecía repasar esos momentos que había vivido con Mónica o le estaba dando una nota de suspenso al relato. Acaso dudaba en la forma en que lo iba a contar.

—¿Conocés Escocia?

—Apenas conozco Buenos Aires.

—Ponelo entre los viajes para hacer antes de morir. En ese lugar pensé que todo se iba a la mierda. Ese recorrido por el Reino Unido fue un desastre. Discusiones, silencios largos, aburrimiento. El peor enemigo de una persona. Por suerte nunca experimenté el aburrimiento. Tengo alicientes que me salvan. Esos, por ejemplo —dijo señalando a las botellitas—. Estábamos en un pequeño bar cerca de Edimburgo. Había poca gente, todo parecía agradable, lindo.

—Hasta que ustedes discutieron.

—Ni eso. De golpe ella me comentó algo acerca de que todo parecía tener un significado, que le encantaría vivir ahí, cambiar lo que éramos en otros. Rescatar una vida diferente para poder volver a experimentar y a creer que tenía sentido su vida.

—¿Entonces?

—A vos no te voy a mentir. No la estaba escuchando. Detrás del mostrador había unas minibotellas rarísimas y en mi cabeza armaba la estrategia de inventar una discusión con Mónica.

—No entiendo.

—Claro. Ella me iba a decir que quería las botellitas, yo le iba a contestar que ni loco, que eran una pavada. Iba a preguntar el precio. Dijera lo que dijera de nuevo diría que estaba loca y amagaría a irme para ver si el dueño finalmente las vendía y me hacía buen precio.

—Estás enfermo.

—Lo hicimos muchas veces. Hasta con mi hijo Joaquín en alguna Feria de San Telmo. El me pedía una botellita, yo le decía que era una porquería y menos a ese precio. Él insistía, amenazaba con llorar, y usualmente el vendedor me la dejaba a precio de ganga.

—Peor de lo que pensaba. ¿Hicieron eso?

—Mónica me regaló su peor mirada. Me dijo "pagá y vamos". Vi el final.

Martino entró. Nos informó brevemente sobre lo que hablaban. Chávez salió de nuestra conversación. En pocas palabras se pusieron de acuerdo con el abogado: "Que me lo expliquen bien, hago un resumen y vos le das texto jurídico. Si están de acuerdo en la forma que decís, y está la plata, no hay problema. Lo otro son papelitos de colores". El abogado volvió al patio. Tuve miedo de que todos entraran y yo me quedara con la mitad del relato. Pero el dueño de casa volvió a lo que estaba.

—Esa noche fuimos a cenar. Elegí el mejor restaurante. No miré precios, pedí un buen vino. Dejé que el silencio del enojo se hinchara, y ahí, cuando la noche parecía irremediablemente perdida, le dije que tenía que decirle algo. Hablé como media hora. Le expliqué que sin ella yo no sabría cómo seguir. No podría encontrar el aire para respirar. Que no necesitaba vivir en Escocia para saber que ella fue lo mejor que me pasó en la vida. Todo eso, que suena muy cursi y que todo sabemos es mentira, lo dije con unas palabras que ahora no podría encontrar. Fue perfecto. Ella no dijo nada. Llegamos al hotel y fue una fiesta. Te juro que parecía que los años de casados fueran mentira, que algo de Edimburgo había inventado una novedad. A la mañana siguiente llegamos a esa destilería Glen Garioch en las afueras de Edimburgo. Probamos el *whisky*, otro destilado que tenía como 70 % de graduación alcohólica, y me quemó la boca. El guía dijo que solamente los escoceses y polacos podían beberlo. Fue una mañana preciosa. Compré una botella de *whisky* y vi que había miniaturas. No soy tonto. Ni las miré. Cuando nos íbamos, sentí que Mónica me tomaba del brazo. En la mano tenía esa cajita de madera con las cinco minibotellas. Me dio un beso.

—Linda historia —dije, disimulando la desilusión.

—Le prometí que esa luz que da sobre las botellas no se apagaría nunca y he cumplido. Estamos seguros de que la noche anterior ella quedó embarazada de Santiago, nuestro hijo menor.

Tuve miedo de que se notara el asco que sentía en la expresión de mi cara. Por suerte, los que estaban en el patio llegaron y se sentaron alrededor de la mesa. Pronto bosquejaron el posible acuerdo. Vi en mi reloj que eran casi las doce. Todos estuvieron de acuerdo en resolver la compra el martes o que no se hacía. La gente se empezó a ir y Chávez me sugirió que hablara con Enrique y que se quedaría trabajando dado que su esposa no volvería, seguramente, esa tarde. Cuando ya me iba me volvió a llamar. “Espero que seas discreto con lo que te conté”. Le pregunté a quién se lo iba a decir y mentí que la discreción era una de mis virtudes. “Te lo conté porque estoy muy contento. Con el nuevo trabajo que va a tener mi esposa, con mi posible elección, volveremos a empezar”. Le pregunté si la política era tan importante, pero pareció no oír. “Mónica está con retraso. Creo que se viene el tercero. Espero que sea nena. De toda crisis se sale hacia algo mejor. O no se sale”.

Morro me vino a buscar. Parecía aburrido en la puerta. Cerré la oficina y fui a casa. Era hora de ir a la fiesta. Me cambié. Luego fui hasta donde estaba la caja de mi Viejo. Encendí un cigarrillo. Pensé en las manos de la amante de mi padre colocando cada pertenencia de mi Viejo en su sitio para que yo las encontrara y recobraran sentido. La imaginé incluyendo la foto de mi madre en su momento más lindo y la del casamiento de los Viejos, las mías de niño, la de mi propio casamiento, al tiempo que pensaba que en algún momento yo me enteraría de la doble vida del Viejo. Encontraría, como una bofetada en una habitación oscura, una realidad no buscada, un camino que hubiera preferido ignorar. Los perfumes alineados que supieron llenar el aire no solamente de la casa de mis padres sino también los que le dieron un olor particular a su casa. Seguramente esa mujer pensó que algún día le gustaría tener una charla conmigo, deshilar los dobladillos de la verdad. Entender que nadie es culpable de lo que se cruza en su camino en forma inevitable.

Me gustaría que lo hubiera intentado y que lo hubiera conseguido, que me ubicara y que pudiéramos haber concertado esa reunión a la que ambos habríamos llegado nerviosos. La hubiera dejado hablar, contar su lado de la historia, su justificación. Luego escupiría mi asco y le haría saber mi desprecio. Todas las historias tienen sus vueltas, sus callejones para que la verdad nunca sea pura ni diáfana. Pero el hombre con el que se acostó tanto tiempo era mi padre. Ahí no había explicación posible. La sangre siempre es más fuerte que la razón.

Antes de salir para la fiesta, ya con una camisa nueva y con el mejor pantalón que encontré, abrí la caja y tomé esas botellitas que mi Viejo tenía. Las que su amante había ubicado en el lugar preciso para que yo las usara ese día. En ese momento nadie hubiera podido quitarme de la cabeza la idea de que cada pieza de lo que estaba sucediendo era parte de un plan maestro. Un plan al que yo me sometía, quizás sin entenderlo del todo.

3

Perdí la cuenta de las llamadas al celular de Mónica. Una y otra vez me llevaban a su casilla de voz. No dejé ningún mensaje. Me inventé una historia descabellada de que alguien le había robado el celular o quizás estuviera en cautiverio, que hubiera sido raptada. Eso era desmentido por la tranquila, hasta placentera charla que había tenido con su marido un rato antes. La verdad era mucho más simple pero también más dura. Como suele ser. El sol daba cálido y pleno sobre el Hotel Evans cuando estacioné mi camioneta a media cuadra. Igual que el año anterior, los concurrentes al festejo apenas superaban la centena. Eran los habitantes activos de Conchillas. Los otros, o eran pobres o para ellos el pueblo era solo un lugar con el que no les interesaba estar identificados. Un sitio donde dormir y conseguir trabajo. De lejos vi al Negro Paraíso. Para mi sorpresa, tomando vino en una esquina del jardín, reconocí al exjuez Repetto. El Loco Repetto bebía mientras conversaba con dos o tres lugareños. Sus coimas se habían vuelto algo del pasado que tendía a diluirse en la memoria. Recordé que un año antes, en esa celebración, yo había conocido a la nueva jueza del pueblo. Llamé una vez más a Mónica. Contestador.

—Me dijeron que te fue bien.

La voz de Enrique hizo que cortara. En lugar del vino Fripp que bebían los demás, Enrique tenía un *whisky* en la mano. Privilegios que se le permitían al dueño de la arenera.

—Dice Chávez que no te emborraches. Quiere hablar contigo.

—Ya hablé, ya hablé. Borracho soy más inteligente que la mayoría. El martes se reúnen y, en el mejor de los casos, se firma.

—¿Quién pone la plata?

—Juan Pendorcho. No importa. Vos seguís.

—¿Estás seguro?

—El tema va bien rumbeado.

Me acerqué a la parrilla que se había improvisado en el suelo. Los asadores eran expertos, también los conocía de los dos años anteriores. Nada parecía haber cambiado en ese octubre. Sería el último cumpleaños de Conchillas del siglo XX, pero solamente yo lo apreciaba. Para mí la conmemoración tenía doble valor porque en similar ocasión había conocido a Mónica un año atrás. El lío con el Loco Repetto se había armado unos meses antes y ella había llegado como nueva jueza de Conchillas. Ese día, que estaba nublado y no como este, en que el sol mentía un verano, Enrique me los presentó a ella y a su esposo. Llevaba un vestido demasiado correcto para la oportunidad y a primera vista no era de las mujeres que uno se da vuelta a mirar. Cara redonda, cabello castaño, de estatura normal tirando a baja, y ojos verdes que eran su llamador.

Todavía, cuando la conocí, no había ninguna sombra de gesto adusto, del cambio de expresión que suelen traer los años. Toda esa descripción perdía sentido y no le hacía justicia si no se escuchaban la voz y la risa de Mónica en aquel lejano mediodía. Bastaba con que ella se riera tirando la cabeza hacia atrás, para que todo adquiriera un sentido diferente. Es lo que yo sentía, y me costaba comprender que alguien no lo entendiera.

Junto a otros invitados pasamos todo ese mediodía conversando. Bastó con que ella hiciera una broma sutil sobre los kilos de más que tenía uno de los asadores para entender que una mujer que parecía el colmo de la bondad y la corrección tenía pliegues mucho más sabrosos para descubrir. Una sutil maldad oculta. Me preguntó sobre varios asuntos de la arenera, pero supe que hablaríamos de cualquier tema. Cuando volví a casa esa tardecita tenía el ánimo alborotado y me costó dormir. No era mi estilo, ella tampoco era mi tipo de mujer. Pero no podía dejar de pensar en ella. Me costaba aceptar que fuera la esposa de Chávez, pero más me costaba reconocer que eso me molestaba. El lunes, Jacinto me hizo algún comentario sobre la nueva jueza. Hablamos en forma casual, nada importante, pero detrás de las palabras que yo pronunciaba se escondía el inicio de la certeza de que me iba a enamorar. Alcanzó con un par de audiencias a las que tuve que ir, algunos intercambios de palabras al cruzarnos en el pueblo para sospechar que el milagro era posible. Un año después, mientras perdía mi tiempo hablando con los asadores, recordaba el chiste sobre la gordura de uno de ellos. En lugar de Mónica había reaparecido el Loco Repetto en la fiesta. Todo se había denigrado. El recuerdo siempre logra que el presente sea peor.

Me acerqué al exjuez y le pregunté si volvía. Me miró unos segundos para descubrir si había alguna burla en mis palabras. Cuando estuvo seguro de mi inocencia, en alta voz como para que los demás escucharan, dijo que “ni en pedo”, que se había dedicado a negocios rurales, que le iba bárbaro y no perdería nunca más el tiempo entre expedientes y con tipos tan incompetentes como el Negro Paraíso. Los años que tenía el saco que llevaba, el brillo del pantalón y el cuello gastado de su camisa parecían desmentir que los negocios del campo en los que estaba metido fueran tan redituables.

—Me dijeron que viene otra mujer. Más joven que Arias. En una de esas tenés suerte y es soltera —dijo, guiñando un ojo.

Quise adivinar alguna sutil ironía en Repetto, pero me di cuenta de que el Loco no tenía la inteligencia suficiente. Sobre el hombro del exjuez vi a Beba con un vaso de refresco en la mano. Charlaba con alguien que tenía otro sombrero y otros lentes negros para protegerse del sol. Page parecía transformarse cada día en otra persona. Dejé a Repetto con sus mentiras y caminé a paso decidido hacia el músico.

—¡Robertito! Mirá con quién estoy hablando. Bah, hablar es un decir. Pero ya con las señas nos entendemos bárbaro. Dice que mis chorizos son mucho mejores que estos y que me va a extrañar —Beba se rio fuerte—. ¡Qué loco este gringo!, ¿no?

El guitarrista acompañó la risa con otra carcajada. Tenía la certeza de que no entendía lo que la anciana decía. Su nuevo sombrero parecía ser para lluvia. Los lentes de sol eran de mayor tamaño que los que le había visto hasta ese momento. La camisa negra escondía algún inoportuno kilo de más. Los jeans azules y los championes blancos completaban el vestuario. Sonreí mientras intentaba recuperar la noche anterior. Despejar las dudas de si esa persona era la misma con la que había tocado "Tangerine" en medio de una ensoñación poblada de humo. No había visto a Matías en el asado, así que el único que podía corroborar que lo de la noche anterior no había sido una duermevela era ese inglés que no hablaba español.

Unos años atrás, cuando recién nos habíamos casado con Lilián, fuimos un fin de semana a Colonia. Nos quedamos en una pequeña casa que le habían prestado a mi suegro. Llegamos el viernes y yo comencé a sentirme mal. Aparentemente tuve un principio de neumonía —lo supe la semana siguiente— e hice fiebre. La peor fue la noche del sábado. Peleaba por dormirme cuando sentí que algo movía la cama. Abrí los ojos y a mis pies vi a un soldado de la Segunda Guerra Mundial. El uniforme era del ejército nazi con ese particular casco que usaban. No portaba armas. Me miró en silencio por unos segundos. Luego giró y salió por la puerta del dormitorio. Estaba petrificado y desperté a Lilián. Se lo conté. Ella me dijo que estaba soñando por la fiebre y volvió a dormir. A la mañana siguiente, cuando me trajo el desayuno, vi que estaba pálida.

—¿Dejaste la puerta de la cocina abierta? —me preguntó.

Negué con la cabeza y cuando iba a hacer alguna otra conjetura ella me cortó:

—Pude haber sido yo. Dejemos este asunto acá. Estabas soñando.

Quizás la noche anterior, lo que había tenido lugar en casa de las Hainez tan solo había sido otro de mis potentes sueños, en el que también alguna puerta quedó abierta.

Page seguía moviendo las manos para comunicarse con Beba y de golpe me miró. Puso sus manos como si tuviera una imaginaria guitarra y rasgó el aire mientras sonreía. Disimulé mi alegría. En mi inglés de indio pregunté si había visto a Matías, pero vi que no había entendido. Alguien gritó su nombre. Dalila caminaba junto a Marcia. La sonrisa se le borró al guitarrista. Nos miró, levantó el pulgar de su mano derecha y fue a encontrarse con las mujeres. Buscaron un lugar de sombra, tomaron tres sillas y comenzaron a hablar.

—¿No come nada, Benítez? —me gritó el parrillero del que se había reído Mónica el año anterior. Me acerqué y pusieron un pedazo de chorizo y algo de asado con cuero en mi plato. Imaginé que hubiera sido divertido si Lilián convencía a Julio de comer esa "carne con pelos" que me servía el asador. Pero no estaban ahí. Tenía mucho para hablar con ella acerca de la persona que le dio la caja de mi padre. Sabía que ese no era el lugar y que, conociendo la discreción de mi exesposa, ese tema quedaría —junto con el episodio del soldado— entre los temas de los que no se hablaría más.

Me senté bajo un árbol, comí algo distraídamente mientras trataba de comunicarme con Mónica y fracasaba en el intento. Enrique se acercó y me hizo una seña. Quería meterse en la

charla de las mujeres con el músico, algo que hubiera sido desubicado. Le dije que no con la cabeza. Hasta que Dalila se levantó y dejó a Page con su esposa. Enrique volvió a servirse otro *whisky*. Me acerqué a la rubia.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si es por el negocio hasta el martes no puedo adelantarte nada.

—¿Estuve en tu casa anoche?

La rubia me miró con extrañeza.

—¿En casa?

—Sí, con otro pibe.

—¿Te sentís bien?

—Nos encerramos en un dormitorio con Page…

—¿Quieren formar una banda? Le va a venir bien a Jimmy. Robert le avisó que no seguirá tocando con él.

—No entiendo.

—El año pasado sacaron un álbum. Jimmy pensó que era el comienzo de la vuelta de Zeppelin. Antes de venir para acá, Plant le aclaró que no habría ningún renacimiento de la banda.

—¿Cómo lo tomó?

—Es una de las razones por las que está aquí. Ahí está el botija. Preguntale a él. Decile a Enrique que no me llame, ¿ok?

Dio media vuelta y, antes de irse, dijo:

—Todo va a salir bien, aunque no como lo planeamos. La realidad suele tener más imaginación.

Matías estaba del otro lado del alambre que protegía el jardín del Hotel Evans. Tenía una campera negra de cuero, con acolchado en los hombros, jean y botas. Me pregunté cómo no se moría de calor hasta que vi, a su lado, una moto de alta cilindrada. Colgado al manillar, un casco. Me acerqué al alambre. Me miró y vi que detrás de la moto estaba su mochila y su guitarra. Poco tenía que ver con el joven que ese viernes de octubre de 1999 había ingresado a la Arenera Andreoli para hablar conmigo o con “el jefe”.

—¿Te vas?

Asintió mientras se colocaba el casco. Noté, con asombro, que era parecido al que usaban los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Le tapaba la nuca y las orejas.

—¿De dónde sacaste esa moto?

—Ahora es mía.

—¿Honorarios?

—Como quieras llamarlo.

—¿Para dónde vas?

—No lo tengo claro. Se acabaron los recuerdos de las pasiones de mi Viejo. La vida es hacia

adelante.

—¿Anoche? Algo parecido a un sueño, ¿no?

Se colgó la mochila a la espalda. Luego intentó colocar el estuche de su guitarra entre sus piernas. Era imposible. Probó colgarse la guitarra a la espalda y la mochila sobre esta. Tampoco. Descendió. Se acercó hasta donde yo estaba con el estuche de la Ovation en su mano y me lo pasó por sobre los alambres.

—Es una buena guitarra. Cuando llegue a algún lugar llamo a la arenera. Te paso un número de cuenta. Pagame lo que te parezca.

—No se abandona de esta manera el instrumento.

—Es imposible cargarla.

—Dejá la mochila. Si es que realmente sos guitarrista.

—Tendré otra mejor.

—Cuando te asientes, pasame tu dirección y te la envío por encomienda.

—Adiós.

La moto levantó polvareda cuando arrancó y se fue por la calle principal de Conchillas. Su espalda, el casco alemán, todo ese mediodía se transformó, por unos segundos, en un incierto *déjà vu*. Me quedó la duda de si Matías dominaría esa moto a la velocidad que le imprimió a la salida del pueblo. No recuerdo bien quién me dio la noticia algunos días después. Comprendí, una vez más, que el recuerdo no identificado en el mediodía del festejo del cumpleaños de Conchillas era el de Coto.

4

Miré el reloj. Poco más de las dos de la tarde. Tenía las ventanillas del auto abiertas. El viento entraba trayendo algo de polvo. Llegaría a Colonia sobre las dos y media. Quizás Chávez durmiera la siesta. Las botellitas tintineaban en el bolsillo interior de mi campera cada vez que el auto pasaba por alguna de las irregularidades de la ruta. Las sentía como una especie de salvoconducto. Al llegar a Colonia, la ciudad se movía solamente a través de los turistas que paseaban por el Barrio Histórico. El resto, los lugareños, se encontraban inmersos en la siesta. Estacioné frente al tanque de OSE. Llevaba la campera en la mano, hacía calor. Toqué el timbre.

María no demoró en abrir. Pregunté si el señor estaba dormido. Me dijo que no, que los niños estaban en el dormitorio y el señor en la barbacoa. Pregunté si podía pasar. La empleada dudó, pero luego dejó el camino libre. Al pasar por la sala, vi la luz dicroica encendida sobre las botellas de Glen Garioch. Una de las hojas de la vitrina seguía abierta y pensé que el dueño de casa aún estaba ocupado en su interminable tarea de limpieza. En la barbacoa, Chávez miraba televisión. Giró la cabeza y se sorprendió al verme entrar.

—¿Qué te trae por acá? ¿Estuvo flojo el asado? ¿Querés un café?

Dije que no a todo y me senté en una silla frente al anfitrión. Metí la mano en el bolsillo de la campera. Saqué cuatro botellas pequeñas. Tres de vino Fallabrino, una de *cognac* Juanicó. Eran las que estaban en la caja de mi padre. Chávez sonrió y estudió, una por una, las botellitas.

—La marcha de los Leones por Rosario del año 1966. Estuve con mis padres. Era muy joven y todavía no padecía esta pasión. Por años busqué estas botellitas de vino con la etiqueta de conmemoración del evento. ¿Las vendés?

—No vas a tener que hacer ningún teatro. Además, no está Mónica para que te siga con la obra y los gurises están durmiendo la siesta. Es un regalo.

—¿De dónde las sacaste?

—Eran de mi padre, estaban en una caja que me llegó de casualidad.

Omití contar que también había estado en Rosario portando esas galeras de papel ridículas y desfilando por la calle mientras la gente cantaba canciones y nos vitoreaba.

Chávez separó la botellita de *cognac* Juanicó.

—Ya la tengo, quedate con algo de tu Viejo —dijo antes de ponerse de pie y darme un abrazo.

—Fijate que dice “*cognac*”. Queríamos ser franceses —insistí.

Creo que le dije que ya en esa caja había demasiado del Viejo. Creo él me puso la botellita en el bolsillo de la camisa:

—Algún día me lo vas a agradecer. Colocala en un lugar donde la puedas ver todos los días.

Sin protestar la dejé en mi bolsillo.

—Me encontrás de casualidad, estoy por salir a Tacuarembó para encontrarme con Mónica —sonrió, me miró fijo y terminó la frase—. Gracias por las botellas, realmente las aprecio. Ahora contame a qué viniste.

Chávez se paró y me sirvió un *whisky*. Iba a negar con la cabeza, sobre todo cuando vi que él no se servía.

—No me gusta tomar cuando manejo, Tacuarembó no es cerca —dijo.

El vaso quedó frente a mí. Di un largo sorbo. Era suave en boca, pero ardía un poco cuando pasaba por la garganta. He olvidado la marca. Lo miré fijo y hablé.

—No voy a seguir en la arenera a menos que, cuando se venda, me reconozcan un porcentaje como accionista. No pienso en ninguna locura. Un cinco por ciento.

Chávez hizo un gesto con sus labios como diciendo “mirá vos”.

—¿Por qué te tendrían que dar eso?

—Si me quedo tienen la empresa armada, ni siquiera se van a tener que preocupar. Para eso quiero ser parte del emprendimiento.

—Eso si sigue siendo arenera…

—No entiendo.

—¿Conocés la historia del pueblo?

—Por supuesto —contesté con cierta molestia.

Me miró con algo de condescendencia. Miró hacia la casa en forma breve, como para sentir que todo estaba en orden. Adiviné que intentaba que sus palabras no fueran tomadas como una breve clase de historia. Primero quiso justificarse:

—La política te hace estudiar —musitó—. Es interesante.

—¿Qué? —dije sin poder abandonar la molestia.

—Conchillas nace gracias a una licitación que se hizo allá por 1880 en Buenos Aires. Querían sustituir su puerto de madera por uno de piedra. La licitación la ganaron los ingleses.

—Walker & Cía.

—Exacto. Habían estudiado el tema, con prolijidad inglesa, y descubrieron las canteras de piedra de aquí. Conchillas es un pueblo nacido gracias a un negocio.

—Te dije que conozco la historia.

—Entonces sabrás que, en los cincuenta, gracias al conflicto de Perón con el gobierno de Luis Batlle Berres, se terminó el negocio al suspenderse el comercio entre los dos países. Además, Walker, que era todo un patriota, mandó muchas remesas al Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial. En suma, se fundió.

—Algo que suele ocurrir en los negocios.

—El futuro tiene olor a eucalipto.

—No entiendo.

—Vas a ver. Cambia el siglo, cambian las costumbres. Hay muchos interesados en Europa por esta zona. Buena madera, celulosa. ¿Entendés?

—Poco.

—Noruega, Suecia, Finlandia. También el Reino Unido.

—¿Page?

—Una pieza a la que le salió mal el juego pero que va a ganar mucha plata.

Terminé el *whisky*. Pensé en marcharme rápido y dejar que el futuro decidiera. Hice una pregunta y cambió todo.

—¿Te vas a Tacuarembó un domingo? ¿Los gurises no tienen escuela?

La carcajada ante mi curiosidad fue fuerte. Tomó mi vaso, sirvió un chorrito más de *whisky* y lo bebió.

—Se quedan con María. Es increíble, la casa funciona por ella. Yo vuelvo mañana de noche. El martes se firma el acuerdo si no pasa nada raro. Pero hoy tengo que ir. Mónica está sola y tuvo problemas.

—¿Problemas?

—Parece que hay un tipo que la está acosando. Entre ayer y hoy la llamó más de veinte veces. Hizo la denuncia en la Comisaría, pero era un teléfono desconocido. Mañana cambia el número de su celular. Por ahora siguen las pesquisas, pero no van a encontrar nada.

Se hizo un breve silencio. Chávez miró el vaso de *whisky* como si ahí estuviera la decisión de si seguía hablando o daba por finalizada la conversación. Resolvió continuar.

—Hay un segundo motivo.

—¿Del acosador? No entiendo.

Volvió a reír fuerte.

—Pero ¡la venta te puso nervioso! Hay otra razón para que vaya para allá. El viernes se hizo un examen. No me dijo nada hasta hace un rato. Cuando hablamos me lo confirmó: un tercer Chávez Arias viene en camino. Me llamó desde el hotel. Le dije que iba a celebrar, aunque es para tranquilizarla. ¿Recordás lo que te dije? De cada crisis salimos con una novedad, con una alegría. Cuando me enteré volví a limpiar las botellitas de Glen Garioch y cambié la luz dicroica por una más potente. Estamos en un buen momento. El siglo que viene me va a encontrar en la Cámara de Diputados. El campo va muy bien. Tengo la mejor mujer del mundo al lado, que me va a dar otro hijo. Aunque, como te dije, espero que sea nena.

Fue hasta un mueble, tomó otro vaso. Sirvió dos medidas de *whisky*.

—¡A cagar! Vamos a celebrar: en pedo se maneja mejor.

No respondí cuando me devolvió mi vaso.

—Vas a conseguir ese porcentaje. Laburás bien, Dalila te tiene confianza. Creo que también un poquito de ganas. Aprovechá que no tenés compromiso. La brasileña se lleva a su marido, tenés el campo libre. Estás en la mejor edad de la vida. Dale, che. Cambiá esa cara.

Bebimos un largo trago de *whisk*y mientras escuchaba a Chávez murmurar:

—Por nuestras virtudes, que no son pocas, como decía un amigo.

En su cara había el disfrute de alguien que quiere atrapar un sabor y que dure el mayor tiempo posible. Nos dimos un abrazo.

—La voy a llamar para decirle que estoy con vos y salgo para ahí.

—No —le dije y lo convencí de que le diera una sorpresa.

Me dijo que quería preguntarle si no la habían acosado más, pero lo hice razonar.

—Tenés razón. Que no haya noticias es buena señal. Eso dicen los ingleses: "*No news, good news*".

—Voy a pasar al baño.

—Andá al de adentro, este está un poco sucio. Mónica no me perdonaría que una visita lo viera así. Decile a María que venga, que le voy a explicar lo del viaje.

Me crucé con la empleada. Ella bajó la cabeza evitando mi mirada. La vi salir al patio. Aceleré el paso y me dirigí a la vitrina que seguía con el vidrio abierto. La nueva y potente luz parecía iluminar con mayor intensidad la felicidad de Chávez. En un segundo tomé la botellita del medio de las cinco y acomodé las otras. Miré hacia atrás, los dos hablaban en el jardín. Entré rápido al baño. La rapidez era imprescindible. Abrir la botellita me llevó unos segundos. Tenía que asegurarme de que no se notara que las ranuritas del metal habían sido violadas. Pude.

El primer sorbo me quemó. No sé si fue el miedo, la falta de hielo o el propio líquido. Intenté un segundo sorbo. Lo mismo. Tiré el resto en el inodoro. Luego oriné abundante. Parte del chorro fue a parar al vaso que usaban para lavarse los dientes. Era más fácil controlar el líquido para el trasiego. Tengo buen pulso, no fue difícil. Apreté cuanto pude la tapa. Lavé el vaso. Salí del baño. María se cruzó conmigo. Iba camino a la escalera para subir a los dormitorios. Temí que Chávez hubiera entrado, pero seguía en la barbacoa. Adiviné que había rellenado su vaso. Cuando estuve seguro de que miraba para otro lado, devolví la botellita a su lugar.

—Me voy, Chávez. Sos un tipo afortunado, sin duda. Decile a la doctora Arias que la vamos a extrañar. Me comentaron que la nueva jueza es joven y linda, pero no va a ser lo mismo. Ella fue la jueza perfecta.

—Enfocate en Dalila. Un braguetazo te puede salvar. Entre nosotros, además, está muy buena. No debe querer más tipos casados. Las mujeres tienen eso. Una vueltita por la selva, por las emociones de lo prohibido, por el lado salvaje, las hace feliz. Pero siempre tienen necesidad del asfalto que las ponga al resguardo de esas historias inciertas. La seguridad, la aprobación de la sociedad. Sienten que consiguieron ser lo que querían y que no las señalen con el dedo. Es más, que en secreto las envidien.

Nos dimos otro abrazo.

—Nos vemos el martes, gracias por las botellas de vino, sos un gran tipo —murmuró.

Subí a la camioneta. Tiré la campera en el asiento de atrás. La botellita de *cognac* Juanicó

estaba en el bolsillo de la camisa. Cuando había avanzado unos kilómetros, abrí la ventanilla y la saqué del bolsillo. Frené la camioneta al lado de un monte. Bajé y miré el horizonte. Luego observé la botellita. Estaba en buen estado, pero el tiempo había evaporado parte de su contenido. Arriba, en la etiqueta, un pequeño barril. Luego un escudo con una J. En medio de unas uvas y hojas de parra podía leerse “Juanicó”. A los pies de esa palabra decía “Cognac” y más abajo “Ancap”.

Cerré mi mano y apunté hacia el monte. Cuando la iba a lanzar lo más lejos posible, sonó mi celular en el asiento del acompañante de la camioneta. Volví con la botella en la mano.

—¿Roberto? ¿Dónde estás? Pasamos por Conchillas y vinimos al asado. Nos dijeron que te fuiste. Una lástima, a Julio le gustó mucho el pueblo.

—Gracias por haberme traído la caja. Algún día tenemos que hablar.

—Ya me lo agradeciste. ¿Venís al asado? Nos estábamos por ir. Un tipo hizo un discurso bastante largo.

—Enrique.

—Y aburrido. Nos vamos en cinco minutos.

Guardé la botellita en la guantera. Luego miré el teléfono. Fui a la sección de números de la memoria. Borré el del celular de Mónica.

5

La relación que tuve con mis Viejos fue de una pareja de tres. La unidad que formamos, como todo mundo cerrado, tuvo porosidades y algunas grietas. Desconozco cómo fue la vida de mis padres antes de que yo llegara. Tampoco las razones por las que no tuve hermanos o hermanas. No eran temas que se hablaran en el ámbito del hogar. Su relación funcionaba a través de tolerancia y silencios. Hubo discusiones, las que usualmente discurrían en su dormitorio. Eran discretos hasta en los conflictos. Mi papel, de reparto y claramente menor, debió tener algún componente que desconozco para asegurar el funcionamiento de ese mundo. Fui un estudiante normal, trabajé desde joven y no les causé ningún conflicto grave. Puede decirse que fui funcional.

Mi Viejo trabajó hasta jubilarse en La Aurora. Su rutina se dividía con un tajo entre el trabajo que nos permitía vivir y la vida dentro de casa. Dos mundos aparte. Lo de mi madre era diferente. Dio clases de Matemáticas en varios liceos, también clases particulares en nuestro departamento. Su trabajo se metía en la casa de forma natural y hasta hizo que, luego de una clara ineptitud inicial, me apasionara por la materia que daba. A la tardecita, mi madre comenzaba a preparar la cena y mi padre llegaba de La Aurora cerca de las siete de la tarde. Se encerraba en el baño, se daba una segunda ducha y se instalaba en la sala. Parecía que quería borrar los rastros y preocupaciones del trabajo con el agua cálida del baño. Vestido con ropa cómoda, se servía un *whisky* y leía un rato a la espera de la comida. Noche tras noche le preguntaba a mi madre si quería un trago. “Uno chiquito”, era la respuesta repetida. Se lo acercaba a la cocina y la charla terminaba en ese intercambio. A esa hora yo hacía mis deberes. Había algún día en la semana en que mi padre no cenaba en casa. Usualmente los jueves, pero podía ser otro día. No cambiaba demasiado la cena con la ausencia de mi Viejo. El televisor solía estar encendido.

Una noche, mientras cenábamos, mi madre le dijo que tendría que llevarme al fútbol, que todos mis amigos iban con sus padres. Era claro que mi Vieja quería generar alguna complicidad. Mi padre era simpatizante de Peñarol, pero por la obligación de decir que era hincha de uno de los dos cuadros tradicionales. Nunca le entusiasmó demasiado ningún deporte. Un domingo me avisó que iríamos juntos a un clásico. Tuvo mala suerte. Cerca de nosotros hubo una gresca y cuando volvíamos a casa le confesé que me gustaban más los colores de Nacional. Acaso el hecho de que hubiera ganado el clásico también ayudó en mi preferencia. No le molestó. Fue su perfecta excusa para no llevarme más a la cancha. “Ya irá con sus amigos”, le recitaba a mi madre. Tampoco en la música coincidíamos y él era bastante radical en que todo lo que sonó del

sesenta para acá debía catalogarse como ruido. Mi madre en eso no opinaba. Alguna vez, luego que mi Viejo falleció, pensé que fue un error no haberme hecho hincha de su cuadro. A mi padre le costaba mostrar los sentimientos, mucho más traducirlos en palabras o actitudes. Era raro que tuviera un gesto de cariño conmigo o con mi madre. No puedo decir que fuera así porque no nos quería. Era su forma de ser. Si hubiéramos compartido la afición por el fútbol, si ambos hubiéramos sido de Peñarol, la rutina de ir a los partidos hubiera traído momentos en que la euforia de algún gol se tradujera en un abrazo en medio de la tribuna. Abrazos que perdí acaso por una opción caprichosa de mi parte.

En la caja que me dejó Lilián había algunos libros, entre estos el último que mi Viejo leyó. Siempre fue un gran lector y me quiso traspasar su pasión. Supe, por Lilián, que mi padre escribía poesía. Poesía que a mi madre no le gustaba leer porque sospechaba que las musas eran otras mujeres. “En la poesía es mucho más difícil esconder la verdad”, una vez me dijo mi exesposa. A veces me pregunto si mi medianía como lector no se debió a no darle un gusto, a que no sintiera que yo era su prolongación. Al mirar a Jacinto y su eterno libro en las manos, entiendo que yo podría haber sido igual. Porque me gustaba leer, meterme en mundos más interesantes que mi vida, entender temas sobre los que yo pensaba y no sabía. Pero no lo hice, siempre fue una actividad accesoria. Una pequeña y nueva frustración para mi padre y también para Lilián como escritora que no fue. En ambos casos no les serví como igual.

Cuando llegué a casa, luego de darle de comer a Morro, una vez más me puse a revisar la caja. Busqué alguna otra carta, pero no encontré pistas de que mi Viejo me hubiera dejado algún mensaje más. Veía el hueco del lugar donde estaban las botellitas que ahora tenía Chávez y volví a revisar las fotos. No encontré novedad alguna que pudiera sacudir la tarde de domingo. Acomodé todo y cerré la caja. La metí debajo de la cama. Apenas pasaban las cinco de la tarde. La previsible melancolía comenzó a tocarme. El aire tranquilo, manso e incompleto del domingo de tarde. Cuando uno se encuentra, sin pedirlo, con uno mismo y los pedazos que faltan para sentirse cercanamente completo. La melancolía del domingo por la tarde, esa que un día le comenté a mi padre que sentía cada vez que volvía de algún partido o de estar con amigos y la tenue tristeza parecía salpicar todo. “Dejá para esa hora algo que te guste hacer, lo que sea, pero armalo antes. A esa hora no vas a tener ganas de otra cosa más que de sentirte triste”.

Quizás ese domingo la sensación fuera otra. La ansiedad del futuro incierto y acaso oscuro. El pasado guardado en una caja bajo la cama. El silencio que apenas se quebraba por ráfagas de viento o el grito de algún pájaro. La semana que se avecinaba parecía distinta a todas. Una amenaza a la que me enfrentaba con desgano. Busqué alguna voluntad para alejar esos sentimientos. Supe que no tenía ganas de hacer nada en ese momento. Ni caminar por la playa ni buscar a alguien con quien hablar. Presentí que eso era el aburrimiento, algo tan temido y desolador. Salí a la puerta de casa. La tarde permanecía quieta. Sonó mi celular. No tenía

agendado el número.

—¿Roberto? Soy Chávez, le pedí tu número a Enrique.

Tuve la sospecha de que mi número se lo había dado Mónica y que mentía.

—La llamada tiene solamente un motivo.

Pensé en la violación perpetrada contra la botellita por siempre iluminada. Preparé la negación junto a algún otro insulto en mi cabeza.

—Me causa mucha emoción que me hayas regalado esas botellas de tu padre. Hay que tener mucha grandeza para entender que otro valora algo que es tuyo más que vos. Y dárselo. Estoy viajando hasta Tacuarembó para celebrar con Mónica, pero te juro que no me puedo sacar de la cabeza tu gesto.

Hubo un breve silencio. Creo que Chávez esperaba que yo le dijera que no había sido nada, que entendía su pasión, que me alegraba por él, que no me lo agradeciera; pero no pude decir nada.

—¿Sabés? Yo también soy masón. Imagino a tu Viejo en esa marcha en Rosario, cantando aquella canción de los Leones que decía "*Al aire la melena que flamea, romántica bandera de la paz*". En serio, me emociona mucho. Como hermano te lo digo.

—No soy masón.

—Como tío, entonces. Un gran abrazo. El martes va a cambiar tu vida.

Morro me miraba de una forma que me hizo pensar que sabía que algo no andaba del todo bien.

La fiesta ya tendría que haber terminado, pero no tenía ganas de hablar con nadie.

Volví a casa. El estuche de la Ovation de Matías estaba contra la pared. Lo abrí y saqué la guitarra. Primero empecé a estirar los dedos. Luego, poco a poco, a ensayar acordes. No lograba reproducir la forma en que había tocado la noche anterior, cuando parecía que los dedos tuvieran vida independiente. Ahora éramos solamente yo y la Ovation, que no se entregaba. La guitarra parecía no reconocerme y, en suma, despreciarme. No me rendí. Comencé a buscar en mi memoria viejas canciones. La guitarra, poco a poco, supo elaborar un modesto milagro. Una rara tranquilidad nacía de mis dedos nerviosos por encontrar los temas escondidos en ese diapasón.

Probé con "Everything I own" de Bread. Aquella "balada de putos" como Coto la llamaba y que tocábamos con Homogéneo. De pronto mi voz pareció despertar y las primeras estrofas se complementaron con los acordes. Me olvidé de alguna parte, pero volví a retomarla. La tercera vez casi no cometí errores y un sentimiento de felicidad comenzó a correrme por dentro. La música tiraba un manto de piedad a esa angustia de soledad inquieta, y conseguía curarla gracias a una lógica que solamente algunos entienden. Sentí algo de valentía e intenté tocar "Vientos". Pensé que Beatriz aparecería debajo de mis párpados, pero para mi sorpresa me equivoqué en la letra y me perdí en los acordes. Como pude, terminé la que fue mi canción y devolví la guitarra al estuche.

El reflejo de la luz de una lamparita sobre la madera la hacía brillar como si fuera un río en una mañana de sol. Como la guitarra National de Paul Simon. Poco a poco, se acercaría la frontera con la tardecita y recordé los consejos de mi padre. Hay que buscar algo que nos guste para distraernos a esa hora y en ese día de la semana. Un blindaje contra la tristeza. Pero supe que, cuando consiguiera llegar a la noche, me encontraría ante el comienzo de algo. La inauguración de un estado que no había buscado. Que aquella primera noche con la certeza de que no volvería a verla sería también un principio.

Esa noche que se avecinaba, y vaya a saber cuántas noches más, iba a extrañar furiosamente a Mónica. Cada día y cada noche esa nostalgia iría cambiando en forma imperceptible. Como los pequeños cambios que experimentamos para hacernos viejos. Las muchas llegadas a la habitación 12 de Oasis se fundirían en una sola. La risa al cerrar la puerta sería la de un día que recuerdo, y todas las otras risas se pisarían entre sí en algún rincón del olvido. El gusto de su sexo también se mezclaría con el de otras mujeres y todo adquiriría una perfección idealizada que lo transformaría en algo diferente a lo que llamamos verdad. Restos de felicidad que se irían apagando ante el tiempo de no vernos las caras. La grisura de la rutina traería ese compendio de cosas incompletas, falsas y previsibles de las que se forma el recuerdo. Vendrían los años que nos separarían del presente.

Al comienzo seguramente recordaré fechas: “hace tantos años fue la primera vez”, “aquella vez, hace diez años, cuando la vi entrar en la fiesta de Conchillas y algo me hizo pensar que sería diferente”. Algunas de sus frases: “Vos sos mucho mejor de lo que pensás, ¿cómo no se da cuenta el resto de la gente?”. Un llanto, varias risas, “nunca me he reído tanto con alguien en la cama” y palabras que habrán de permanecer incorruptibles, como cuando dijo que lo que acababa de hacer “no lo hice con nadie”. Y lo creí porque creer esas mentiras ayudan a vivir. Su belleza permanecerá en ese recuerdo vago, oscuro, entreverado. Todo se mezclará hasta diluirse en alguna mala nostalgia que borrará casi todos los detalles y contradicciones. Las dudas resurgirán de tanto en tanto y, poco a poco, se esfumarán entre pedazos de melancolía que buscarán un sentido.

Es seguro que, con los años, ella se consolidará como jueza solvente, seria, trabajadora. Ascenderá pronto. Llegará a los Juzgados de Paz de Montevideo, pasaje rápido para ser jueza letrada, y cuando se acerque a los cincuenta años, un Tribunal de Apelaciones la acogerá. Se apreciará su dedicación al trabajo y el talento, hasta el punto de llegar a ser candidata para la Suprema Corte de Justicia. Quizás lo logre, venciendo el prejuicio machista. En ese sitio donde ya no es posible ascenso alguno y cuyo único horizonte es la jubilación, vegetará sus últimos años profesionales con destaques en fallos tan polémicos como certeros. Tendrá buena prensa, algunos colegas la admirarán mientras otros ocultarán su envidia.

Será objetivo de los periodistas por su risa franca, sus respuestas correctas, su elegancia al vestir. Algunos recordarán que los contactos de su marido, que será senador, allanaron el camino.

Pero la mayoría admirará la forma en que esa mujer pudo criar tres hijos, mantener su matrimonio y llegar a lo más alto de su carrera sin traicionar su imagen con los años. Que supo envejecer con dignidad. Sus hijos le habrán dado nietos. La armonía acompañará su vejez. Salvo cuando reaparezca, en algunas noches, la prueba adversa y oculta, guardada en los pliegues del siglo anterior, transformada en una imagen incómoda que ocupará su lugar junto al desprecio del final, el que transformó lo que fuimos en un rompecabezas inútil, con sus últimas piezas perdidas en el silencio.

6

Morro iba a mi lado en la cabina de la camioneta. Sentado en el asiento del acompañante, con la cabeza apenas fuera por la ventana abierta. Parecía beber todo el aire del pueblo.

El recorrido fue errático. Creo que no me quedó calle por andar en esa tardecita. Todo estaba cerrado. Parecía que la gente aún dormía la siesta luego del festejo. Apenas algunos vecinos sentados con sillas sacadas a la vereda desmentían que Conchillas se hubiera transformado en una soledad perfecta. El Hotel Evans había quedado limpio, pero aún el humo del fuego de algunos de los parrilleros improvisados en el piso se negaba a extinguirse. Una vez más, la Sociedad de Fomento Rural había organizado un buen evento. Nada memorable pero correcto. A tono con el pueblo.

A los pocos minutos llegué a la estancia de Enrique. Uno de los peones salió a recibirme.

—Se fueron para Montevideo, el señor mañana se reúne con el escribano, y la señora quería ir al *shopping*, oí que comentaban. De paso verían a los gurises.

Me pregunté si ese peón se daba cuenta de que su patrón estaba en los días previos a una jornada que le podría cambiar la vida. Parecía no interesarle el futuro a ese hombre que me habló, con mucha amabilidad, debajo de su boina azul, camisa a cuadros y bombachas, junto a un pucho casi apagado en la comisura de los labios. Irradiaba una tranquilidad a prueba de decisiones o cambios.

El casco de la estancia tenía algunas luces interiores encendidas.

Susana y Enrique habían huido de la tristeza del domingo de tarde en Conchillas.

Al pasar de nuevo por el pueblo me detuve en el almacén que queda a una cuadra del Juzgado. Estaba cerrado pero la dueña se encontraba sentada junto a la puerta, disfrutando de la temperatura agradable. En un tiempo yo visitaba una casa a media cuadra del almacén, donde tuve una relación pasajera con una mujer divorciada. Siempre fui discreto. Llegaba a la madrugada y dejaba la camioneta a tres cuadras. Las calles eran solamente oscuridad y silencio. Golpeaba la puerta si estaba seguro de que no hubiera ojos que miraran. Cuando de día la almacenera o su hija me atendían, sentía un cierto orgullo por mi discreción. Nunca supe si les caía simpático. Tan parcas eran que no lo demostraban.

Le pregunté a la dueña si me vendía cigarrillos. Ella también era fumadora. Esas solidaridades no son raras. Me dijo que tenía el almacén cerrado pero que un cigarro no se le niega a nadie. Pensé que me iba a convidar, pero ingresó a la casa y volvió con un paquete de Nevada, sin haberme preguntado qué marca quería. Le agradecí y encendí uno. La pregunta me sorprendió.

—Se vienen grandes cambios esta semana, ¿no?

La miré y sonreí.

—Acá nunca pasa nada, todo va a seguir parecido.

Miré, en forma disimulada y con algo de nostalgia, hacia la puerta de la mujer divorciada. Intenté recordar alguna noche de sexo. Lo más transgresor que pudiéramos haber hecho, si es que eso existe. Me sorprendió que, cuando encontré el recuerdo adecuado, casi no me excitara.

—Se casó de nuevo, ¿sabés? Se fueron para Carmelo.

Sonreí por última vez a la almacenera y me subí a la camioneta donde Morro me esperaba.

En el trayecto del pueblo a Puerto Conchillas tuve la sensación de que la vida estaba corriendo a mi lado mientras yo observaba. Que los días se esforzaban en involucrarme, pero seguía sentado al lado de la carretera por donde esos días se iban a gran velocidad. Miré a Morro. También él observaba el paisaje a través del viento por la ventana del auto sin demostrar emoción. Como tantas veces, me pregunté qué sentiría, en ese momento, mi perro. Dudas de siempre.

Hice un desvío en el camino. Anduve unas cuadras y me detuve. A cierta distancia contemplé la fachada del Hotel Oasis.

Mi padre tenía autores preferidos y otros a los que despreciaba. Uno de los últimos era Bukowski. “Leés un cuento y ya leíste todos”, comentaba, “sin embargo tiene algunos buenos poemas”. Recordaba que “Pausa” era uno. No es que mi memoria sea prodigiosa, lo había encontrado en un libro que estaba dentro de la caja que Lilián me trajo. La primera parte del poema habla de una pareja haciendo el amor en un hotel ante el sol de la mañana. La segunda es el recuerdo del hombre de aquellos días. Alguna frase quedó pegada en mi pensamiento: “*haciendo el amor mientras otros hombres —pobres idiotas— trabajan*”. En aquellas tardes de Oasis imaginaba al mundo gris afuera. Tan distinto a lo que se vivía adentro. Hacía que me sintiera afortunado y a la vez un farsante. Un canalla que no se cuestiona serlo, por su propia condición, que lo hace feliz.

El final del poema parecía escrito para esa tarde. Cuando una frase de un poema, la letra de una canción o parte de un libro encaja justo en nuestro sentir nos hace sospechar que el autor nos conoce, aunque en realidad solamente visitó antes que nosotros ese sentimiento. “… *levanto los ojos hacia esa ventana, y no sé dónde estás, y sigo andando y me pregunto adónde va la vida, cuándo se detiene*”. Algunas canciones que escuchamos en esa habitación mientras vivíamos ese premio, inmerecido y justo, ya no podría escucharlas sin sentirme diferente. Experimentaré el placer de reencontrar esa melodía, que será más hermosa pero me hará sentir incompleto.

Un auto me pasó por la carretera. No era del pueblo. El auto ingresó rápido al *parking* del hotel, sin disimular la urgencia. En ese momento yo formaba parte de los pobres idiotas, meros espectadores de lo que pasaría en esa habitación donde habría vida por un par de horas. De golpe me sentí del otro lado del alambre de ese coto cerrado generador de historias, inventos de felicidad tan efímeros como válidos. Tuve envidia de ellos en esa tarde y a la vez piedad al

conocer su futuro inexorable.

Morro ladró. Miré mi reloj. Eran las ocho de la noche. El perro tenía hambre y mis pensamientos le habían retrasado su comida. Lo acaricié mientras me lamía la mano. Miré el hotel por última vez. No valía la pena quedarse más rato. Se había vuelto una estructura ajena, que envejecería apenas un poco más lento que aquellos días.

Conduje hasta casa. Las luces de Puerto Conchillas estaban encendidas. Se veía poca gente caminando por las calles. La temperatura había bajado un poco, pero era una linda noche. Mi perro comió rápido y se fue. Resolví acompañarlo. Tomé mi campera y salí de la casa. Morro aceptó la compañía y me siguió. Ahora era yo el que tenía hambre. En una esquina dudé sobre adónde ir. Sabía que si iba al Copyc pasaría por la casa de Dalila Hainez y querría entrar a buscar esos recuerdos frescos. Posiblemente madre e hija estuvieran solas en la casa y a Dalila solo le interesaría hablar de negocios, aunque dijo que no quería hacerlo. Es muy duro cuando dos intereses se enfrentan y el que nosotros tenemos pierde. Resolví tomar el camino al parador.

Miraba en forma distraída las casas. Una tenía una luz encendida que iluminaba la ventana y se podía ver qué ocurría dentro. La ventana era pequeña, como lo son en la mayoría de las casas inglesas de Conchillas. En ese estrecho mirador apareció la silueta de una mujer elegante. Adiviné las canas y el rodete perfecto de la señora Evans. No había ido al festejo. Quizás no le gustaba que su nombre se confundiera con el del lugar donde tradicionalmente se hacía. Nunca entendí bien su relación con el Evans que moldeó a este pueblo. Desde que enviudó se la veía muy poco fuera de su casa. Llegaba bien temprano a la arenera y se retiraba cuando cerrábamos. El resto de su vida transcurría en ese pequeño hogar. Nunca tuvo hijos y su única compañía era una gata. Se había transformado en el estereotipo de una mujer veterana que vive sola. Me agradaba mucho, trabajaba muy bien con ella. No creo que estuviera en los planes de la nueva empresa. Traerían sus secretarias y personal de confianza. Quizás lograra seguir algún año más para organizar y trasladar sus conocimientos. Eso rara vez era valorado por los que llegaban. Me pregunté si tendría los años suficientes para jubilarse. Nadie sabía su edad. Era como un juego en el que ella participaba. Se dejaba las canas para que todos pensaran que se mantenía bien, aunque quizás tuviera menos años de los que suponíamos. Esos cambios que se venían parecía que siguieran el compás del final del siglo. Una nueva época en que la arenera y mi rutina se transformarían en algo distinto. Jacinto se adaptaría como lo había hecho toda su vida. Su ego no le pasaba factura si le cambiaban el trabajo, si le daban menos responsabilidad o si incluso tenía que irse. Sobreviviría. Era de ese tipo de personas. La señora Evans pasaría a tener un solo escenario. La pequeña casa con su gata.

Morro corrió detrás de un perro y le grité un par de veces hasta que volvió. Entendí que tampoco tenía ganas de ir a lo del Gallego. Posiblemente estuviera Jacinto tomando un *whisky*. Me costaría no hablar de lo que se venía y sobre resoluciones a tomar que no debían ser resueltas esa noche.

Ver a Beba limpiar una de las tres mesitas que tenía al lado de su carro me dio una gran alegría al percibir una sonrisa en sus ojos. Me senté y Morro se echó a mi lado. La respuesta a qué iba a comer fue casi obvia:

—Milanesa con papas y huevo frito.

Sabía que, como siempre, la milanesa desbordaría el plato y que las papas fritas las pondría en otra bandeja. Me lo merecía.

—La cerveza ¿chica o grande, Robertito?

—Grande, si me hacés el honor de compartir una copa conmigo.

—Ah, ¡sabés que no tomo! ¡Y estoy trabajando! Te acompaño con un pomelito.

Cambié de idea. Beba entró en el carrito para preparar mi comida y me acerqué a la abertura que servía de mostrador.

—¿Qué vino tenés? Una cerveza para mí solo es mucho.

—Ah, Robertito. Tengo Zubizarreta rosado, bien fresquito. Dicen que es rico.

—Dame una copa.

Beba tomó un vaso y lo llenó.

—Dije que no quería tomar mucho.

—La noche es larga y la milanesa grande, Robertito.

Tenía razón.

—Estuvo linda la fiesta, ¿no? —dijo desde dentro del carrito.

No había cumplido su palabra y estaba solo en mi mesa.

—Igual que el año pasado. Lo único diferente es que el de hoy fue el último festejo del siglo.

—No lo había pensado —dijo Beba.

El huevo frito tenía el gusto insuperable que mereció la impaciencia por terminar la comida. El vaso estaba casi vacío. Pensé en pedir otro. Siempre el segundo es más rico que el primero. El pensamiento me lo cortó Beba, que se sentó a la mesa y trajo dos potes con su famoso arroz con leche. El color marrón que le daba las horas de fuego hacía que tuviera un sabor parecido al dulce de leche. Lo hacía cuando su marido se lo pedía, pero como tenía un principio de diabetes, muchas veces inventaba una excusa. “No conseguí la leche en el tambo”, recitaba. Uno de los secretos es que siempre lo hizo con leche cruda, recién ordeñada. Cuando el olor característico salía del carrito, varios nos acercábamos a comprar una porción. Esta vez me sorprendió.

—Invitación de la casa, Robertito.

—Gracias, Beba. Esto cambia la noche y la hace mejor.

Se sonrió, aunque no supe si había escuchado lo que dije.

—Tenés razón que se nos viene el cambio de siglo, ¿eh? —comentó para iniciar una breve charla—. Acá nunca cambia nada, no hay que preocuparse.

—Milenio —la corregí.

—¿Sabés quién me vino a visitar hace un ratito? Tu amigo el músico.

—¿Matías? Lo vi irse del pueblo en una moto.

—¡No! El gringo.

—¿Está acá todavía? Pensé que también se había ido —dije, intentando calmar mi ansiedad.

—Venía con una mujer bajita, pero ella se fue y él se acercó al carrito. Un amor.

—¿Qué te dijo?

—¡Y yo qué sé! Me parece que se vino a despedir porque me dio un largo abrazo. Pero no le entiendo ni jota.

Beba se levantó de la silla y se dirigió al carrito. Pensé que se iba a servir más pomelo. Sentí un trueno. La apacible noche parecía cambiar. Mañana lunes vendría la lluvia de nuevo. La vi volver a su silla con algo en la mano. Lo puso encima de la mesa y me lo alcanzó. Lo miré con incredulidad. Era un CD, *Walking into Clarksdale*, de Robert Plant y Jimmy Page. La cara de dos niños en la portada y unas alas. Era de lo que hablamos con Dalila. La ilusión de Page de que fuera el comienzo del retorno de Led Zeppelin. La negativa de Plant. El final.

—¿Te lo regaló?

—Tenías razón. Al final era un tipo famoso, ¿no?

Beba sacó el librillo interior del disco. Buscó entre las hojas. Llegó a dos fotos. Una de Plant, otra de Page. El guitarrista vestía camisa negra, pelo oscuro y corto. Tal como lo había visto, unas horas antes, en el festejo del cumpleaños de Conchillas. En ese almuerzo se había transformado en la persona que era en ese disco. Al lado de la foto, estaban escritas algunas palabras.

To Beba, the best breakfast in town. Love your sausages.
Love, Jimmy

—No entiendo, Robertito. ¿Vos?

—Dice que hacés los mejores desayunos del pueblo y que le gustan tus chorizos. Y que te quiere.

—¡Qué loco!

Ella fue a buscar un poco más de arroz con leche. No le presté atención. Revisé cada página del librillo interior del CD como quien descifra un mensaje en clave. Leí los nombres de las canciones —no las conocía— y me pregunté, una vez más, si la noche anterior había tocado con ese hombre. Beba me puso el postre enfrente, hice un gesto como de que ya no podía comer más.

—Dale, Robertito, la noche es larga y es temprano. No te va a hacer nada. Así que cambiamos de siglo y de milenio. Pero ya te lo dije, esto no cambia más.

—No lo sé —contesté—. Todo cambia, aunque no nos demos cuenta; así nos vamos volviendo viejos.

—¡Sos un chiquilín!

—Ayer hablamos con Jacinto de que cuando el hombre llegó a la Luna, nuestros padres estaban convencidos de que éramos afortunados por ver ese cambio en la humanidad.

—¿Qué cambio? Ganas de tirar la plata.

—Dicen que el 1.º de enero todas las computadoras se van a enloquecer confundiendo el 2000 con el 1900, que los aviones no van a poder volar y que…

—Los años los inventamos nosotros, el tiempo es todo igual, querido. ¿Sabés lo que decía mi abuelo? Siempre lo recuerdo: "*Este mundo es una rueda que no se detendrá, jamás tuvo principio y nunca tendrá final*".

Sonreí. Me puse de pie, ella también. Le pregunté cuánto era y pagué. Cuando me iba me tomó de la manga.

—Tomá, Robertito. Llevalo.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Te lo regaló a vos —dije.

—No tengo ni dónde escucharlo y esta música no la entiendo. Vos la vas a disfrutar.

—Te lo dedicó.

—El abrazo fue mucho más lindo.

Eran cerca de las diez. Caminé hasta casa dando pasos largos. Los truenos se hacían más frecuentes. El aire se cargó de olor a lluvia. El agua volvía luego de descansar por el fin de semana. Sentí que esa noche de domingo, en cuanto el aguacero se largara a caer, pasaría a completar la tormenta que nos castigó ese viernes de octubre de 1999, cuando conocí a Matías Rojas. El fin de semana de sol parecía tan irreal como la historia que se movió entre sus horas.

Llegué a casa un minuto antes de que se largara a llover. Puse el disco en el equipo. Las canciones comenzaron a cautivarme. Algunas tenían ritmos raros, parecía música de Medio Oriente. Las guitarras de Page eran gloriosas y la voz de Plant estaba intacta. Hubo una balada lenta que me llamó la atención, "Blue train". Un tren triste o también podía ser azul, color de la tristeza para los gringos.

Another day is ending.
I remember when my world came falling down
out there the stars stop dancing.
Lost in my darkness now, the rain keeps falling down.

Light of my life, where have you gone.
Love's true flame dies, without the warmth of your sun[*].

Aun con mi pobre inglés deduje que esa pérdida tan brutal no podía ser otra que la de Karac, su hijo, que al morir marcó un tajo en la vida del cantante e hizo imposible que volviera a tocar

con sus compañeros. Puse la canción varias veces. Era de una hermosura tan inconmensurable como su tristeza. Otra parte de la letra me impactó. Agradecí que, de algún lugar oculto de la memoria, mis rudimentarios conocimientos de ese idioma no fueran tan mínimos. Hubiera sido una satisfacción decírselo a mi padre, que tanto me criticó por no haber estudiado más. Entendí que esa estrofa hablaba de que otro día se le escapaba y que el amor volvería. Ese tren de tristeza llegaba y se arrastraba sobre su corazón mientras la lluvia caía. El día se escapaba, aunque Plant cantara que más tarde el amor andaría rondando por ahí. Me hubiera gustado tener a Matías a mi lado para que me explicara si lo que entendí era lo correcto.

La lluvia se descargó fuerte sobre mi casa. Viví la ilusión de estar metido en esa canción. Un relámpago iluminó la noche, seguido de un fuerte trueno. Morro entró rápido, corrido por el agua, y se echó a mis pies. La última frase del tema, que sí entendí, terminó de hundir la noche en una tristeza mansa y ajena. Que me tomaba de la mano y me metía dentro de la música.

I've been waiting on a corner.
Yeah, I've been waiting for a sign now[**].

Todos esperamos una señal. Algo que nos avise, aunque en forma encriptada, que el futuro va a estar bien.

Me levanté y caminé hacia la cocina. Preparé café. Antes de volver al sillón a escuchar el resto del disco, fui hasta un pequeño mueble. Tomé una copa de coñac que era de las cosas que me traje de casa de mamá luego que mi padre murió. Mis Viejos vivían vidas paralelas dentro de la casa. Mi padre leía cuando llegaba de trabajar, bebía su *whisky* mientras mi madre cocinaba y bebía el suyo en la cocina. Luego cenaban mirando el noticiero junto a mí como tercera parte de esa unidad que tantos poros y rengueras tuvo. Pero que era una unidad. Después de comer me iba a mi cuarto y sabía lo que venía.

Mi Viejo colocaba alguno de sus discos de *jazz* o tango en el equipo Fisher de música. Se sentaba en uno de los sillones de la sala a tomar un café y mi madre traía copas de coñac, de las que yo había rescatado un par. A mi Viejo le gustaba saborear esa bebida con el café mientras que mamá optaba por algún licor o anís. Bebían el café junto a los licores en esas copas escuchando aquella música que mitigaba el silencio ese que era un habitante más en nuestra casa. Sin que me vieran, los espiaba desde mi cuarto. No había discusiones, enojos, caras serias. La música y el licor, junto al olor del café, daban un entorno deseado al departamento. El momento duraba una media hora. Mi padre siempre refunfuñaba a media voz como una contraseña: "¡Cómo me fumaría un cigarrillo!". Luego se ponía de pie, apagaba el equipo, guardaba el disco en su lugar e iba al dormitorio. Mi madre levantaba las copas, las dejaba en la cocina y lo seguía. Yo cerraba la puerta deseando que ya fuera la noche siguiente para poder espiar un nuevo momento de calma. Igual y diferente.

Fui hasta mi cama. Saqué la caja con aquellas pocas cosas de mi padre y busqué. El cilindro metálico estaba en el mismo lugar donde lo había acomodado. Volví a meter la caja en su lugar. Pese a que llovía, fui hasta la camioneta y tomé la botellita de Juanicó de la guantera. Me senté en el sillón con el café a mi lado. Volví a poner "Blue train" en la compactera. A la minibotella de coñac le faltaba un tercio que se había evaporado en el tiempo. Sentí el ruido de la pequeña tapita al romper las ranuras que la sellaban. Coloqué el coñac en la copa que fue de mi Viejo o de mi Vieja. Mientras lo hacía recordé que esa era la segunda botellita que violaba hoy y que cualquier coleccionista me odiaría.

El primer trago me quemó. "Alguien se está riendo", pensé. Moví la copa y el olor al coñac llenó de pasado el aire. El futuro parecía no importar. El cambio de siglo no significaba nada. Tampoco la reunión del martes. Abrí el cilindro. El cigarro, cubano y enorme, mantenía su aroma. Mi padre confió en que lo mantendría hasta el cambio de milenio. Lo perfecto hubiera sido esperar hasta el 31 de diciembre, escuchar cómo el estruendo de cohetes y el olor a nuevo comienzo invadían el aire. Tomar el lugar del Viejo y cumplir su sueño. No hubiera sido correcto. "*El tiempo es todo igual, querido*", había dicho Beba y entendí que sería una de mis frases preferidas, junto con el dicho del abuelo sobre la similitud de los años con una rueda, del que ya me había olvidado de las palabras exactas. Hoy estaba ahí y solamente eso importaba. Con un Juanicó que quemaba la garganta y el cigarro que debió fumar mi Viejo dentro de dos meses. El tiempo también es una gran mentira, acaso la peor de las traiciones.

Mi perro estaba tirado a mis pies en esa noche lluviosa parecida a la que debió sobrevivir Plant cuando compuso esa canción. Ver a mis padres ponerse viejos fue casi imperceptible. Los cambios mínimos, en cuentagotas, los detalles que nunca se ven del deterioro, hasta que se transforman en un mal dibujo de la vida. Hay que olvidarlos para no erosionar el recuerdo. El Viejo tuvo más suerte. Se fue antes y consiguió mantener la dignidad hasta el final. Mi madre la perdió el día en que empezó a mezclar su vida con recuerdos y sospechas que a la vez le crearon un nuevo mundo en el que nunca sabré si fue feliz.

La noche del domingo, dos días después de que conociera a Matías Rojas, también llovía como el día en que entró a la oficina con su guitarra altiva dentro de su estuche y que ahora me custodiaba desde algún rincón de la casa, mientras fumo el habano de mi padre y bebo su coñac ardiente.

Miré hacia el suelo y entendí que lo más importante en los años que vendrían sería ver envejecer a Morro. Con el paso del tiempo lo vería quedarse de a poco, hasta aceptar perder esa libertad que tanto quería. Entregar su rango de perro callejero que vuelve a la casa según su libre voluntad, si tiene hambre o desea dar un paseo conmigo. Cada vez le costará más alejarse y me buscará como una sombra segura y tranquilizadora. Hasta que un día comience a mirarme con ojos de incógnita por esos dolores que ni siquiera mis caricias mitiguen. En su mirada habrá un reproche por mi imposibilidad de devolverle su normalidad. Una noche dejará su cucha y se

acercará a mi cama para reclamar un lugar cálido de despedida. Lo veré morir y el mundo habrá cambiado, aunque nadie lo note. Bebo el último trago de coñac al que mi boca comenzó a acostumbrarse. Doy una pitada al cigarro cubano de mi padre, que tiene gusto a café y alcohol. Me agacho, acaricio la cabeza de mi perro y apenas murmuro cerca de su oído: “Todavía los dos estamos aquí, Morrito”. Es lo único que importa. No puedo imaginar mayor felicidad.

* Otro día se termina.
Recuerdo cuando mi mundo cayó hecho pedazos,
ahí afuera las estrellas dejaron de danzar.
Ahora perdido en mi oscuridad, la lluvia sigue cayendo.
Luz de mi vida, dónde te has ido,
la verdadera llama del amor muere sin el calor de tu sol.
** He esperado en un rincón.
Sí, ahora espero una señal.

Agradecimientos

A Roberto Dávila, por permitirme conocer Conchillas y sus historias.

A Chilín, por el sabor inconfundible que le dio a ese lugar.

A mis queridos primeros lectores Mercedes Estramil, Alfredo Valdez, Thomas Lowy, Álvaro Ojeda, Guillermo Álvarez Castro, Javier Villanustre, Facundo de Almeida y Marisol Rodríguez, por su tiempo y sus consejos.

A Fernando Vargas, por explicarme pasiones y rutinas del coleccionismo.

A Julián Ubiría, por creer en mi empecinamiento.

A Marianela, Agustín y María Clara, partes de la unidad que integro sin la cual nada sería como es, y a nuestro perro Matute, que fue miembro de la familia durante diez años y nos hizo mejores.



Primera edición en castellano: agosto de 2022
Edición en formato digital: agosto de 2022

© 2022 , Luis Fernando Iglesias
© 2022, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Foto de cubierta: Industrias Conchillas, fotografía de Marcos Mendizábal, extraída del libro *Conchillas Patrimonio Vivo* (BMR, 2020), gentileza de BMR Productora Cultural.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9915-667-89-8

Conversión a formato digital: Libresque



«En el trayecto del pueblo a Puerto Conchillas tuve la sensación de que la vida estaba corriendo a mi lado mientras yo observaba. Que los días se esforzaban en involucrarme, pero seguía sentado al lado de la carretera por donde esos días se iban a gran velocidad».

Roberto Benítez ha llegado a Puerto Conchillas cargando el peso de una vida anodina y un fracaso sentimental sobre sus hombros. En ese apacible y pintoresco entorno buscará ocultarse de los fantasmas del pasado, refugiado en la cadencia de sus rituales repetidos, un trabajo rutinario, una aventura clandestina con una mujer casada y la compañía de su perro.

A pesar de sus esfuerzos, las historias inconclusas volverán empecinadas a convocarlo. La irrupción en escena de un joven guitarrista, coincidiendo con la llegada al pueblo de un misterioso inglés del que se tejen extrañas hipótesis, rompen la quietud de la tranquila comunidad y alborotan a sus personajes. El encadenamiento de los hechos irá guiando al protagonista hacia un inevitable desenlace, sin que pueda hacer nada para impedirlo. Finalmente, Roberto se verá obligado a enfrentar su pasado e intentar resolver sus asuntos pendientes.

Esta novela, que construye una atmósfera un tanto irreal e inolvidable, es también una reflexión sobre las distintas formas del amor y del olvido.



LUIS FERNANDO IGLESIAS

Nació en Montevideo en 1958. Abogado, docente y periodista cultural. Conduce Historias de música por Radio Cultura y es colaborador de *El País Cultural*. Publicó *Razones de la pelota* (Alfaguara) (2019), *El hombre que despertaba* (2013), *Todas las cosas deben suceder* (2012), *Historias infieles* (2010) y *Canciones de otoño* (2005). Cuentos de su autoría fueron incluidos en *25/40 Narradores de la Banda Oriental* (2018), *El Arte de Contar. Antología del Cuento Uruguayo* (2015), *Erótica* (2015), *Fóbal* (2013) y *Pelota de papel* (1999). En no ficción publicó *Ideación/ Psiglo* (2018), *Estadio Uno. La historia* (2013) y *Federico, biografía de Federico García Vigil* (2007). Obtuvo, entre otros, el Premio Nacional de Literatura (2012 y 2008), el Gran Premio Narradores de la Banda Oriental (2004) y fue finalista del Premio Juan Rulfo, organizado por Radio Francia Internacional (2011).

© Luisina Ríos

Índice

El tiempo es una gran mentira
Dedicatoria
Epígrafe
I
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
II
1
2
3
4
5

6
7
8
9
10
III
1
2
3
4
5
6
Agradecimientos
Créditos
Sobre este libro
Sobre el autor